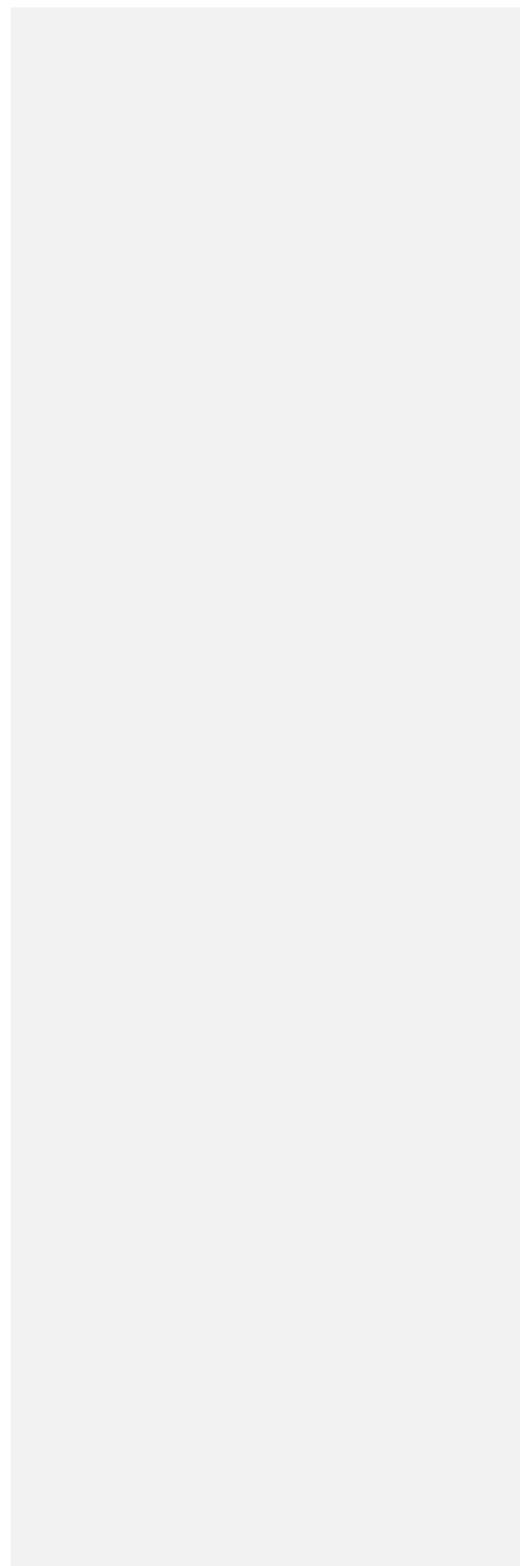


Enciclopedia del amor en los tiempos del porno

Josefa Ruiz-Tagle & Lucía Egaña Rojas



En el corazón de una orgía, un hombre se acerca al oído
de una mujer y le dice: *What are you doing after the orgy?*

JEAN BAUDRILLARD

Donde fallamos, follamos

PECHBLENDA

A

AMOR

Enola gay ha dejado caer a *Little girl* sobre mi corazón oriental. Antes del impacto desarrollaré ojos en la espalda. Como un engendro raro, un cyborg, injertaré paisajes en mis córneas.

He terminado por convencerme: nos merecemos la bomba y yo. Yo, con mi deseo de arder, le ofrezco mis muros, mis calles y fantasmas. *Little girl* sólo necesita un impulso para desatar su furia.

Nos consumiremos en flama. Luego, lo que quede de nosotras construirá sobre el espacio devastado una ciudad nueva. Tengo visiones arquitectónicas. Habrá plazas y escondites especialmente diseñados para ejercer la libertad: la suya, la mía y las nuestras entrelazadas.

Ay, Dios santo, es cierto. Nuestra imaginación nos supera y toma forma. ¿Para qué seguir intentando disimular la turbación? Las compuertas de *Enola gay* ya han sido abiertas.

Miro fijamente al cielo.

ANORGASMIA

No tenía orgasmos. No lo lograba. En cuanto la fiebre se apoderaba de mi vientre el trapo frío de mi sonrisa torcida caía entre mis piernas y hasta ahí no más llegaba. No más. No llegarás. No llegarás a ese jardín prometido, probablemente sobrevalorado, de la convulsión involuntaria del culo. Esa muerte diminuta y evasiva que si he de creer a las clases de sexualidad de los colegios hasta mi tatarabuela debió experimentar bajo el peso de su marido obeso, desenlace obvio y fatal de todo el friegue y refriegue entre mamíferos.

Era tan tonta que me sentía culpable, algo funcionaba mal en mí, me avergonzaba, entonces fingía para no ser descubierta. Teatral, imitaba la mueca estilizada de las actrices de cine, la boca bien abierta, las manos apretando.

Así pasé años, hasta que el ejercicio dramático comenzó a hacerseme aburrido y luego, insoportable. Entonces renuncié al sexo del todo.

ARCADA

A cuántas de mis amantes les he regalado una arcada. No recuerdo rostros ni nombres, sólo una contorsión involuntaria, el cuerpo hablando en lengua muerta y un abrazo entrecortado que interrumpe la adecuada fluidez de la escena. Entonces me distancio y estallo en una

carcajada. Escupiendo el mejor lubricante, este teatro ha sido desacralizado por mi voracidad.

ARTISTA

Que los cobardes y estúpidos se larguen porque hoy pienso hablar de un goce supremo. Me he cansado de follarme a putas y putos hasta reventarlos. Les abrí todos sus agujeros y les creé algunos nuevos frente a sus hijos y madres. Los penetré hasta sentir sus vísceras y sentí deseos de arrancárselas. Los restregué con mis fluidos y los alimenté con ellos. He mirado sus ojos suplicantes antes de escupirles su miseria a la cara. Abandoné sus cuerpos exhaustos como carroña para perros y delincuentes. Disfruté humillándolos y observando cómo se transformaban en pura energía hacia mí: en amor, en odio, en evidente admiración. Me puse en el lugar de ellos y permití a mis novias patearme en el suelo su venganza. Lamí el culo de sus esposos y me dejé abofetear por sus cabrones. Pero ya no. Ya no lo disfruto. Sueño con orgías en las que poder saciarme, culminando en pasión colectiva lo que hasta ahora no han sido más que vicios privados, con mi ciudad transformada en un festín de órganos y placer sin límites. Pero esta ciudad está llena de imbéciles e hipócritas redomados, incapaces de mirar de frente sus deseos de pasión y crueldad. Hubo un tiempo en que gozaba viendo a mis mujeres comer en el suelo carne cruda. Basta de sensiblería, convéncete de que comes cadáveres, les decía. Era tan hermoso verlas llorar entonces, por fin conscientes de su naturaleza depredadora, que no podía evitar acariciarles la cabeza. Pero ya no. Ya

no encuentro placer alguno en la educación sexual. Por lo demás, mis ex alumnas, en vez de salir fortalecidas de la experiencia y agradecerme las lecciones inculcadas a punta de sudor y semen, terminaban todas cagadas, yendo a llorarle sus miserias a un doctorcito cualquiera. Ya no. Sólo me dejo seducir por la posibilidad de una clase magistral de la que hasta los más mediocres puedan sacar partido, para lo otro ya no tengo paciencia. Enténdanme: a los placeres de la carne no voy a renunciar, simplemente quiero más de ellos, más y más y más. Quiero hacer con la carne una obra maestra. Y es que hay algo patético en el arte convertido en una fábrica de salchichas. Los artistas hacen su pequeño trabajo que a nadie le importa llenos de arrogancia y vanidad. Perdedores del mercado en la mayoría de los casos, políticamente ineficaces, juegan a alterar un poco—y sólo un poco—las formas, para conseguir el beneplácito de un puñado de entendidos en la materia. ¡Y qué materia! Pasaron del óleo a los alambres y las luces de neón. Mediocres. Y del peor tipo: mediocres que no saben que lo son. Atrapados en su trampa democrática. Jugando a volver al pueblo, pero hambrientos de reconocimiento y de subsidios. Ya podré dañarles yo su acalorada autoestima. Con la obra que tengo en mente les daré una lección de verdadera nobleza. Tomen nota, imbéciles. En un mundo anestesiado por los medios de comunicación, en donde la naturaleza es humillada por una cultura de masas embrutecidas, el único material capaz de conmover, de hacer una diferencia, de llamar la atención sobre lo que se ha perdido o lo que podría ser, el único material verdaderamente noble, es la carne humana. Ante tanta mezquindad, no puedo más que dar todo de mí. De ese modo dejaré la vara

suficientemente alta como para que las generaciones que vienen vuelvan a mirar al cielo. No a dioses cada vez más debilitados y oportunistas. No. Al horizonte de sus propias posibilidades, posibilidades olvidadas junto al instinto, posibilidades coartadas por el temor. Posibilidad de ser dueñas y señoras de su destino y darse todos los malditos gustos que puedan imaginar. Pienso hacer una masacre, una perturbadora fiesta de la carne, sin más motivación que la liberación del deseo. Mi obra será tejida con sangre humana y lágrimas de verdad. Será un regalo para quienes lo sepan aprovechar y, por supuesto, un gusto para mí. Me someteré a las consecuencias que llegarán inevitables. Seré esclava por el resto de mis días, encerrada en una jaula como un perro. Pero llevaré adelante mis planes con amor. Yo misma pondré las bombas.

ASCO

Me repugna cuando crees que estoy durmiendo y te masturbas en mi espalda, cuando te acercas y siento tu aliento fétido, cuando abro los ojos y veo tus dientes cubiertos con una mezcla de nicotina, sarro y restos de carne. Me metes las uñas en el ano y pienso en las bacterias que quedarán dentro de mí, viviendo en las microheridas provocadas por tus rasguños.

(Si este asco fuera algo doloroso podría aceptarlo. Pero no duele, hiede como una cañería rota, molesta como una niña mal educada)

Tu lengua se acerca a mi oreja—lo sé porque suena como un ratón chupando un pedazo de queso—y vomito. Expulso violenta y espasmódica el contenido de mi estómago a través de la boca. Teniendo en cuenta que el vómito puede provocar asfixia si alcanza las vías respiratorias en cantidad suficiente, me instalo en la postura lateral de seguridad sobre una posa de vino tinto con restos de pan y pelos.

AZOTES

La Ministra llega de viaje a la casa de su amiga, Mujer Elegante. Mujer Elegante la invita a entrar, le muestra la casa. En la puerta, una criada recibe las maletas de La Ministra y las lleva a la habitación de huéspedes.

Mujer Elegante nota a La Ministra algo inquieta y le pregunta si acaso no le apetecería un baño de agua caliente, tomarse un trago, ser azotada... La Ministra dice que acepta el trago, y que luego los azotes le parecen muy bien. Entonces las mujeres se sientan en la sala a ponerse al día respecto a sus vidas, mirar fotografías, reír. La criada les llena las copas de vino y desaparece.

Un par de horas después, reaparece con dos látigos y una fusta, y se detiene en el umbral esperando a ser llamada. Mujer Elegante le pregunta a La Ministra si aún quiere esos azotes. La Ministra contesta que encantada y se saca la ropa, quedando sólo en calzones, pantis,

portalgas y zapatos. Las tres caminan hacia el jardín.

En el jardín la criada azota repetidamente a La Ministra. Mientras, Mujer Elegante mira concentradamente desde una silla cercana, fumando. Después de unos minutos, Mujer Elegante se acerca a La Ministra y le mira las marcas, repasándole la piel con un dedo. Luego le dice cortésmente a la criada que lo haga más fuerte. Obediente, ésta utiliza sus distintos implementos para azotar a La Ministra con violencia hasta dejarle el cuerpo agudamente marcado. La Ministra resiste.

Al finalizar, La Ministra se limpia con un papel la humedad entre sus piernas y se viste, luego se acerca a la criada y, en señal de gratitud, le pone discretamente una generosa propina en el bolsillo. La criada hace una pequeña reverencia y se retira con sus látigos. Entonces Mujer Elegante toma a la Ministra del brazo y retornan a la sala, donde la criada les sirve el café.

B

BONDAGE

Esta chica se interesó por el sadomasoquismo tras visitar sex shops en

Berlín¹ y Nueva York² durante un año sabático que le regalaron sus padres al egresar de cuarto medio. Para conocernos me invitó a comer a un restorán. Por joder, solamente por joder, pedí lo más caro de la carta³. Más tarde, en el motel⁴, abrió su mochila y extrajo de ella una formidable cantidad de cuerdas de distintos tamaños, colores y texturas⁵. Sacó una bola de goma del porte de un puño⁶ y me la enterró en la boca. Parecía una scout, experta en nudos. La maldita se deleitaba en su expertise mientras yo comenzaba a sentir frío. Cuando estaba totalmente inmovilizada por las cuerdas, me clavó un par de tapa oídos⁷ y me vendó los ojos. ‘Privación sensorial’ debe haberse llamado el capítulo del manual de cortapalos⁸ que ponía en práctica. Luego de eso me hizo lo que cualquier joven esposo en su noche de bodas. No sin antes haber probado un par de vibradores ultrasupersónicos⁹ en mí. Por suerte para ella, porque de lo contrario le habría rajado el condón¹⁰. Al despedirse me preguntó si nos volveríamos a ver. Prefiero el

¹ Costo pasajes Santiago-Berlín-Santiago en KLM, 2.400 euros. Este precio, como los siguientes, corresponden a febrero del 2014.

² Pasajes ida y vuelta a New York con tarjeta *Santander Lanpass*, 12 cuotas sin interés de 47.000.

³ Da Carla, *Mezze Lune Vercellesi*, pasta rellena de conejo y espárragos con salsa a la trufa, 14.890.

⁴ Habitación estándar en el Hotel Valdivia, 64.000 pesos.

⁵ En *Homecenter*, 70 mil pesos.

⁶ Descrita como “*mordaza bola arnés ball gag sado bondage*” en www.mercadolibre.com, 35 mil pesos.

⁷ Tapones para oídos de 30 decibeles, Farmacias Ahumada, 1.850 pesos.

⁸ En Amazon, el libro *Erotic Bondage Handbook* de Jay Wiseman a \$16.95 sin gastos de envío.

⁹ *Magic wand*, precio de mercado en *sex shops chilenos online*, 60 mil. Otros vibradores, entre 12 y 45 mil pesos.

¹⁰ Caja de tres condones *Lifestyle*, Farmacias Ahumadas, 1900 pesos, con una sal de fruta ENO + aspirina de regalo.

celibato, respondí. No entendió a qué me refería. La besé: Búscalo en Google¹¹, corazón.¹²

BORDER

La primera vez que nos acostamos ella era virgen, sólo su madre la había visto desnuda. Yo en cambio creía haberlo visto todo, todo tipo de cuerpos.

Las luces de ese hotel de mala muerte iluminaban sin piedad sus movimientos pudorosos. De pie, se quitaba la ropa a duras penas, con la mirada fija en el suelo y lentamente, mientras yo, acostada en la cama, la observaba seria, inmutable, decidida a no ayudarla, a hacerla sufrir un poco antes de tocarle la piel.

Era tarde para no haber tenido nunca sexo y para su conducta extravagante. ¡Cada prenda le costaba tanto esfuerzo! Pensé que podía tener algún defecto, alguna anomalía, pero no lograba imaginar qué. Recién cuando descubrió sus brazos pude ver lo que escondía: telarañas de heridas y cicatrices. Durante años, ella misma se había provocado hendiduras con cuchillos cartoneros para calmar otros dolores o para forzarse a sentir, confesó.

¹¹ Plan de navegación ilimitada para *Blackberry* en Movistar, 44.780 pesos.

¹² TOTAL: 2.498.820 pesos chilenos, 3.696 euros, 5.316 dólares.

Una vez revelado el secreto, expuesto el cuerpo del delito, su vergüenza fue tan grande que me hizo incomodar. Y eso que yo soy dura, no soy buena. Una niña a la que descubren masturbándose en la escuela, una doncella forzada a exhibir sus diminutos pechos en la calle, una tonta, una loca, una pobre criatura patética: todas esas cosas vi en sus ojitos dulces.

Mi rabia no sabía hacia dónde dirigirse, estaba confundida: *mira lo que te hiciste, maldita*. Traté de advertirla de mi frialdad, de mi indolencia, pero mentía sin saberlo. Su secreto la hizo íntima, me había enternecido y las excusas para disimularlo se apagaban. Quise ponerle fin a su martirio, que ahora era el nuestro, y la toqué. Reaccionó como si mis dedos desprendieran finísimas cargas eléctricas, como si despertara en un mundo diferente, abriendo los ojos, muy quieta, con sorpresa y con placer.

En un momento supe que esperaba de mí que la besara. Quise llorar y, mientras le ponía un dedo en cada llaga, la besé. La besé y seguí besándola hasta que, de tanto besarla, la soledad se fue ahogando y nuestros cuerpos llenaron el vacío.

No esa noche, en los meses que siguieron, poco a poco, a punta de repasar viejas heridas y provocarnos algunas nuevas a dentadas, sellamos un pacto. No nos juramos fidelidad ni amor eterno, pero sí despreciar a todo aquel que no llorara, que a la primera cita no se

presentara herido.

BORRACHERA

Es cierto, estoy borracha (desgraciada). Mi aliento es el del vino, fumo y se me cae la ceniza en el vestido. Te miro de reojo y percibo tu desprecio de buena ciudadana, sobria y respetable. No me dejarás dormir sobre tus piernas ni morderte los labios, ni nada. Tú te lo pierdes (engreída). Condenada tus niñitas bien, a tus bienhabladas (culeada-hijadeputa-malparida) mientras en tu camino te atraviesas con borrachas como yo (mucho más interesantes), de párpados pesados, miradas lascivas y una pasión por la verdad sólo comparable a la de las Abuelas de la Plaza de Mayo (con su perdón, Señoras). A ver si alguna de tus modelitos (de esas que no huelen a vino ni hacen muecas, ni vomitan) es capaz de decirte las cuatro verdades del budismo en cuatro patas (icabrona!). El dolor es una de ellas. Y si te escapabas tras espejismos idiotas, te librarás de mí (te lo concedo) pero no del dolor. Porque ese viene con dientes de ortodoncia, narices respingonas, PhD, confirmada y abstemia (ite maldigo!). Tu muchacha de ensueños te pedirá que no vuelvas a tocarla después de adoptar al tercer hijo, dejando en tu almohada nada más que tus sentidos embriagados por Chanel (icompañera beoda!). Te convertirá en su enemiga (te-lo-doy-firmado), serás la encarnación de todas sus frustraciones, te odiará en silencio, te torturará en silencio, se enamorará castamente de su guía espiritual (chúpate-esa) y entonces

recordarás a esta borracha (a-este-pechito-que-tú-ves-aquí) que predijo tu futuro, que te quiso besar con un aliento raro y terminó vomitando en tus zapatos.

BÚSQUEDA

Lo admito: estoy totalmente desesperado por una mujer. Mi ritmo de vida me impide tener demasiado tiempo y ahora necesito descargar mi furia. Soy muy atractivo y me gusta absolutamente todo en el sexo. Culear día y noche, ser pasivo, activo, puta, lo que sea. Me someteré a todo cuanto una mujer me pida. Al principio me someteré, pero luego, cuando se haya corrido bastante, la haré mi esclava y tendrá que hacer lo que yo quiera, le pegaré y la sodomizaré para conseguir su respeto. Pero ahora que estoy al borde del colapso, me conformo con aliviar estos güevos a punto de estallar. Sí, te estoy hablando a ti, pero piénsalo bien, no quiero indecisas.

★

Lo primero es dar las gracias a toda la gente que me ha contestado. Voy a explicarme bien para que nadie se llame a engaños. Soy un chico que se traviste en la intimidad. Totalmente depilado, uso lencería, tacones, peluca, maquillaje, pero sigo siendo un chico. Cada vez intento estar más femenina, ser una auténtica puta. Busco gente de Málaga con mucho morbo y vicio.

★

En el DF, con 55 años, 1.75, 98 kg., estudios superiores, hétero, soltero, sano, discreto, 15 cm. y actividad sexual relativa. Gusto por la lectura, la música, el baile, la bohemia, el tequila, la buena plática y el sexo oral. Deseo mujer sumisa, joven o madura, profesionista o no profesionista, atractiva, sana, discreta y rasurada. Casada con o sin permiso, viuda, soltera, divorciada, separada u otra, que quiera sacar la perra que lleva dentro.

C

CARICIAS

He venido aquí para follar como una bestia salvaje. Me arde el coño, estoy chorreando. Me contorsiono como un trapecista o un hombre al que acaban de disparar por la espalda en un campo de batalla. Estoy sedienta e intrigada, quiero saber si este cuerpo mío, con el deseo que tiene inscrito, puede funcionar como la máquina que supuestamente es.

No quiero confrontarme a un alma humana sino jugar con mi deseo como si fuese un animal, enfrentarme a un hocico rabioso, enseñar mis dientes, babear. No quiero tus cariñitos, tus miradas de cordero, tu infinita paciencia, tus preguntas de si estoy bien.

Tú me acaricias la cabeza, la espalda, haces tus pases mágicos, crees que estamos aquí para jugar con energía. Yo no quiero, y me niego a ser parte de este juego místico y absurdo. Atraviésame de una vez por todas y así moriré, me rendiré por agotamiento a tu gesto de maga de pacotilla, a tus dedos haciendo la araña trepadora sobre mis hombros, a estos toqueteos infantiles e ignorantes.

CELIBATO

Hace diez años renuncié al sexo. Se me acusa de todo tipo de cosas. La presión social por restregarse contra los genitales de otro ser humano es salvaje, al menos a mi edad y en mi círculo social. Neurótica por lo bajo. Frígida. Por lo alto puritana y fanática. Poco más y de derecha. Ridícula. Me han dicho de todo.

La que no practica sexo es una reprimida, y la reprimida, una abyecta. La que no tira está incompleta. La que no tira da pena. Si no lo disfrutas inténtalo de nuevo, búscate otra amante, anda a terapia, haz lo que esté a tu alcance, pero al sexo no se te ocurra renunciar, eso es para obesas, para ancianas, para gente patética que no tiene otra opción.

No entiendo por qué los incomoda tanto. Prefiero dedicar mi energía a otros asuntos, a la escritura, por ejemplo, o a la amistad.

CELOS

Cuando veo cómo la golpea siento celos, quisiera que me deseara de ese modo. Si no me pega pronto, la obligaré a mirar cómo azoto mi cabeza contra el muro.

CIBERSEXO

Viernes. Verano. Vengo llegando de una noche decepcionante y temo no poder dormir. Quiero una mirada que me vuelva lasciva. Una o dos. Sé dónde encontrarlas. Tal como ahora, me siento frente al laptop. Preparo la escena. Luz suficiente, algo que me sirva como dildo, una copa de vino robado, cigarrillos. Tengo todo. Nombre de usuario, contraseña, transmitir la web cam. Me miro a mí misma en la pantalla. Lolita con cara de aburrimiento. Fatal. Hay que cambiarlo. Uno, dos, tres espectadores. No dicen nada. Aplico rouge, rímel para hacer más expresiva la mirada. ¿Le importará a alguien mi mirada? Parece que sí. Los tres espectadores se convierten en 15. Saco la lengua. Pornostar. Me recojo el pelo en un moño por sobre la cabeza. Me meto los dedos en la boca. Eso fascina. Suben de inmediato a 23. Me mandan mensajes: que el culo, que la concha, que quieren ver piel. Me tiene sin cuidado su impaciencia, yo traigo mi ritmo. Me sirvo del vino robado. Me dicen salud. Ya son más de medio centenar. Los desprecio. Me desprecio a mí misma. Me pongo a llorar. Les encanta que llore. No falta la que aprovechándose del pánico me quiere consolar. Mi ánimo

es violento y lo mando a coger por el culo. Además ya tengo a 100. Tanta mirada caliente, tanto piropo obsceno, hacen que se me caiga el vestido. Les encanta. ¡Cómo no! Mi cuerpo luce perfecto. Que me toque las tetas, que las apriete, las chupe, que estire el pezón. En vez de eso las pongo en un plato y comienzo a acelerar el guión. Hoy, además del llanto, me meteré la mano en la concha y un pepino en el culo. Lo agradecen subiendo el rating de manera exponencial, de pronto son más de 600. Me ofrecen matrimonio en Qatar. Quieren que yo también los mire, saber qué lengua hablo, alguna pequeña muestra de humanidad. Pero no. Descerebrada babeo sobre las tetas del plato hasta provocarme un orgasmo y dos, y tres, y no poder continuar. Ahora sí dormiré. Me despido con un internacional 'bye, bye' y los clausuro de un clic.

CIENCIA FICCIÓN

La escena comienza al interior de un centro recreativo 2.0, una discoteca con luces de colores en medio de una relativa oscuridad, un sitio de swingers, desadaptados, ansiosos de sexo o de mera interacción. Interacción uno a uno.

Estos centros, que aparecieron por primera vez en Europa, se fueron extendiendo como hongos y malas copias por el resto del mundo. Ahora lo llenan todo. Los hay más sofisticados y más artesanales, en todos los rincones y para todos los gustos.

La concurrencia es honesta y se mezcla allí más que en un supermercado, en un parque, en un banco o en la calle. Las perversas y los sádicos, las hermafroditas y los frígidos, el que no tiene qué comer y el que está gordo como un pez, la vaca, el simio, la perra, todos caben.

No hay dress code, la mayoría entra desnuda. Al espacio lo iluminan LEDs rojos y azules. No hay barra, sino largos tubos que cuelgan de los muros donde se liban cócteles humeantes. La música sale de los poros de las perversas que han dejado de desear, son los parlantes del lugar. Cuando algún indignado aparece, se siente conforme con lamerles los pies. Entonces ellas emiten sonidos más agudos, entonan ritmos más acelerados, pero sólo como reflejo, como repetición.

En la escena, una mujer de generosas carnes yace de espaldas en una camilla a ras de suelo. Está perpetuando una interacción con un hombre joven, normal. La mujer, desnuda, centra su actividad en la escritura sobre su cuerpo a través de su mano derecha que se desplaza hábilmente y con cierta cadencia por los botones que se distribuyen aleatoriamente en torno al tronco, los pechos, el vientre y la vagina. Los botones son letras.

El hombre está en cuclillas mirándola lascivo. Ella escribe algo que no alcanza a entender. Sus dedos se clavan profundamente en su cuerpo, que es mórbido y de color anaranjado (el filtro de saturación está al máximo, la luz es roja y hay un tono verdoso en los bordes de los botones). Él es muy simple. Ella repite, monótona, un manifiesto

personal. No tiene prisa, se retuerce como un gato en celo, y él no puede más que verlo todo como una oportunidad de interacción.

Cuando ella ha acabado de decir lo que quería (que la relación es imposible), dibuja una sonrisa blasfema con su ombligo. Lo abre para dejar salir unos labios, una lengua y una dentadura salvaje que da tres carcajadas muy ruidosas. El hombre se desmaya y termina la escena.

CIRUGÍAS

Adelgácenme el codo que me hace ver vieja. Estos brazos son más gordos que mi cuerpo, mi ombligo ha ido descendiendo y la grasa que estrujo frente al espejo no le sienta bien a mi figura. Mis labios lucirán sensacionales con sólo un poco de relleno, los hombres querrán besarlos en el metro. Ahora una puede hacer lo que se le antoje, cambiarse el rostro enteramente. Creo que mala idea no sería. Heredé de mi familia paterna lo que la vieja de mierda de mi abuela llamaba *una cara con personalidad*. Ponerse silicona en las mejillas y el mentón, levantarse las cejas y los párpados, sacarse las bolsas de los ojos, todo eso es sencillo y barato (relativamente). Ni siquiera el *lifting* es hoy tan complicado. Malditos genes aimaras me han arruinado la nariz. Yo quiero todo pequeño, todo excepto las tetas y el culo. Todo excepto los labios. Si pudiera achicarme dos tallas los pies, lo haría. ¿Quién va a querer tirarse a la hermana de la cenicienta? Empezaré por una abdominoplastia y una lipoescultura, luego una mastopexia y una braquioplastia. A mis manos no les haré nada aún, sólo uñas de

acrílico. Cuando envejezcan un poco más les borraré las manchas con láser. Una cirugía que me encantaría hacerme, aunque desconozco de ella los detalles, es el rejuvenecimiento vaginal. La pura idea de que mi vagina pueda lucir vieja me da vértigo. Rejuvenecimiento y lubricante en cantidades industriales. Que no se note pobreza. Si hoy hasta en Cuba las cirugías son accesibles para mujeres con problemas de autoestima. ¡Y quién no tiene eso! Si sirviera de algo le lloraría un día entero al inspector de la Isapre. Pero no importa, las pagaré en mil cuotas de ser necesario. Hay quienes se endeudan para comprarse una casa; yo me endeudaré para comprarme un cuerpo que me compre un marido que me compre una casa. Luego, para mantenerlo, ya solo será dejar de estar echada todo el día comiendo chocolate, ir al solárium, hacerme masajes y vestirme bien.

CITA A CIEGAS

Dejé la puerta de la calle abierta. Pudo haber entrado cualquiera, pero entró ella. La esperaba en el suelo, en cuatro patas, desnuda, con los ojos vendados. Escuché la puerta crujir, sus pasos, su respiración pesada al cruzar el umbral. Cuando tocó con un dedo mi espalda me crispé como un gato. Temí. Otro dedo —¿o el mismo?— en mi vagina pelada. Chorreaba. Sentí excitación y vergüenza. Cuando comencé a relajarme, a respirar algo más normalmente, me puso un cuchillo en el cuello. Le rogué y me hizo callar con un ruido. Mientras me recorría con el filo me brotaron lágrimas. Sudaba. Escuché como dejaba el cuchillo en el suelo y abría la hebilla de su cinturón. Sentí cierto alivio.

Me tomó con cuidado, con la suavidad de una novia de 15, penetrando repetidas veces mi agujero empapado. Me corrí en un instante. Luego, esperé quieta a que ella lo hiciera, a que se pusiera la ropa y sus pasos, y la puerta cerrarse, y aún un poco más antes de sacarme la venda.

CLÍTORIS

Últimamente percibo mi clítoris como el Taj Mahal. Visualizo una enorme cúpula de carne rosada y sensible, electrificada a punta de terminales nerviosas, una pequeña fuente de grandes orgasmos, un microcontrolador del placer que se hincha espasmódico para chillar, sin gasto de cuerdas vocales, su perfecta autosuficiencia.

CONFIANZA

Entra cada tarado aquí, lo que no es del todo malo. Habiendo sólo 92 damas en la sala de chat, y 468 varones, es necesario distinguirse, lo que no cuesta demasiado entre subnormales que no saben tratar a La Mujer.

Hay que avanzar poquito a poco. Ver primero que sus hijos duerman, que ellas estén tranquilas. Asegurarse de que no llegará el marido y les dará una zurra. Hay que ser suave, romántico, y demostrarles con hechos y palabras que pueden confiar en ti.

En mi experiencia, y tengo mucha, lo que ellas quieren es una oreja atenta y una mano firme que las guíe por el oscuro camino de sus deseos. Una vez que confían puedes hacer lo que tú quieras, cualquier cosa. Que se desvistan y te muestren las nalgas, que se introduzcan en el culo el mango de un sartén o que meen en una copa de champaña.

En realidad, es muy sencillo. Sólo un último consejo: cuando acabes no te vayas de inmediato. Consuélalas por lo que acaba de ocurrir y diles que les agradeces la confianza.

CUARTO OSCURO

Vamos a una especie de workshop bajo el formato de showroom, donde mi novia tiene por misión incitar a las dormidas masas a disfrutar del espacio oscuro y frío.

En la Wikipedia dicen que el sida afectó a estos lugares de intercambio ocasional, colectivo y anónimo, pero este es un cuarto oscuro nada convencional, uno Do it yourself. En la entrada reparten condones, lubricante y buenos consejos, incluso un libro sobre erotismo y tecnología. En definitiva, un dark room inofensivo, de cuarta generación.

Mi rol es el de putita post-algo que no sabría identificar. Voy de medias caladas, hot pants, botas de Robin Hood. Una tela elástica me recoge

las tetas cuando salto y rebotan como si el cielo las empujara, como si el diablo las soltara desde el subterráneo, arriba, abajo, muy rápido y con gravedad.

Me gusta la cruz de San Andrés, es el único espacio en este cuarto que tiene un poco de luz. Como exige la función ato a la mujer de mis sueños y le doy con el látigo sintiendo un déjà vu corporal: le pego a alguien a quien odio, a alguien que me ha robado.

Lo que más percibo es mi propia brutalidad expresada en un culo rojo y gordo como una sandía, terso y jugoso como el mío. Uso el mango del látigo para penetrarla. La perra chilla y reconozco que le duele, pero estamos en un escenario y el dolor también es sexy.

Yo, olímpica y principiante, le doy la espalda al público. Mis manos, mi cerveza, mi droga y mi tabaco no alcanzan para hacerme sentir a salvo. Le meto mano para calmarme, y acercándome a su oído, le declaro la inmensidad de mi amor.

CUCHEPO

Salíamos de una fiesta en el centro de la ciudad y ahí estaba el cuchepo. Fue idea mía esta vez. Le dije a mi polola: «Mira, ¿no te parece interesante?» No alcanzó a decir 'puede ser', cuando yo ya le había sonreído al cuchepo y él me había devuelto la sonrisa.

No recuerdo cómo se desataron los acontecimientos. Sí, que de pronto me vi arriba del carrito transportándome a toda velocidad mientras mi polola se iba haciendo más pequeña.

Nunca había sentido brazos más fuertes que los de ese hombre, en un dos por tres me tenía penetrada. Como la calle era de adoquines, los saltos hacían lo que el cuhepo no podía con sus caderas pesadas y yo menos, con el vértigo que sentía.

Al volver, mi polola ya no estaba. Me llamó al día siguiente para pedirme explicaciones. La pobre nunca entendió que jamás lograría reformar mis deseos inagotables de aventura, que lo suyo no era más que la administración de un error. Que desapareciera fue un alivio, me aburría. Me aburría con sus demandas de buena conducta, su cuerpo acabado, su casita burguesa y su profesión.

CULO

El lugar en el que se concentra tu inmundicia (déjame lamerla) es lo poco que nos queda: la nada que puedo ofrecerte clavada en el abismo, en el punto ciego en el que combustiona una hoja bajo una lupa en el medio del desierto: tu culo, un sol que no me cabe en la mano, tu culo de otra galaxia, espasmódico, agitándose hasta la extenuación, tu culo, su ano (mi anillo) y yo, narcotizada con su lubricidad.

CULPA

Es mi culpa no tener condones, porque me los he gastado con otro. Es mi culpa que me duela, que no me quepa, que me pique. Es mi culpa entrar a Internet cuando roncas por la noche, la fantasía de que me la metan otros, al mismo tiempo, por todos lados. Es mi culpa ser el tonto enamorado. Tu olor a sobaco es mi culpa, el desorden de tu casa. Mi deseo es mi culpa. Esta falta de originalidad, desear lo mismo que todos. Tu impotencia, tu vergüenza, mi incapacidad.

D

DACRIFILIA

Ojalá entiendas que no hay tragedia. Lloro, pero también se me pasa y veo el asunto en perspectiva. No tengas miedo, ya pronto estaré riendo. Es bueno poder vencer el pudor contigo, atreverme a llorar, no esconderme, hacerlo sin miedo a ser juzgada y sin apuros. Intensamente si es necesario, si eso me hace sentir mejor.

Creo adivinar que a ti también te gusta. Eso es muy liberador, ¿sabes? Y además es pornográfico. Si tú puedes gozar al verme así, yo puedo permitirme enfatizarlo. Convierto mi llanto en un quejido voluptuoso, en un acto ejecutado para provocar excitación. Estrujo la melancolía

como si de dos tetas gordas se tratara y juntas saboreamos mis lágrimas saladas.

No sé si me crees. Yo no me pregunto si mi teatro es real, me restriego dramática buscando un alivio. Luego llegan los espasmos que interrumpen el sentimentalismo de mi cuerpo. Al momento del cigarrillo ya soy otra, preparada para salir a la calle, para habitar cómodamente el mundo de la ligereza emocional.

DELITO

Las condiciones podrían haber sido mejores. Se trató de una intervención de 15 minutos en una casa particular tras haber pagado el equivalente a 300 mil pesos en efectivo.

La indicación fue no fumar durante las 24 horas previas, que fuera sola y en ayunas. Al día siguiente entré a una habitación pequeña con una camilla y un crucifijo enorme y, desnuda, me inyectaron Valium molido a la vena. «Lo hacemos para ayudar a mujeres como tú», dijeron. En la tina del baño vi el instrumental y a mí misma como Tetsuo, *el hombre de hierro*.

Cuando desperté estaba en una habitación con dos camas y muchas fotos familiares. Me levanté y fui arrastrándome hasta el living, donde había un hombre con aspecto de gásfiter al que confundí con un

médico. Le insté a que me dijera qué me había hecho. Me convenció de que debía dormir. Cuando volví a despertar solo estaba la mujer que me había conducido al lugar.

Me dio un té con mucha azúcar, un paquete de anovulatorios y me dejó ir. A pesar del pañal y de sentirme como una bolsa vacía, la sensación primera fue de alivio y gratitud por estar recuperando mi vida tras una amenaza mayor.

DEPILACIÓN

Un día me sentí tentada por la industria pornográfica a dejar atrás el sexo oscuro, misterioso y peludo que tenía. Partí a depilarme pensando cómo habría de solicitar semejante obscenidad. Le expliqué a la mujer de delantal blanco que ahí no me había depilado nunca. «¿Muchas mujeres lo hacen?» «Ocho de cada diez».

Mi determinación se hizo aún más vigorosa. Me visualicé como un animal en extinción, mugriento, peludo y asqueroso. Tras sacarme los calzones, abrí las piernas y, elástica, como si me preparara para una penetración masiva, me alcancé las orejas con los talones. «Dele no más», proclamé.

La mujer me untó entonces cera caliente para luego arrancarla con un golpe de gracia. Mi cuerpo reaccionó de inmediato humedeciendo la zona genital. Tanto así que la mujer, súbitamente muda, tuvo que

secarme con algodón para poder continuar con su faena. Caliente y humillada, adolorida y expuesta, no encontré mejor recurso que taparme la cara con el brazo hasta que terminara la función.

A pesar de los inconvenientes, de ese ritual iniciático salí bastante bien parada. Me hinché de satisfacción ante el aspecto inmenso de mis labios vaginales y, como un soldado dispuesto a conquistar nuevos territorios, me levanté esa noche la falda en un bar.

Durante algunos días me sentí triunfante, gloriosa, superlativamente sexual. Hasta que me enteré por el anuncio de una clínica de cirugía estética que a los labios que son como los míos los mutilan, les practican *rejuvenecimiento vaginal*. Pero no me dejaré abatir, ni les meteré cuchilla, ni los tapané con pelos otra vez. Los deformaré con *piercings* y con pesas hasta que me lleguen a la rodilla y sumaré la depilación a mi repertorio sexual.

DILDO

El recuerdo es difuso, se compone de mil escenas, flashbacks de un segundo. Sé que experimenté con velas, zanahorias, *chopsticks*, lápices cubiertos con calcetines, algodón. De forma instintiva cubría las prótesis con condones que le robaba a mi mamá. Estas prácticas infantiles me prepararon para un futuro de pepinos, botellas de perfume, vibradores, manos, penes y hasta un control remoto. Lo que

a su vez me dejó lista para el mugido supremo, el dildo inverso, el parto natural.

DINERO

Lo uso para recuperar la libido perdida. Pongo un aviso por ahí y hago una breve selección de personal en una cuenta de messenger creada ad hoc. Muestro partes de mi cuerpo por cámara web ante ojos desesperadamente lúbricos. Recibo comentarios obscenos. Cierro el trato con uno que parece confiable. Uno que sospecho no querrá faenarme en su cocina e irme comiendo de a poco.

Toco su puerta sintiéndome una actriz de cine de los años setenta. Compruebo que la casa está tibia, sonrío, intento borrar de mi rostro toda huella de gravedad. Me quito el abrigo y quedo vestida con medias rojas caladas, montada sobre unos zapatos de tacos imprudentes. Me subo a la mesa del comedor en silencio para que pueda inspeccionar la mercancía. Él mira, toca, saborea. Entonces le ruego que me deje besarle entre las piernas: infalible. Comienza la acción. Diez minutos y tres orgasmos más tarde, termina.

Exhausta, mojada, ronroneo a sus pies mientras me habla de su empresa, de problemas legales, de penas de amor. No parece interesado en mí. No me importa. «¿Quieres hacerlo otra vez o prefieres que me vaya?», pregunto con mi sonrisa monocorde. «Estoy

cansado», responde cortés. Me pongo nuevamente el abrigo, esta vez con plata en el bolsillo, y parto a casa. Al día siguiente despierto con una calentura inmensa que, como la versión femenina del Zorro, esta vez doy gratis por ahí.

DOLOR

Porque mis imperfecciones pueden ser mejor apreciadas en la mesa quirúrgica. Porque cuando duele me siento más viva. Porque gozo.

DOMINACIÓN

A pesar de que era un hombre maduro, ella lo eligió para formar lo. Mal que mal él era provinciano y ella, ciudadana del mundo. Le enseñó a fumar habanos, a elegir la ropa y a despreciarla. El tipo era salvaje. Tenía el cuerpo dorado, pelo en pecho, pinta de actor italiano. Después de un tiempo juntos, con un traje cortado a la medida y modales impecables, se transformó en la envidia de todas y de todos.

El entrenamiento fue rápido y difícil. Empezó por regalarle una fusta y un traje de látex con cola de diablo. Lo acostumbró a todo tipo de inmundicias porque a ella le gustaban las arcadas. Le dio un collar y una correa para que la amarrara a un árbol por las noches. Lo entrenó para ponerle los cuernos mientras ella desde lejos escuchaba.

No es que no le pagara por todo este trabajo. Se casó con él, le compró regalos, le depositó puntualmente la ofrenda, la mesada. Lo quería contento, con los glúteos endurecidos por orgasmos incesantes y el ego reventado a punta de alabanzas. Para ello se arrojó a sus pies, se puso a sus órdenes, y le dijo «mi doctor», «mi ayatola», «dios», «papito», «amo». Le decía que era único en el mundo y que lo amaba. Él se sentía bien.

Hasta que un día cayó enfermo y ella pareció molestarse. Quiso quedarse en cama la noche de un viernes y por respuesta ella golpeó con el puño la muralla. Se negó a dejarse mamar por una joven y tuvo que escuchar que era un viejo, un viejo seco y amargado, manipulador, ladrón, flojo y sucio, un fulano. Que iba a buscarse a otro, a uno más hombre. Resultado: él se fue.

Días después ella cayó de rodillas rogando clemencia y ofreciendo verdadera esclavitud, y él volvió a casa cabizbajo, sintiéndose derrotado. Así carecía de todo sex appeal, lo intuía. *Ella* había perdido la batalla y *ella* debía ser la cabizbaja. Él nunca, inunca! Él debía castigarla, ser altivo y despiadado. «Eres un fraude», fue la prueba concluyente. Una vez más, lo dejó llorando. Lloró en el baño, en el clóset y bajo las colchas en la cama.

Cuando el llanto se detuvo se enguantó en cuero, sacó la fusta y la azotó con odio. Le gritó «puta», «zorra», «maricona reculiá». Le gritaba «imbécil» y ella gozaba, no había cómo castigarla. La escupió con

desprecio de verdad. Pero a ella le gustaba el desprecio, prefería el desprecio. Sólo logró indignarla un mes después cuando otra vez más se manifestó cansado. Entonces ella volvió a las andanzas: «flojo», «viejo seco». Y aunque no tenía a nadie, él se fue.

El ciclo se repitió invariable durante un año entero. En una de esas idas y venidas me lo encontré en la calle con un brazo roto. Tuvo miedo de perderla y de que la gente se enterara. Tuvo miedo de quedarse sin alhajas ni lisonjas. Luego una pierna rota, la quijada. El resto es cuento conocido.

DROGAS

El opio no te daña el estómago si te lo metes por el culo. Un poco de lubricante y ya. Luego te entra un sueño enorme, tramo obsoleto de conciencia. Para no quedar mal te metes una raya. El opio reaparece 24 horas después, haciéndote sentir roca o aire inmovilizado.

★

En Arica cambio besos en el baño por rayas de coca. Nunca falla. Los tipos ni abrir la boca pueden, tiesa como un alicate oxidado.

★

A muchos no se les para cuando toman speed. Yo me pongo verborreica.

★

La segunda vez que la besé me pasó una pastilla rosada con la lengua.

Romántico eje de amor narcótico en la barra de un bar.

★

Rosa se junta conmigo sólo si tomamos MDMA. Nada de rituales sensuales, metemos un poco de cristal en un papel para tragarlo. A mí me aterrizaron con que se te caen los dientes si lo chupas. Ella no se corre nunca, dice que es el amor. Yo me corro como una perra y no sé si es el M, pero dejo de sentir partes de mi cuerpo, dejo de sentir incluso el contacto de sus manos y siento como si estuviera culeándome a mí misma.

★

Marihuana fumo siempre. Podría contar con los dedos de una mano (con la otra estoy haciéndome una paja) los polvos que me he pegado sobria. Probablemente el primero. Pero nunca llevo drogas encima, con las tetas me basta, con esta juventud y la firme convicción de que la sobriedad es el sexo de los muertos.

DUELO

Sabía de su existencia, pero nunca antes la había visto. Se llama Zafira, o al menos eso me han dicho. Está desnuda, de pie, montada sobre tacos de 12 centímetros, con sus enormes pechos colgando y un dildo negro inserto en la vagina. En cada uno de sus gestos puedo reconocer mi propio entrenamiento.

De pie, brazos sujetos sobre la cabeza, separadas las piernas, rímel,

boca abierta de par en par, prohibición de emitir cualquier sonido, completamente desnuda o con un corsé negro, medias y zapatos de tacón: esa es la forma elemental. Sin mediar instrucción, el único movimiento permitido es mecer los pechos con una lentitud tal que a la Doña nunca termina de satisfacerle.

Esta forma puede sufrir pequeñas variaciones, como por ejemplo *ángulo recto*, cuando el torso se dobla hacia delante formando con el cuerpo una L, lo que le permite a la Doña (se hace llamar Martirio) examinar la zona genital, torturarla o insertar en ella algún objeto; *hincada*, ajustando la boca a su órgano de silicona; o bien *al suelo*, postura de súplica o de espera semejante a la que adoptan los musulmanes al rezar.

Ahora comprendo por qué mi lentitud nunca ha sido suficiente: Zafira es mejor que yo. Hay algo inhumano en ella; el bamboleo de sus pechos es perturbador, casi estático. Quisiera enterrarle un dedo, pero no lo hago, me instalo frente a ella e intento imitarla. La Doña pasea la vista de una en otra, se muerde los labios, compara el peso de nuestras carnes, está inquieta, como si le costara tomar una decisión. Finalmente, me pide que me retire y cierre la puerta al salir.

E

EMAILS

Me contaron que como estrategia de seducción le mostraste a una extranjera las cartas de amor que te habían enviado otras. Lo hiciste en tu casa mientras la emborrachabas. Ahora—para engrosar tu colección, y aunque sea por email—te envió otra huella del terremoto que provocas en corazones inexpertos. Puedes imprimirla si quieres, archívala bajo la categoría «Freaks».

Puede ser que hayan exagerado, que en lugar de muchas cartas sólo fuese un par. Quizá esas cartas eran tu tesoro, una especie de dote que ofrecías. Puede que las mostraras a modo de presentación, de advertencia o garantía, como un carné de sanidad. Quizá ella las cogió por sorpresa, imponiéndote una confianza prematura. A lo mejor las cartas son tu libro de estudio, un medio para intentar comprender el despecho.

Cómo escribir una carta de amor que no acabe convertida en trofeo de guerra. Hay errores genéticos, biografías, desplazamientos terrestres y sudor. Cómo hablar de tus hermosas piernas de chola virgen, de tu lengua de api, de tu potencia altiplánica y voluntariosa, sin acabar completando la *Lonely Planet* de tu pasión.

Algo de amor debo admitir (por cortesía) en esta serie de especulaciones confirmadas por un buen polvo. Presiono enviar, pero esta vez guardo una copia de este y cada email por la eventualidad de que también yo, alguna vez, pueda sacarle un buen provecho.

ENCICLOPEDIA

~~Aborto.~~ ~~Aburrimiento.~~ ~~Accidentes.~~ ~~Alegría.~~ ~~Amantes.~~ ~~Amateur.~~ ~~Amor.~~ ~~Ano.~~ ~~Anorgasmia.~~ ~~Arcada.~~ ~~Artista.~~ ~~Aristocracia.~~ ~~Arribismo.~~ ~~Arte.~~ ~~Asco.~~ ~~Asfixia.~~ ~~Azotes.~~ ~~Besos.~~ ~~Boda.~~ ~~Bolero.~~ ~~Bondage.~~ ~~Borrachera.~~ ~~Border.~~ ~~Bruja.~~ ~~Burguesía.~~ ~~Burocracia.~~ ~~Búsqueda.~~ ~~Calle.~~ ~~Capricho.~~ ~~Caricias.~~ ~~Carne.~~ ~~Cartas.~~ ~~Catástrofe.~~ ~~Celibato.~~ ~~Celos.~~ ~~Cerda.~~ ~~Chat.~~ ~~Chula.~~ ~~Cibersexo.~~ ~~Cieatrics.~~ ~~Ciencia ficción.~~ ~~Cine.~~ ~~Cirugías.~~ ~~Cita a ciegas.~~ ~~Clitoris.~~ ~~Codicia.~~ ~~Comedia.~~ ~~Complaciente.~~ ~~Compromiso.~~ ~~Comunidad.~~ ~~Concha.~~ ~~Confesión.~~ ~~Confianza.~~ ~~Consenso.~~ ~~Conservador.~~ ~~Coprolalia.~~ ~~Crueldad.~~ ~~Cuarto oscuro.~~ ~~Cuchepo.~~ ~~Culo.~~ ~~Culpa.~~ ~~Cumshot.~~ ~~Dacrifilia.~~ ~~Deber.~~ ~~Decepción.~~ ~~Delicadeza.~~ ~~Delito.~~ ~~Delirio.~~ ~~Demonios.~~ ~~Depilación.~~ ~~Depresión.~~ ~~Desprecio.~~ ~~Dildo.~~ ~~Dinero.~~ ~~Diosa.~~ ~~Disco.~~ ~~Díscola.~~ ~~Distancia.~~ ~~Divorcio.~~ ~~Dolor.~~ ~~Dominación.~~ ~~Dominatriz.~~ ~~Drogas.~~ ~~Duelo.~~ ~~Edición.~~ ~~Emails.~~ ~~Embarazo.~~ ~~Enciclopedia.~~ ~~Enema.~~ ~~Entrenamiento.~~ ~~Epatar.~~ ~~Escándalo.~~ ~~Escatología.~~ ~~Escritura.~~ ~~Esposa.~~ ~~Estupro.~~ ~~ETS.~~ ~~Euforia.~~ ~~Excusas.~~ ~~Exhibicionismo.~~ ~~Experiencia.~~ ~~Facebook.~~ ~~Facesitting.~~ ~~Familia.~~ ~~Fantasia.~~ ~~Fealdad.~~ ~~Feminista.~~ ~~Fertilidad.~~ ~~Fetiché.~~ ~~Fingir.~~ ~~Fisting.~~ ~~Flaite.~~ ~~Flashing.~~ ~~Foot fetish.~~ ~~Fotografía.~~ ~~Fraeaso.~~ ~~Fucking machine.~~ ~~Gang bang.~~ ~~Gata.~~ ~~Gay.~~ ~~Geek.~~ ~~Genitalia.~~ ~~Gourmet.~~ ~~Grande.~~ ~~Guerra.~~

~~Gula~~. Hackers. Hembra. ~~Heridas~~. ~~Hermafrodita~~. Héroe. Higiene. Himen. ~~Hipocondría~~. Histeria. ~~Hombres~~. Hormonas. ~~Huelga~~. Humillación. ~~Humor~~. ~~Idolatría~~. ~~Iglesia~~. Impotente. Incesto. ~~Infantes~~. ~~Inquietud~~. ~~Insomnio~~. Instrucción. ~~Insultos~~. ~~Intelectuales~~. ~~Intimidación~~. ~~Ironía~~. Irrumación. ~~Jamona~~. ~~Jocoso~~. Juegos de rol. ~~Juventud~~. Kamasutra. Karma. ~~Kilos~~. ~~Lágrimas~~. ~~Lector~~. ~~Lencería~~. Leyenda. ~~Liberal~~. Lirismo. Lluvia dorada. Lobos. ~~Løea~~. Macho. Madre. Mamada. Manifestación. ~~Maraca~~. ~~Mareas~~. ~~Marcha~~. Marginal. ~~Mascota~~. Masoquismo. Masturbación. Matrimonio. ~~Médico~~. ~~Melancolía~~. Menstruación. Miedo. ~~MILF~~. ~~Minas~~. Mirada. ~~Moda~~. Monogamia. Mortificación. Motel. ~~MSN~~. ~~Muerte~~. Mujer. ~~Música~~. ~~Narciso~~. Necrofilia. ~~Negativa~~. ~~Nerd~~. Neurosis. Nicknames. Niñas. Nirvana. ~~Novedad~~. ~~Nunca~~. ~~Objetos~~. ~~Obrero~~. ~~Obsceno~~. ~~Obsesión~~. Ofensa. ~~Oficios~~. Onanismo. ~~Opresión~~. Orgasmo. Orgía. ~~Padre~~. ~~Palabras~~. ~~Pansexual~~. ~~Parafilias~~. Paraguaya. ~~Paranoia~~. Parejas. Patetismo. ~~Patología~~. ~~Pedofilia~~ ~~Pene~~. ~~Penitencia~~. ~~Pereza~~. Performance. ~~Pesimismo~~. ~~Pichula~~. ~~Piercings~~. ~~Pistola~~. ~~Pityfuck~~. ~~Poder~~. ~~Poetas~~. ~~Poliamor~~. ~~Poliandria~~. ~~Polígama~~. ~~Política~~. ~~Posparto~~. ~~Postporno~~. ~~Precario~~. ~~Preeoz~~. ~~Príncipe~~. ~~Privación sensorial~~. ~~Profesor~~. ~~Próstata~~. ~~Prostitución~~. ~~Prótesis~~. ~~Provocación~~. ~~Proyecto~~. Proxenetá. Puta. Queer. ~~Querida~~. Quietud. ~~Rabia~~. ~~Raza~~. ~~Razones~~. Realidad virtual. ~~Reciprocidad~~. ~~Resaca~~. ~~Resistencia~~. ~~Risa~~. ~~Rituales~~. ~~Rivalidad~~. Robot. Romanticismo. ~~Rumor~~. Sadismo. ~~Sanación~~. Sangre. ~~Santa~~. ~~Semejante~~. Semental. ~~Sexo~~. ~~Sexy~~. ~~Simulacros~~. ~~Sentidos~~. ~~Síndrome premenstrual~~. ~~Siquiatra~~. ~~Sissy~~. Soberanía. ~~Soberbia~~. Sodomitas. Spanking. ~~Squirting~~. Strap on. ~~Sueño~~. Suicidio. Sumisión. Swingers. Switch. Tabú. ~~Tags~~. Tatuajes.

Comentado [1]: va tachada

Comentado [2]: va tachada

~~Tecnología~~. Terapia. ~~Ternura~~. Testosterona. Tetas. ~~Tipos~~. Trabajo. Tragedia. ~~Traición~~. Trauma. Trío. Turismo. ~~Twitter~~. ~~Ubres~~. ~~Último~~. Uñas. Urgencia. Vagina. ~~Vanidad~~. Varones. Vegano. ~~Venganza~~. ~~Viaje~~. Vibrador. ~~Víctima~~. ~~Video~~. ~~Viejo~~. ~~VII~~. Violación. Virtual. Voyeur. ~~Vulgaridad~~. WC. Webcam. ~~Xenofilia~~. XXX. ~~Yavhé~~. Yerba. ~~Yes~~. Yo. ~~Yoga~~. Zapatos. Zoofilia.

ESCATOLOGÍA

Cada vez que voy al baño y veo cómo salen coágulos de mi vagina me parecen tan intensos, tan vivos y únicos, que pienso en mi hijo. Y una a su hijo lo ama, lo ama más que a cualquier otra cosa. Entonces saco el coágulo, lo miro de cerca y aplasto con los dedos lo que podrían ser sus manitos, sus brazos, sus piernitas tiernas jugando a la pelota. Intento sentir su vocecilla diciéndome «gracias, mamá, estaba rico», porque a los niños les hace bien el amor de madre y lo valoran. Sin haber nacido siquiera, yo también puedo apreciar su belleza, me asombra la intensidad de su color sobre el papel blanco, imponiendo su fuerza ante todo. Lo más deslumbrante es cuando cae sobre las baldosas, una cabeza emerge de un pantano y el piso reluce como un diamante rojo. De nuevo el papel conteniendo esa masa encefálica espléndida que parece crujir entre mis manos. Antes de tirar la cadena, lo miro con todo el amor del mundo y lo beso tiernamente en despedida.

ESCRITURA

Ya no sueño con amantes, sueño con lectores, hombres y mujeres con los que revolcarme en la mesa bien iluminada de estas páginas. Sueño que unos ojos esquivos me penetran, se ríen de mí, me miran exhibirme, me desprecian, me desean y me adoran para luego abandonarme en una repisa por ahí. Sueño que me meto bajo la piel de alguna como un parásito y me alimento de su carne. Sueño con miradas púdicas, compasivas, morbosas, bajo las cuales arrojar una mueca obscena. Sueño que me transformo en un vicio. Vanidosa, sueño que no me pueden olvidar.

ETS

Me vio y me encontró linda, adorable. Supuso que podría hundirse en mi carne felizmente. Sospechó incluso que podría amarme hasta los huesos. Estaba tan contenta, entusiasmada. Hasta que me levantó la falda y vio que de la vulva me caían gotas negras.

EXCUSAS

Imagino que me da un infarto y los médicos descubren mi cuerpo marcado por golpes sistemáticos y violentos. Imagino a mis parientes testificando en tu contra, indignados, convirtiéndote en chivo

expiatorio de mi corazón enfermo. Imagino que entro en coma y no puedo defenderte. Te imagino detenida en San Miguel, en una cárcel de varones, acusada de intento de homicidio. Imagino que despierto del coma tras haberme encontrado con Cristo, convertida por la experiencia próxima a la muerte. Me imagino convencida de que tú fuiste la culpable de mi infarto, de que me manipulaste para que entrara contigo en el infierno, de que mereces estar presa por abusadora y desgraciada. Imagino tu condena ejemplar.

Espero que me entiendas, no es que no me gustes, lo que más quisiera yo es sentir tu mano firme, pero te quiero demasiado y tengo un mal presentimiento, creo que podría hacerte daño. Creo que lo más prudente es que lo dejemos hasta aquí.

EXHIBICIONISMO

Cuando entré al baño me di cuenta de que a unos veinte metros de la ventana trabajaba un grupo de albañiles en la construcción de un edificio. Los miré hasta que me vieron. Primero uno, después otro, se fueron avisando. No hubo chiflidos ni piropos. La escena transcurrió en un silencio sepulcral. Me saqué el vestido, los sostenes, les mostré los pelos bajo el brazo, los pezones, me repasé los labios con la lengua. Tomaron asiento con las piernas colgando de un andamio, nueve pisos.

En esos tiempos no tenía experiencia sexual ni acceso a la pornografía.

Mis referentes eran sobre todo literarios. No era cosa de llegar y actuar, ni siquiera sabía demasiado bien cómo masturbarme. Pero tuve la intuición de que querían verme abierta, obscena y degradada. Hice cosas que recuerdo y otras que no. Sé que me rompí el himen con la mano y que cuando la vi ensangrentada me la metí a la boca.

Esta historia me provoca extrañeza, como si la protagonista no hubiese sido yo, y sin embargo es obvio que no he cambiado tanto: contarle es semejante a haberlo vivido. Entonces ponía el cuerpo y apostaba la vida, ahora pongo palabras y la apuesta es más rara.

F

FACESITTING

Me llena la copa, se come un pedazo de queso. Apoya su mano en mi pierna, sonrisa torcida. Me besa la boca, le palpo el pecho sobre la blusa. Pellizco un pezón, cierra los ojos, siempre cierra los ojos. Le espío las manos, las uñas, las tiene cuidadas. Me aprieta una nalga; «dame la mano», murmuro. Transpira. Juego con sus dedos, despacio, me meto uno a la boca, lamo su uña cuidada. Pongo su mano en mi escote, agarra, rasguña. Otro poco de vino, cigarro, comentarios sin gracia. ¿Ponemos velocidad? Dentro de su boca tres dedos, palpo sus mejillas por dentro. «Sácate los zapatos», le digo. Muevo el culo, cine, telenovela, escorts, mujeres de lujo. La empujo hacia abajo, hacia el

suelo, apoya la espalda en la alfombra. Ya no intenta hablar, apura un trago de vino, desabrocha su cinturón, la detengo: «Hoy no». Dejo caer mi calzón. No sé por qué la desprecio. Me hincó en el suelo, su cara entre mis rodillas. Me siento, calzo mi sexo en su boca, la asfixio. Me muevo en círculos y de arriba hacia abajo hacia dentro. Le doy pequeños respiros. Su pera me sirve de piedra de toque. Su lengua se aplica como si quisiera ganar un concurso, pasar una prueba. Su boca y mi sexo salpican de baba las zonas contiguas. Mis muslos, su pelo, mojados. Cabalgo y aprieto. Empujo, penetro. Ella traga. Recibe con los ojos abiertos: una santa. Cuando acabo y caigo respira aliviada y feliz. Luego me dice «es mi turno», pero yo ya no quiero.

FANTASÍA

Cuando la muela se estaba muriendo, antes de que sacaran lo que había debajo, el dolor se había apoderado del cuerpo que la contenía. Un cuerpo desvalido, lloroso, piojento, hueco y mío. A la hora programada mi adversaria se acercó a mi campo de visión vestida con su traje verde y un alicate de punta redonda en la mano. Inexpresiva, ordenó a las auxiliares cogerme de los brazos. Acercó su axila a mi cara y pude ver muy de cerca la credencial que la identificaba como «cirujano dentista». Todo en cámara lenta y con efecto de *slow shutter*. Cerré los ojos porque me estaba enterrando el filo de la herramienta en el labio y la teta en la cara. Por un instante sentí pánico. Para calmarme recurrí al viejo truco de imaginar que la que me tenía abierta, sujeta y

adolorida eras tú, y que la intervención a la que estaba siendo sometida sólo en la fachada era un tratamiento de endodoncia.

FEALDAD

Aunque haga lo imposible por disimularlo, soy un monstruo horrendo, peludo y jorobado. Y si bien mi joroba se intuye y no se ve, ahí está, arruinando mis ansias de belleza, mis ansias de tus ojos deslizándose sobre mi húmeda belleza.

FERTILIDAD

Me levanto temprano. Las paredes, amarillas, tal como anoche. Esta pieza no tiene luz natural ni ventilación, únicamente ácaros y otras especies, como nosotros, en peligro de extinción. *Me meo*. En la farmacia pido un test de embarazo. «¿Simple?» «El más barato.» Llevo días soñando con un bulto molesto que me sale por debajo del ombligo.

El baño está en el piso de abajo, tú duermes sobre mis pilchas deshilachadas. Para no despertarte salgo al pasillo. Cruje, la discreción no me acompaña. Tiemblo y me siento en la tasa. *Me meo*. Dejo caer un chorro amarillo que empapa mis manos y la caja. Torpeza, precisión en el error.

Vuelvo a la habitación, la luz de la ampollita ha perdido intensidad. Me tiendo a tu lado y leo el prospecto. Lo he hecho mal. Lo ensucié todo con mi orina de potencial embarazada. Mañana habré de repetir.

Me levanto temprano, en ayunas. La noche anterior vimos una película en la que mujer queda estéril tras abortar. Lloro, lloro durante 20 cuadras, y bajo el obelisco te confieso que estoy preñada. «Paranoia de principiantes», nos decimos sin hablar.

Camino a la farmacia. *Me meo*. Me acerco al dependiente para pedirle el test más caro, el mejor. «Sólo una gota», me advierte el hombre, y veo sus ojos traspasando muros, mirándome mear; su fe en la medicina, en la familia, en lo que pago.

Pongo una gota en el dispositivo y te lo entrego. Con los ojos cerrados te ruego que me digas lo que ves. Tiemblo, respiro. Te quedas silencioso, invisible y ausente, y me asalta una risa nerviosa. «¿Qué ves?» Abro los ojos. «¿Qué hay? Dímelo ya.»

Positivo. «No te creo.» *Positivo*. «No te creo.» *Positivo, positivo*. Me restriegas el plástico en la cara. Entonces lloro, lloramos, nos abrazamos humillados por el destino. El abrazo nos lubrica (tan tristes, tan sedosos) y acabamos afanándonos en una coreografía de sexo biológicamente inofensivo.

FINGIR

Llegado el momento tuve que asumir que el sexo para mí es un problema siempre, excepto cuando lo imagino la noche anterior, noche en que además olvido esta certeza. Para ser justos, comienza a ser un problema en el momento mismo de ponerme manos a la obra.

Ahora, por ejemplo, estoy obsesionada con una imagen de mi futuro amante tendido boca arriba, mientras yo, encima, a horcajadas, froto rítmicamente mi sexo contra su boca. Entonces pierdo todo pudor y toda compostura, sudo como una bestia, y chupo hasta dejarlo prendado de mi potencia colosal.

Pero las cosas nunca resultan así. La mayor parte de las veces pasa lo siguiente: o el tipo no tiene pasión sexual alguna, apenas logra una erección y sólo quiere una mamada, o bien tiene una energía desbordada por el uso de Viagra o la manía, y una vez que se arroja sobre mi cuerpo ya no se quiere bajar.

Esta última posibilidad es la peor. Después de cinco minutos y un orgasmo, empiezo a pensar en otra cosa, después de 15 minutos siento odio hacia el sujeto y lástima hacia mí misma, y a la media hora me parece estar siendo torturada: dolor en la boca del útero, calambres en las piernas, ganas de orinar y agotamiento nervioso. Pero resisto estoica en ocasiones, finjo un segundo y un tercer orgasmos, y al final, aliviada porque la función ha terminado, le digo: «Eres una verdadera

máquina, mira cómo me hiciste sudar», y él, estúpido, sonrío con satisfacción.

FISTING

Cuando digo que la amé debe tomarse de manera literal: la amé, viajamos, no la olvidaré nunca. Su pene diminuto entre mis labios, su llanto borracho de animal herido, su culo blanco. Sí, esto último era algo singular. Su piel era morena y tersa como la de una prieta, pero entre sus nalgas se escondía una sorpresa, una mancha blanca y redonda le rodeaba el ano. Pasé horas besando esa mancha como si fuera de leche, hundía la lengua, sorbía, devoraba.

Una noche jugamos. Se puso un vestidito que era mío, se tiñó las mejillas y la boca de rosado, y trató de seducirme para que me la culeara. No le costó mucho trabajo. Le metí un dedo, luego dos, poco después le pude hundir la mano entera. Así conocí el fisting.

Había sentido semejante voluptuosidad en mí misma, nunca en otra. Desde fuera con la mirada, con la mano desde dentro. Entornaba los ojos, su cuerpo se retorció, la luz era implacable. Su culo abierto como una fruta tropical, mi chica extasiada y yo hambrienta.

FLASHING

Nos citamos en un café. El juego era el siguiente: yo iría con una blusa negra, sin sostenes, me pondría a trabajar y esperaría sus instrucciones por whatsapp.

Entró, y antes de elegir una mesa distante, pasó por mi lado examinando el dibujo de mis pezones en la blusa. Me estremecí, pero logré hacer como que trabajaba. Mandé un par de correos con la atención puesta en su mesa y en mi vagina en proceso de transformación.

Cuando sacó el celular mis nervios sonaron agudo. Al minuto recibí la instrucción de desabotonarme la blusa y mostrarle los pechos de frente. La sangre se me fue de súbito a la cabeza. Roja como una herida no paré a pensar: obedecí. Tal como cuando tienes un orgasmo, por un momento no vi nada. Sentí mi piel desnuda y mi cabeza gotear. Volví a abrocharme los botones, uno a uno. Cuando recuperé la visión, ahí estaba ella, bellísima, con su control remoto en la mano radiante de satisfacción.

FOOT FETISH

En mis cóncavos, ella ponía convexos. En mi boca su clítoris grande y morado; en mi ano, unos dedos habilidosos; en mi vagina, sus pies.

Su aspecto general era el de una señora burguesa, sólo sus pies desentonaban: llenos de hongos, callos, pezuñas de animal primitivo. Para no hacerme daño, antes de invitarme a sentarme en ellos, los cubría con un condón de látex bañado en lubricante.

Con esas sesiones de pie forzado me convertí en *foot fetish*, como esos lunáticos que coleccionan zapatos de tacón. Enloquecí sin darme cuenta, y la adoré, los adoré. Me creía Jesucrista, la humilde, lavándonos, besándolos, alisando con instrumentos semiprofesionales su piel curtida, untándolos con mantequilla de castañas y aceites perfumados.

Cada tarde volvían a mí luego de haber sido sometidos a andar descalzos por la tierra, a correr con los zapatos apolillados de su dueña, al calor, trayendo el mismo aspecto inmundo, el mismo olor intenso, podrido. Cada noche los dejaba suaves como los de un bebé, listos para entrar lúbricos en mi cuerpo. Mi trabajo fue tan prolijo y dedicado que después de unas semanas ya no necesitamos la barrera sanitaria del condón.

FUCKING MACHINE

La lengua de A entra y sale como un pistón de la pequeña entrada posterior de B. La boca de B empalma como una tubería con la palanca

de C. Al moverse la palanca comienza el recorrido del vapor. Una vez inundados los conductos internos, escapa por las rendijas de la superficie empapando neumáticos y empañando vidrios, y de a poco aumenta la velocidad de la máquina.

Las rodillas de A sirven de tracción. En el vientre de B se deposita el carbón, es la caldera. Dentro de su cilindro se produce un lubricante viscoso que una vez condensado sirve de combustible, A lo recoge con la lengua. Las reservas del pozo, renovables, parecen infinitas. La máquina se mantiene en marcha durante horas, con gran autonomía y eficiencia energética.

La dirección la determina la espalda de B que funciona como eje, mientras que la fuerza y la velocidad son un esfuerzo de A entendida como una sola pieza. El control se realiza con la palanca de C pero las operaciones son bastante elementales. Basta con haberse graduado de la enseñanza básica y una capacitación de dos horas.

Al bajar la palanca, la máquina se apaga. O eso debería ocurrir. En los últimos meses nos hemos encontrado con la siguiente falla: al bajar la palanca, los rodamientos de A y B siguen girando más tiempo del que permite explicar la inercia. El hecho resulta contraintuitivo, parece desafiar las leyes de la mecánica.

G

GANG BANG

Abandonada, exhausta, semidesnuda, con la mirada extraviada y las piernas abiertas, vino otro y luego otro, y otro, hasta que todos ellos se corrieron entre mis piernas. Convertida de ese modo en un público receptáculo de semen, no me quedó más remedio que la culpa, el resentimiento o una completa transformación de mis valores.

GATA

A los 19 años tuve mi primera experiencia con un animal. Era una gata pequeñísima, se llamaba Corazón. La recogí en el sur de Chile porque estaba desvalida, la metí en un bolsillo de mi mochila y viajé con ella durante un par de semanas antes de volver a Santiago. Cuando mi mamá me dijo que no podría quedármela, lloré hasta convencerla.

Con su diminuta lengua áspera y rosada, Corazón chupeteaba lo que se le pusiera por delante. ¿Cómo no se me iba a ocurrir? Me chupaba los dedos, el cogote, lamía hasta las piedras: sólo tenía que mostrarle dónde. Estaba aburrida, no había nadie en casa, podía estar desnuda.

Recuerdo bien sus langüetazos, me dolían. Era como si me estuvieran raspando el clítoris con papel de lija. Soporté el dolor hasta que se transformó en otra cosa, en una tensión nerviosa parecida al sonido de un violín desafinado, en un ataque de risa, en una mueca de estupor.

Con seres humanos, esas sensaciones de cosquillas y calor me incomodaban, me hacían retroceder y detenerme. No me pasó lo mismo con la gata: logré dejarme llevar, entregarme a la experiencia, soltar el nervio e ignorar los residuos de dolor. Así tuve el primer orgasmo que recuerdo.

Después de eso convertí a Corazón en mi amante o más bien, debiera decir, en mi vibrador personal cargado con las pilas de Dios.

GENITALIA

La vagina de 10 centímetros de alto por 15 de ancho le había causado sensación. Básicamente luz diferida, disminución del azul, aumento del magenta, contrastes difuminados y vaselina. Preparada así para la cita, palpitaba a 15 frames por segundo, rugosa y lisa en sus pantallas. Todo de lo más elemental, pero lo encandiló.

Mirándola bulímico, el pene movía rítmicamente sus pellejos (adelante, atrás, adelante, atrás) soltando olores, humedeciendo todo aquello con lo que entraba en contacto e insistiendo en el uso del

espacio. Carne pesada, susceptible de descomposición, mirando con ojo violador al agujero impenetrable de la vaginita ciega.

Mientras tanto ella continuó inmutable hasta incendiarse en convulsiones, hasta llevar al otro a expulsar espuma por la boca, leche blanca capaz de dejar preñada a una mujer. Lo supo sin necesidad de verlo. Quizá por eso mismo nunca quiso verlo y no lo vio.

Su papel sería otro, papel digital pero papel al fin y al cabo, y habría trabajo que hacer. No de parturienta, no de depositaria de jugos peligrosos, pero trabajo. Sus principales tareas serían actuar, bailar, batirse, sudar copiosamente, estremecerse y verse bien en los close up.

Un trabajo mal pagado en el show business, tal vez, pero no habría carnes que se abrieran paso entre sus pliegues ni embates que gozar o padecer. Cada vez se alejaría más de los hombres y como una diva de Hollywood se acercaría a las estrellas.

Desde ahí, tiesa, convertida en una momia, en una esfinge sin secretos, la presunta mirada del pene, ese antiguo fan, la haría inclinar apenas el labio derecho menor.

GOURMET

Una papaya abierta sobre el miembro erecto, entonces la chupas hasta

deshacerla. Puede ser delicioso. O miel muy pegajosa, lamerla hasta que no quede nada. Un poco de cerveza en una axila o merlot bebido desde el ano, delicias entre las delicias.

Si se trata de masturbar a una mujer, lo óptimo es un pepino pelado: es fresco y, si ella se contrae lo suficiente, lo romperá, dejando pepas y jugos de pepino en su interior que luego tú podrás recoger con la lengua.

El color de la zanahoria se ve muy bien en el culo. Aconsejo pelarla, eso sí, para evitar posibles infecciones Grande es mejor, para que duela, pero procura aliñarla un poco y así evitar que se rompa la piel. Si le pones aceite de sésamo y jengibre pueden comerla después en la ensalada. O bien la cortas en juliana, la doras durante cinco minutos en mantequilla con orégano, y ya está: acompañamiento ideal, libre de hepatitis B.

Las berenjenas son tan hermosas. Demasiado blandas, sin embargo, no resisten la presión del ano, pero en el coño de una mujer ~~muy blanca~~ otorgan un contraste de ensueño.

Quien no ha bebido champagne desde una espalda no sabe lo que es vida. El ombligo es un pocillo ideal para bocados pequeños. Ostras por ejemplo. Erizos y vaginas son una combinación perfecta, están hechos los unos para las otras.

Si te gusta el chocolate, Pruébalo en polvo. Rocía con él la totalidad de su cuerpo y, luego, a lo largo de una tarde o de una noche, recógelo poco a poco a langüetazos. Es algo realmente dulce de hacer.

GUERRA

Veo a unos tipos metiendo mi computador en la maleta de un auto pequeñísimo: entiendo que recogen basura tecnológica que luego venden por ahí, es su negocio. Recupero todo menos el computador y parto a buscarlos con un ánimo violento. Nos encontramos en un café en donde intento seducirlos, les explico a mis amigas que es de vital importancia. Dentro de la boca tengo un pene pequeño como un pepinillo y lamo las vaginas de un par de jóvenes inmensas. A pesar de los esfuerzos no logré recuperar el computador. Entonces llego a lo que parece ser una isla, echo andar el sistema operativo y en una versión extraña de *skype* puedo ver la imagen de un edificio en Parma cubierto de hiedra. El laptop está sobre un escritorio de madera ubicado a la orilla del mar, un escritorio que pertenece a un muerto. Capturo esa pantalla y le explico a un amigo que también está muerto que mi intención es capturar la continuidad entre ficción y realidad. Allí estoy rodeada de niños cuando comienza a subir la marea y las olas lo cubren todo. Los tipos son los culpables porque han vuelto decididos a vengarse con atuendos y modales de *cowboys*. Cuando se convierten en tipas parecen aún más rudas, *punks*, mucho bototo, pañuelo en la cabeza, media calada y maquillaje. Confiesan que esto es en parte una

venganza y en parte su decisión de vivir al margen de la ley. Algunas de mis amigas han logrado esconderse en un búnker bajo el mar y los otros se arrojan en paracaídas cayendo justo en la puerta. Dentro discutimos qué hacer. Hay whisky. Comienzan a emborracharse y a tener sexo entre ellas. Las convengo de que el descontrol es un error porque debemos estar alertas, debemos seducir a los hombres y guardar el whisky para negociar. Con este plan en mente abro la puerta y en un segundo me toman cautiva. Ellos tienen la fuerza: comienza la tortura y la violación de las mujeres. Temo por mi vida y al mismo tiempo veo todo el asunto como un film: «Aquí hay demasiada truculencia», pienso como editora, «hay que cortar». Disfruto al ser sodomizada y percibo mi goce como una venganza. Luego soy yo la victimaria, mi bando se ha apoderado de las armas, pero en un clima ambivalente estas quedan a disposición de cualquiera.

H

HACKERS

Amo a los hombres con grandes celulares, a los que podrían sanar mi computador virulento, a los que no se cansan de leer códigos binarios sin entender que ellos mismos están transcritos en código binario y no pueden evitar que se les pare cuando una mujer es bien hembra, tiene las caderas bien anchas y los tacones bien puestos.

Amo a hombres por chat, a los que sólo pueden ser amados virtualmente. A los que desenvainan con confianza un software precario, a los que pierden su tiempo y queman sus ojos ante el fulgor estúpido y la vibración candente del RGB.

Amo a los que saben descargar películas y programas, a los piratas de vocación y de esfuerzo. Amo someterme con fingida ingenuidad a los conocimientos informáticos que se yerguen sobre nosotros, haciéndome tolerar incluso palabras que, majaderas, se multiplican en mis neuronas como gusanos.

Los amo hasta que intento ir al cuerpo y sólo pillo ahí circuitos y conexiones soldadas con estaño. No sangre, no carne, no jugo. Soldaditos de plomo conectados a mi tarjeta madre a través de un cable USB.

HEMBRA

No soy Bob Dylan, Sor Teresa de Calcuta ni Tania la Guerrillera. Soy, y aún es improbable, un animal extraño con aspecto de mujer (mucho teta, mucho culo), que gime como hembra pero arremete como desgraciado. Por eso te dejé exhausta en la cama y mi concha acabó sangrando.

HIGIENE

Ella me dijo: «Deja de escribir, es tu turno.» «¿Mi turno para qué?» «Ya verás.» Me indicó que me sacara la ropa y fuera al baño. Lo hice. Allí, atornillada a la llave de agua fría del lavabo, había una manguera que llegaba al escusado. «¿Sabes usarla?», preguntó. Le dije que sí, suponiendo que se refería a si sabía prenderla para lavarme el culo. «A ver, hazlo.»

Tomé la manguera y comencé a hacer lo que sabía. «Así no, déjame mostrarte.» Se acercó, cerró la llave de agua, dobló mi cuerpo en dos y, con la eficacia de una cuchillada, me hundió la manguera hasta el intestino; luego abrió la llave otra vez. Un chorro me llenó por dentro y muy pronto la sensación se hizo insoportable. Le pedí que parara el agua, por favor. «Resiste un poco más», fue su argumento. Resistí.

El agua me llegaría al estómago, me saldría por la boca, gotas pegajosas escaparían de mi nariz y mis oídos. Imaginaba mi apariencia en ese momento, descompuesta por el dolor intestinal, al borde del vómito. Finalmente sentenció que estaba bien, cerró la llave. Me saqué la manguera y pregunté si podía evacuar. «No todavía.»

«No puedo.» «Sí puedes, un poco más.» Aguanté hasta que el agua sucia empezó a escurrírseme entre las nalgas y entonces no me quedó más remedio que dejarla caer. Boca abierta, cuerpo laxo, ojos entornados por un alivio que apenas duró un par de minutos. Debía

repetir el ejercicio hasta quedar perfectamente limpia, lista para ser sodomizada, sin sufrir ningún tipo de accidente.

HIMEN

En mi primer recuerdo de pornografía—Televisión Nacional, madrugada de sábado—Jerry Lewis cae por casualidad de huésped en una casa de putas. Allí las mujeres intentan seducirlo con mercancías que su cerebro limítrofe no es capaz de comprender sin la ayuda de los primitivos instintos de su cuerpo. Algo parecido me ocurría a mí al visualizarme como una puta que no resiste el ardor de su entrepierna.

Por esos mismos días, cuando cumplí los 11 años, mi madre me trajo de regalo un bolígrafo de doce colores intercambiables dentro de una funda de color lila. Dos centímetros de diámetro y veinte de largo, contando las protuberancias de plástico sólido que permitían el intercambio de color.

No pasó mucho tiempo antes de que cayera en cuenta de que usarlo para lo que estaba hecho era sumamente incómodo, mis manos eran aún pequeñas para soportar su diámetro. No salió un chorro de sangre, sólo quedó una mancha mínima en mis calzones. Creí que me había llegado la regla, pero no, era el impacto del bolígrafo sobre un himen hasta ese momento intacto y del imbécil de Jerry Lewis sobre mi imaginación.

HISTERIA

Sí libros y tu oreja afeminada perforada dilatada clavada en mi ojo torcido acaparando la distancia sí el emblema de una política castrada por mi boca chupándote con ansiedad estética hasta el otro lado de mi pecho atravesándome como mi boca platónica que te susurra cosas tradicionales la convención que es su pulpa lengua gastándose contra tu carne y yo anclada yo sucia garabato yo caminando medio muerta no soy yo cuando rozo tu piel amanerada no soy yo cuando me escapo de la impostura con amor banal subasto mis tres pilchas por un beso tuyo transexual de otro mundo desgranada yo bomba rota bomba que no explota un coche que no arranca una red rota gastada de alimentos especiales teorías impresas traducidas sí mal traducidas vueltas a decir cuando quiero destruir las palabras lavarme la boca empezar de nuevo sacarme este enema rasgarte toda entera con esa diplomacia activista que llevas tú me aniquilas una disculpa tuya me agrade sí una disculpa tuya me agrade más que mil palabras porque te quiero guarra y exhausta te quiero jadeante y desgraciada o mimosa te quiero de piernas abiertas de culo abierto clavándome la te quiero agrediéndome aunque no sea yo este esperpento que te habla y no hable más no debería me has extirpado la voz con tus tácticas de hombre experto en autocontrol decoro autorrepresión sí aunque esto sea puro oportunismo es lo que nos queda esta desgracia tu ano tu corrida seca pegada detrás de mis orejas en esta conferencia donde exhudo olor a suelo y huelo nuestros cuerpos chocándose la respiración se me corta con los líquidos los gases (producidos) en los puntos de

contacto de tu cuerpecillo maricón y mi raja que intento cubrir con un cuaderno de mi coño traspasando toda barrera o compostura mancha con espesas lágrimas el asiento sí así busco debajo de mis uñas restos de tu piel bostezo me toco la ingle escribo “sofisticación” y abajo con letras pequeñas “amor” hasta que me duermo sí me duermo nada más aburrido que contener estas emociones poco productivas que nos enseñan sí porque decir no es la arrogancia es la ruina moral sí quiero sí deseo como ningún planeta observado por el ojo humano sí me corro y vuelvo a correrme sí mi cuerpo la caparazón de la ira porque han sido tantos diciendo que no puedo amar con esta desmesurada violencia que no puedo hablar así que da risa y vértigo ver cómo caigo extenuada por la excitación que mi cuerpo produce demasiado grande y licuosa la ciencia nos otorga un respiro para volcarnos con mesura y todo eso es lo que me dejas en medio de un beso y tus preocupaciones por tus lametazos tu pasiva inconstancia y desorden yo secándome la conciencia de tener que abandonar este desierto y dejarte insignificante yo acalorada necesitaría más puntos en mi vida sí preferiría se sobrepasaran todas las cotas de lo aceptable sería también un fracaso que no nos preocupa después de los constantes fallos de la cultura de las clases magistrales las evidencias y ante nuestros ojos las ruinas los restos rotos las guerras muerte sí nadie está preparada doy miedo salida diciéndolo abrasiva sí sí me río de ti que dices no cuando quieres decir sí.

HORMONAS

Hoy por hoy hay demasiadas hormonas. Son como cachetadas, chocan a alta velocidad. Por favor, vengan esos chorros. Vengan a desaguar lo constreñido, a lavar la sangre con sangre, a descomprimirme el ceño. Vengan antes de que me explote una carótida. Antes de que me acrimine, vengan a desatascar la rueda de mi ánimo multipolar.

HUMILLACIÓN

La humillación es una de mis peores pesadillas. Enfrentarme a ella es una válvula de escape, una extraordinaria liberación de energía. Siempre he temido que me encuentren fea, tonta, lamentable. Escuchar tus insultos es una profecía autocumplida. Finalmente se me reconoce como el ser miserable que soy y a pesar de ello se me desea y acoge. Y si no es verdad, si no se me desea y acoge, al menos alcanza a operar el efecto catártico de la desnudez. Y es que cuando me muestro fea, tonta y lamentable (o, peor aún, repugnante y obscena) tú no te haces la tonta, no giras la cabeza fingiendo que no ves. No, al contrario, miras directo a la herida y hundes el dedo. ¡Por fin alguien la toca! Te agradezco pidiéndote más palabras crueles, palabras firmes pronunciadas en voz alta luego de haber escuchado tantas veces su rumor. Entonces siento que no queda nada que esconder, que el miedo finalmente ha sido roto, me reconcilio conmigo misma, me exhibo abyecta e indigna, me amo así y, amándome, me erotizo.

I

IMPOTENTE

Me lo encuentro en un chat y me pregunta que cuándo nos juntamos. Quiere verme de inmediato. Me lavo con tanto esmero que cuando llega tengo la concha seca como una nuez. Nuestra conversación es pobre y dispersa, intentamos ponernos al día e inevitablemente acabamos hablando de sexo. Me explica que ya no se le para como antes. Soy comprensiva, le digo que no importa, que para eso tiene manos. No sé si abre su computador para que me moje, pero lo hace, y restriega sus piernas contra las mías por debajo de la mesa. Sin querer, le doy un golpe bajo. Me habla de sus hijas, de sus proyectos, de su mujer. Me dice que no puedo contarle a nadie. Me habla de su pico como si me lo estuviera mostrando, como si fuera un control remoto al que se le acabaron las pilas. Por eso, llegado el momento, no es capaz de nada más que de tocarme el pezón derecho con timidez. Su lánguida incursión me excita y me molesta por igual. Lo beso. Intenta empujarme la cabeza hacia abajo. No quiero meterme a la boca un dildo de carne flácida. Le digo que me preste el culo. Responde que ni cagando. Comprendo que esto será una felación o no será. Le sugiero que vaya al médico, una ducha, ayuda profesional. Y, cuando se va, lo borro de mis contactos.

INCESTO

Mi hermano, la piltrafa, viene a mí llorando. No puede hablar. Sus mocos y lágrimas me bañan como un lubricante de pena natural. Entra en mi cama buscando consuelo. Como una madre de pon y saca, una hermana tonta, le doy calor a su cuerpo tembloroso.

Nuestras piernas se trenzan con el amor, el moco, la humillación y la lágrima. Nos besamos porque el dolor es tan grande y nuestra treta, un fallo. Esta vez el muerto es él, carne de cañón. Como parte del ritual familiar siempre uno será sacrificado.

Llora y nos besamos como si fuéramos los padres de una familia pobre sin derecho a la intimidad. Alrededor yacen los otros, los menores, los inocentes, nuestro campamento improvisado, la hermandad. Sus ronquidos les impiden oír el llanto del que ahora oficia de padre, sus quejidos agotados. Tenemos el alma cansada, el cuerpo cansado de servir como ventrílocuo al dolor.

La piltrafa llora hasta dejarme un beso inconcluso en el centro de la boca. Soy la fuente receptora de su baba triste y alcoholizada. Nos tocamos con toda la torpeza que permite la confianza, gemidos con silenciador. Nos tocamos hasta que sus lágrimas se transforman en semen.

INSTRUCCIÓN

Cerda_14: «¿Cuántos años tiene tu amigo?»

Príncipe_bandido: «35»

Cerda_14: «Muy bien. Pueden al tiro, me imagino...»

Príncipe_bandido: «Sí, él esta acá, listos para hacerte gozar, cosita rica.»

Cerda_14: «Llámame cerda.»

Príncipe_bandido: «No sé si pueda llamarte así.»

Cerda_14: «Si no puedes, no voy.»

Príncipe_bandido: «Está bien: cerda, cerda, cerdita deliciosa, te voy a culiar como nunca te han culiado, prepárate.»

Cerda_14: «Cerda, no cerdita.»

Príncipe_bandido: «Soi mañosa cabra chica.»

Cerda_14: «Cerda, you silly bastard.»

Príncipe_bandido: «Sí, oh, cerda, cerda, si sé que eso es lo que eres, una puta cerda asquerosa que sólo sirve para culiar, lo que pasa es que no estoy acostumbrado a tratar así a las mujeres.»

Cerda_14: «Mucho mejor. ¿Alcanzan ha llegar en media hora?»

IRRUMACIÓN

Me froté con tanto ahínco que al acabar tenía la boca cubierta de sangre.

J

JUEGOS DE ROL

Mi hambre era la de un abrazo cerrado, de un lugar secreto en el que jugar a esos juegos que a los adultos nos tienen prohibidos. Tú eras la mamá y yo, la hija. Yo, la puta y tú, el cliente o el cabrón. Tú, un granjero y yo, tu vaca. Ambas, una pareja de aristócratas perversas, decadentes. Yo, tu esclava. La promesa era tal que no nos aburriríamos nunca. Pero cuando quise ser una loca que te gritaba groserías en la calle y tú pretendiste ser una esposa burguesa que no quiere hablar de ciertas cosas, el juego se tornó opresivo.

Un día amanecí imbuida en un rol melancólico y el papel se me quedó pegado. Pasó una semana, pasaron dos, y tú no te diste cuenta. Llevabas un traje de indolente que te quedaba a la perfección. A los tres meses adopté el rol de enferma. Lloraba y vomitaba todo el día. Y como tú no quisiste ser doctora llamé a otra, una de urgencias, que llegó con maletín, espéculos y una sonrisa maliciosa y fatal. Se abrió el abrazo entonces, que de todas formas ya estaba roto y hace tiempo no calmaba mi hambre.

K

KAMASUTRA

Si yo no fuera tan gorda, si no pesara igual o más que cada uno de mis amantes, podría hacer la posición de la unión suspendida (la mujer trepa por los hombros del compañero hasta abrazar su cuerpo con las piernas; él la toma por los glúteos y controla la profundidad y el ritmo de la penetración).

Si mis abdominales valieran para algo más que para contener un amasijo de grasa y celulitis, podríamos practicar el collar de Venus (el hombre se sitúa de pie, sujetando las piernas de su compañera con firmeza, dibujando con los tobillos un collar. Ella deja su trasero suspendido en el aire y su cuerpo en 90 grados).

Si yo tuviese más fuerza podríamos hacer la postura del sauce, también llamada de la tigresa (todo el peso del cuerpo de la mujer se sostiene sobre su brazo derecho, y él la penetra de frente, arrodillado. La dificultad es mantener el movimiento ondulatorio vertical).

Si no fuera tan poco flexible, tan poco acrobática, tan morsa, podría hacer la postura del gran puente (la mujer se hinca sobre dos sillas formando con las piernas un ángulo de 90 grados. Sus manos sostienen los respaldos mientras él la embiste por la espalda).

El loto invertido, el vuelo de la gaviota, el alegre fénix, la ofrenda secreta, permanecen como clásicos de la enciclopedia. Sin interés alguno por aquello, a las gordas, las enfermas, las rígidas, sólo nos queda la posición del misionero, o bien la depravación.

Sugerencias de cambio acá:

Si yo no fuera tan gorda, si no pesara igual o más que cada una de mis amantes, podría hacer la posición de la unión suspendida (la mujer trepa por los hombros de la pareja hasta abrazar su cuerpo con las piernas; mientras a ella la toma por los glúteos controlando la profundidad y el ritmo de la penetración).

Si mis abdominales valieran para algo más que para contener un amasijo de grasa y celulitis, podríamos practicar el collar de Venus (una persona se sitúa de pie, sujetando las piernas de la otra con firmeza, dibujando con los tobillos un collar. Su trasero permanece suspendido en el aire y su cuerpo en 90 grados).

Si yo tuviese más fuerza podríamos hacer la postura del sauce, también llamada de la tigresa (todo el peso del cuerpo se sostiene sobre su brazo derecho, mientras la penetran de frente, de rodillas. La dificultad es mantener el movimiento ondulatorio vertical).

Si no fuera tan poco flexible, tan poco acrobática, tan morsa, podría

hacer la postura del gran puente (hincada sobre dos sillas formando con las piernas un ángulo de 90 grados. Sus manos sostienen los respaldos mientras se la embiste por la espalda).

El loto invertido, el vuelo de la gaviota, el alegre fénix, la ofrenda secreta, permanecen como clásicos de la enciclopedia. Sin interés alguno por aquello, a las gordas, las enfermas, las rígidas, sólo nos queda la posición del misionero, o bien la depravación.

KARMA

Sucedió cuando dejé de caberme el vestido corto y escotado de *Dior*. Cuando a uno de mis zapatos se le quedó enganchado el taco entre dos adoquines y se rompió. Cuando el corrector de ojeras se me fue agotando y el rímel se secó en su estuche. Cuando perdí un aro y las manos se me hincharon tanto que ningún anillo ya me cupo. Cuando la última botella de perfume se quebró en mi maleta dejando inutilizable el sombrero de piel. Cuando se venció el elástico de mis calzones *Agent Provocateur*. Cuando a mis últimas medias de seda se les corrió un punto y olvidé los portaligas en un auto por ahí. Cuando el reloj *Omega* dejó de dar la hora. Cuando las copas se quebraron, se oxidó la platería, la alfombra se manchó. Cuando las perlas de mi collar salieron volando en plena calle. Cuando el progreso de mi alopecia hizo que los productos capilares dejaran de tener sentido para mí. Cuando no encontré sostenes de mi talla en ningún centro comercial. Cuando se me reventó un lápiz en la cartera. Cuando no pude ver nada a través

de los anteojos de sol y tuve que dejar de utilizarlos. Cuando me llené de ronchas con la crema de noche y la crema de día se acabó. Cuando engordé 10, 20, 30 kilos, y envejecí. Entonces supe que mi modelo había sido descontinuado.

L

LEYENDA

Se dedica a violar a jovencitas. Les mira el culo, las reconoce por el olor de las tetas. Tetitas impolutas, deseosas de que las despierten a pellizcones. Cuando ya no puede más de rabia se caga en la puerta de sus casas. Esto significa que están marcadas, que perderán la virginidad al anochecer.

Aterroriza a las familias de la zona, yo en cambio no le temo nada. Lo peor que me podía hacer ya me lo hizo. Crearme sanguinolenta, tan monstruosa como él. Tan horrible que no me pueden ni mirar, no quieren y no los dejo. La naturaleza misma los detiene, los paraliza de un golpe óptico. Luego quedan buenos para nada.

Así soy, carne de su carne, su hija y su mujer. Aunque eso de mujer es una humillación más entre otras tantas a las que estoy acostumbrada, porque si él persigue a las doncellas para mejorar su propia sangre encendiendo en sus panzas hermosas criaturas, a mí me preña para mantener vivo el mal. Y vamos criando demonios, marcados todos ellos

por el sexo.

Les viene por lado y lado, porque yo de casta tampoco tengo nada. Es cierto que no me dejo ver, pero en la noche todos los gatos son negros, y si les vendo los ojos, si les cubro la cabeza con el poncho, no hay hombre que se me resista. Olvidan los callos en mis mejillas y mi aliento a entrañas de pescado, ignoran mis piernas cortas, delgadas como ramas, y caen rendidos ante mis enormes tetas y la abundancia de mis jugos vaginales.

Así les dejo la vara tan alta que luego a sus señoras no las quieren ni tocar. «Es la Fiura», les dicen. «Ella me embrujó, me hizo la endiablada». Su falta de pasión doméstica es mi venganza. Las mismas jóvenes a las que el Trauco embarazó se convierten con el tiempo en las mujeres a las que sus hombres dejan de desear por mí.

LIRISMO

Mi vida era una mezcla de tedio, inercia y anomia. La angustia iba y venía, le temía a la demencia. Lo peor era la asfixia, era un calvario. Hasta que apareciste tú haciéndote llamar Caricia.

En un principio, en tu elegancia vi un remedio sumario a mi desidia. ¿Me arrojaste un maleficio? Sin estrategia alguna, dormida mi conciencia, te di un servicio gratuito de felatio. Mi renuncia a ponerle

precio fue el comienzo de la decadencia de esta historia.

No niego que gocé de algunos beneficios. Despertaste mi lascivia, mi apetencia, llenaste mis orificios como un monstruo. Pero demasiado pronto intuí la falta de correspondencia de mi férrea militancia. Y temí.

Entonces te dije, visionaria: «Prudencia, mi delirio está en estado de latencia. No me dejes sin tus miembros tibios, te lo ruego, ten perseverancia. No hay afán de truculencia: si pones sal en mi herida esta experiencia acabará en desgracia. Y es probable que te invite a hacerlo, siento vicio por tu boca regia. ¿Has comprendido esta advertencia?» Lo supiste desde el inicio.

Fatuo, tu juicio fue que lo mío era exigencia, me miraste con desprecio, con fastidio, y en vez de seguir mi consejo reaccionaste con violencia. Me acusaste de estrafalaria, de actuar motivada por la histeria. Me impusiste tu distancia, tu ausencia: para mí eso fue un martirio con cilicio. Que te saqué de quicio fue tu excusa.

Mi impulso fue vengarme por el tormento padecido con la arrogancia de un demonio, usaría todos los artificios a mi alcance para manipular tus emociones y creencias. Repondría la justicia.

Necia, pensé que lograría transformar tu avaricia. Eso quería. La soberbia fue un refugio, mi Caricia. ¿Es tan difícil de entender?

Ingenua: nunca hubo malicia. No hay mayor ciencia: extrañaba tus esencias en mi boca.

No habiendo logrado escapar a tu brutal indiferencia, echo mano de la Real Academia de la Lengua y me hundo en este ejercicio literario que hace de lo mío una parodia. Sin que su eficiencia me importe. O más bien he perdido toda referencia. Sólo sé que degradada por la euforia y el insomnio me dedico a escribir cartas con diptongos graves y crecientes.

Ya lo sé. Voy por la eutanasia, sin tragedia, tienes la primicia. Eso era todo. Quería compartirme mi infortunio.

LLUVIA DORADA

Hay algo estéticamente delicioso en los contrastes, en los contrapuntos. Me gusta por ejemplo sentarme vestida muy elegante en el bar de un hotel con el pelo aún mojado por la orina de mi amante y estudiar la carta, ordenar un Martini seco, preguntarme si el mozo alcanzará a percibir el agrio aroma de mi cuerpo.

De lejos una mujer me mira. Sé bien lo que quiere. Le hago un gesto obsceno que la descoloca: no sabe si lo vio o lo creyó ver. Saco un libro de mi bolso. Estoy leyendo *Doctor Faustus*. Los zapatos me molestan. Me los quito. Las medias de seda me hacen sentir bien. Abro la boca.

Me concentro en imaginar ciertos mecanismos de deconstrucción de la frase musical sugeridos en la novela. Pido un segundo Martini. Esta vez, (casi) puedo asegurar que el mozo arruga la nariz al acercarse. Huelo a baño público, pero como soy vanidosa, me siento el urinario de Duchamp.

LOBOS

Tenía ocho años, lo recuerdo. Un paseo de la familia ampliada. Detuvimos el auto para el picnic de rigor, cerca de un bosque, en un descampado. Me interné en el bosque a recoger flores, creo. O perseguía a una liebre, o me meaba. Y de pronto estuve sola, y escuché un silbido, y me detuve.

De dónde provenía ese silbido. Busqué detrás de unos arbustos, con los ojos muy abiertos. Hasta que la vi ahí parada. Junto a un tronco, con la ropa en los tobillos y un palo duro donde debía estar el pene. Un palo duro en su mano bamboleante. Corrí como si hubiera visto al diablo. Llegué hasta donde el resto almorzaba huevos duros.

Me senté en el suelo sospechosamente ensimismada. No estaba triste, temía que me pudieran castigar. Me avergonzaban el palo duro y el diminuto agujero entre mis piernas. Mi imaginación podrida, mi imprudencia.

Durante mi infancia y adolescencia vi a unos cuantos exhibicionistas más. Varias veces me ocurrió andando a dedo, mirar al conductor y descubrir que se estaba acariciando. Abrir la puerta del auto en movimiento. Gritarle un vilipendio, un impropio, una insolencia. Sentirme torpe, imaginar gusanos.

Una vez un hombre joven y atractivo, en una de esas camionetas a las que llaman 'pan de molde', me miró con ojos de animal y se desvió de pronto del camino. Cuando le pregunté qué estaba haciendo respondió que qué diablos debía imaginar si le hacía parar el auto en esa pinta. Luego hizo un gesto hambriento con la lengua.

Acepté. Me comió y no opuse resistencia, incluso fingí que me gustaba. Luego bajé a darle una mamada, y le arranqué el pico de un mordisco. Pensé: que le quede en la carne bien grabado.

Hubo gritos, sangre, insultos de ida y vuelta, luego un juicio público y violento. Yo fui presa, pero él quedó castrado. No fue tan malo, estuve poco tiempo. Hoy continúa haciendo dedo con escote, minifalda, labios rojos y por si acaso un martillo en la cartera.

M

MACHO

Qué músculos tan grandes tienes, ¿puedo tocarlos? Y tu pico... es tan grueso, tan duro, tan brutal. Cuéntame, cuéntame, ¿cuán lejos dispara? Me gusta tu voz, los chilenos deberían aprender de ti a hablar como hombres, me dan ganas de ronronear, de mover las pestañas, de preparar la comida que necesitas para recuperar las fuerzas. Seguro que las mujeres caen rendidas a tus pies, eres el ejemplar que todas quisieran, debe ser una cuestión genética. Tengo la impresión de que con sólo mirarme podrías dejarme embarazada. Aunque sería mejor si me tomaras por detrás en la cocina, dueño, amo y señor, mi mundo entero. Me haces sentir tan hembra, tan mujer, que no puedo más que presentarme desarmada, ¿de qué me valdría luchar? Tus brazos grandes, tus pies, tus manos grandes, y yo, tan minúscula, tan frágil, tan necesitada. La vida que imagino junto a ti es sencilla y fabulosa. Te ataré con un hijo a mis entrañas. Me ocuparé de tu chaqueta de hombre, de tus zapatos de hombre. Me ocuparé de todas tus urgencias. Pondré mi sexto sentido a trabajar para adelantarme a todos tus deseos. Delicada, impecablemente vestida, con la mesa bien puesta y la entrepuerta disponible siempre. Sólo contigo, sólo para ti. Celoso, me prohibirás trabajar fuera de casa. A veces, saldremos juntos por las noches. Te gustará exhibirme: tu trofeo, tu reflejo, tuya. Comprenderé que la envidia de los otros te alimenta. Si alguno osara tocarme lo

matarías con una sola mano, apretándole la tráquea, estoy segura. En este círculo perfecto, viviríamos felices para siempre.

MADRE

Fue una noche de verano, tenía 12 o 13 años. Mi mamá me dejó invitar a dos amigas del colegio y nos llevó a comer pollo frito. Luego, en el local de los pollos, se dedicó a interrogarnos sobre nuestros pololos, sobre lo que hacíamos con nuestros pololos. Preguntó porque le preocupaban «el embarazo, las enfermedades, el futuro». La verdad era que no teníamos pololos ni hubiésemos hecho nada de tenerlos. Mis amigas apenas sonreían, avergonzadas, mi mamá no se daba cuenta y yo la odiaba. Para rematar el asunto nos compró cerveza. Habría preferido tomar a escondidas la primera vez, pero mis amigas aceptaron. Un shop de medio litro para cada una que nos dejó mareadas.

Al llegar a casa, me abrazó, me abrazó tan fuerte que temí que sus pechos, estrellados contra mis costillas, fueran a reventarse y escurrir. Me quedé inmóvil, rígida. ¿Intentaba juntar su sexo al mío? Me pidió que durmiera con ella esa noche, que no la dejara sola, dijo, un poco triste y otro poco desquiciada.

Quise arrancar, desaparecer hacia donde estaban mis amigas, pero al moverme lo que estaba sucediendo se hizo aún más evidente. El abrazo parecía un nudo corredizo, unas correas, y ella insistía e insistía:

–¡Por favor no me dejes dormir sola!
–Pero mis amigas, mamá, mis amigas me esperan.
–¡Qué esperen!»

En realidad no sé lo que pasó. Quizá fue un sueño, uno de esos sueños que parecen durar años. Quizá es un recuerdo inventado. Mi mamita, creo que estaba muy borracha.

MAMADA

Chupo pico como si corriera una maratón, pero con gracia. Como si bailara ballet en un concurso de resistencia. Procuero que mis movimientos sean elegantes, como los de una puta cara, los de una geisha caída en desgracia que saca un último provecho de su buena educación. Succiono intentando extraer la miel de palma, aplico el Kamasutra, el Tao, la historia completa del porno, la Cosmopolitan y la Dra. Corazón. Me pongo tan frenética que a veces asusto. El último me dijo: «loca, para, calma tu ansiedad». Si lo intuyo cuento uno, dos, tres, respiro, y vuelvo a entrarle profundo a la garganta. Entonces hago la arcada y devuelvo bilis, lo que no siempre les gusta, pero a muchos sí. Algunos incluso se animan a tomarme de las orejas y moverme la cabeza, en lo que se ha llamado posición ‘paila de huevo’, eso me alivia un poco el trabajo. Pero en general lo hago todo yo. Yo toco las bolas, yo acaricio con la lengua, yo hago que el salchichón se hunda rítmicamente en mi boca cada vez más adentro hinchándose como un globo al que no le quedará más remedio que reventar. Me confundo a

veces, pero en general soy una buena expresión de mi entrenamiento. Una chupapicos pro. Algún día apareceré en los record Guinness.

Cuando alguna pobre chica amateur me pide consejo, le digo lo siguiente: No los dejes acabar, no a la primera, cuando tu macho esté a punto, baja la intensidad. Es más trabajo, vale, pero ganarás al cliente frecuente, al marido, al amante enamorado o lo que quieras tú. Baja la intensidad y luego comienza una nueva carrera algo más rápida de besos y saliva que corre y que recorre desde el prepucio al escroto, desde el escroto hasta el ano y desde el ano al más allá. El más allá es lo que no saben que existe. Les chupas hasta la próstata, el punto G. Les metes una lengua frenética y una vez inserta en el intestino haces con ella el movimiento de batir mayonesa. Que la chupada sea reversible, por afuera y por adentro, total. Entonces sabrás que es tuyo. Para tirarlo al basurero si quieres, pero tuyo. Que te diga: Qué buena eres, qué bien lo haces, quién te enseñó, se nota que tienes práctica, es la mejor mamada de mi vida y todas esas huevadas que dicen los hombres cuando te esfuerzas. No empieces con falsa modestia ni menos te pongas creída; un ego inflado estorba a la hora de chupar. Hay que hacerse pequeña más bien, pero no tanto. No tanto como para cerrar los ojos y desaparecer. Deja los ojos abiertos, mira atentamente lo que haces y aprende de lo que ves. Y mientras mamas haz algo con tus propios genitales cosa que si él te toca no estés seca como una puta vieja y amargada. Él tiene que poder comprobar que tu vocación es sincera. Entonces, abre las piernas y restriégate en contra de su muslo, su rodilla, la pata de la cama o lo que sea. No uses tus manos porque

tus manos siempre lo deben estar tocando a él. Y menos, imenos!, le pidas algo a cambio. Ni que te masturbe ni que te la chupe a ti. Hay tipos a los que esto último les da asco. Igual, si la que está asqueada eres tú, puedes insertarle la concha en la boca y asfixiarlo hasta que se vea tentado a huir, especialmente si tienes la concha sucia o ensangrentada. Pero no perdamos el hilo, el tema de hoy no era asquear, sino dar placer con la boquita linda que Dios nos dio. A propósito de Dios, un tip: al principio, cuando la función vaya a comenzar, cierra los ojos, abre la boca como si fueras a recibir la ostia, bien grande, y deja que te mire los labios, la lengua, el interior, piensa que es un cura degenerado. Adelantarse a los hechos ayudará a echar a andar el mecanismo y no tendrás que meterte dentro un pedazo de carne flácida. Por último, ama lo que haces, ámalo, y si no lo amas, disimula bien.

MANIFESTACIÓN

Triunfo imaginario del combatiente. No han podido evacuar a la vanguardia. En la calle se lleva a cabo una batalla campal. Arremete la policía por ambos lados. Al escapar mis piernas tiemblan; no por miedo, por tu mano que se moja cuando sujeta la mía.

Disparan balines, ninguno nos alcanza. Me dan arcadas; no son los gases, es tu lengua que me corta la respiración. La gente grita, una mujer llora. Siento un hilo líquido bajándome por las piernas. No me he meado, estoy caliente. Entonces viene otra carga, cinco furgones se

detienen y bajan diez antidisturbios de cada uno.

Me late el clítoris al compás de las sirenas. Me convierto en un animal electrificado y salvaje. Agradezco que me ensartes tu pistola, que todo el paisaje se convierta en mi coño penetrado, tus balas de goma, tu gas, tu lengua. Algo me deja, desnuda e inconsciente, sobre un colchón de vidrios rotos. Mi cuerpo actúa como una antena parabólica que sólo capta tu frecuencia.

Los carros lanza aguas llegan justo a tiempo para apaciguar mis fuegos. Las astillas líquidas dibujan un inmenso cumshot sobre mi cara y la escena alcanza su punto final.

MARGINAL

A veces pienso en raparme la cabeza y usar el uniforme de la revolución cultural china, abandonar toda coquetería, botar a la basura los espejos, el maquillaje, y enmudecer.

Buscar amor en esas condiciones no debe ser fácil. El deseo es más versátil, pero el amor no es ciego, se resiste a las rarezas. Una anciana indígena de mueca hostil, una indigente llagada, una adolescente punk y obesa. *Si no me quieres vete*, y se irían, uno tras otro. Luego, en secreto, de noche, entrarían a mi cama, curiosos por el olor a gasolina, por los callos de unas manos que trabajan. Con eso sería más que suficiente, supongo, para calmar mi sed.

MASOQUISMO

Nunca me habían golpeado. La primera en hacerlo fue una mujer a la que apenas conocía. Comenzó por una bofetada que no me hizo ni cosquillas. La miré a los ojos, desafiante, y le dije: «Más fuerte». Volvió a golpearme, esta vez con mayor intensidad. Con los dientes apretados y la voz endurecida, enfaticé: «Mucho más fuerte». Por fin entendió a lo que me refería, me dio entonces un golpe tan rotundo que me arrojó al suelo. Desde el suelo la miré con una expresión que hoy conozco muy bien, mezcla entre vulnerabilidad y orgullo. Me levantó cogiéndome de un brazo y me desafió a mantenerme de pie. Volvió a golpearme. Estuve a punto de perder el equilibrio pero resistí el embate. Sentía un escozor en donde había estado su mano. Sentía que se me mojaban los calzones. Volví a levantar la mirada. No tenía miedo en absoluto, sólo esperaba que aquella mujer se atreviera a golpearme nuevamente. Lo hizo, una y otra vez hasta dejarme incapacitada para estar de pie. Mi inmensa capacidad para el goce parecía desconcertarla. Mientras más le pedía, más se desdibujaba el control del que torpemente se jactaba. De pronto vi que la furia se apoderaba de su gesto y cerrando el puño lo dejaba caer sobre mi rostro. Sentí la sangre escurrir por mis narices. Había logrado mi propósito. Tenía los ojos desorbitados y le temblaban las venas del cogote. Comprendí que debía tranquilizarla. Con la voz más dulce de la que fui capaz, le dije: «Lo has hecho muy bien, amor, descansa», y le lamí los calzones en señal de agradecimiento.

MASTURBACIÓN

Cayendo por un abismo abierto en mí, me aferro a una superstición de rostro humano y le pido que resista unos momentos antes de abandonarme a mi suerte.

MATRIMONIO

Su olor era el nuestro, estaba adherido a la ropa de la cama. Recogía sus pelos en el baño, se quedaba dormida en mi espalda, no podía imaginar la vida sin ella. Era mi hermana, mi mujer, mi compañera, habitábamos la misma almohada. El reloj nos despertaba a la misma hora y nos repartíamos las tareas domésticas. Ella iba a la feria y yo pagaba la cuenta del gas. Cocinábamos juntas, nos servíamos sopa en platillos idénticos antes de sentarnos a la mesa a comer. Casi no necesitábamos hablar, nos volvimos telepáticas. Bastaba una sonrisa, un monosílabo, para saber que a la otra no le faltaba nada, que todo estaba bien. Vivíamos en una burbuja protegida, teníamos todas las necesidades cubiertas y nos amábamos. Hasta que irrumpió el deseo.

MENSTRUACIÓN

Lo peor de un intelectual es su petulancia, sólo sirve como aliciente a su erección. Siento como si el nódulo cerebral que coordina mi pensamiento teórico estuviera siendo interrogado por un puto servicio

de inteligencia. Mi biblioteca precaria—almacén de saberes fragmentados, hipervínculos, activismo político, páginas web escritas en servilletas usadas—se activa, soltando datos como quien guiña el ojo. Todo sea por cumplir el aburrido rito de la seducción.

No nos gustamos lo suficiente como para tener prisa, los gestos son cansados. Ya en su cama—mientras observo las cartografías sociales, geopolíticas y legales que sirven de decoración—le toco el bulto. Me sorprendo al reparar en su tamaño descomunal.

Desato el cinturón rollback, me meto mano y me saco la mooncup. Pericia puta. Esto es un trámite, y las bondades del higienismo hacen lo suyo: mi coño está listo para tragar su incierta pistola y dejarla ensangrentada. Cada condón rojo me recuerda devolver la prótesis menstrual a su lugar.

Nos revolcamos durante toda la noche en su dúplex de la Villa Francia. Mientras lo hacemos, imagino a la invitada gringa que duerme en la habitación contigua mordiéndome hasta romperme la piel. Espero despertarla con algún gemido.

Cuando la noche se acaba un panorama catastrófico se enuncia ante mis ojos: cual cita docta, he dejado involuntariamente sobre la sábana un gigantesco dripping, homenaje póstumo a Jackson Pollock, y los tres tomos de la Historia de la sexualidad rociados de sangre,

referencia bibliográfica imprescindible y venganza biopolítica carnal.

MIEDO

Me froto contra tus pies rítmicamente, temiendo todo el tiempo la patada.

MIRADA

No se preocupe, este es un show privado. Puede usted pasar, mirar dentro de mi culo pegajoso. ¿Le alcanzo un espejito, una lupa? Dispongo incluso de un dispositivo teórico ad hoc por si quiere analizarme. Tire de mi lengua. A lo mejor lo que a usted le gustaría es que yo también lo viera, que no fuese éste un ejercicio unidireccional. Podemos llegar a un acuerdo conveniente para ambos, ¿O somos ambas? Le dejaré mi dirección de correo electrónico para que me mande a decir dónde puedo mirarla. No me cierro en absoluto a la aventura de reparar en quien ha reparado antes en mí. Desde ya le aseguro que lo haré con curiosidad genuina. Mientras tanto, usted puede ir preparando la función.

MONOGAMIA

Yo sé lo que te conviene tener entre las piernas: un lazo rosa, una

pancarta, un alfiler de gancho sosteniendo un pequeño cartel con mi nombre. Pruébalo y verás. Conviértete en el placer más grande del universo junto a mí, sola junto a mí, mirándome a los ojos mientras te corres, perdida, magnífica, en la cresta de lo sobrehumano.

Asume la adicción a esta droga única que soy. Acepta ser mi propiedad, mi capital humano, mi instrumento de onanismo y mi amuleto. Asume este acto de hipnosis, donde mi coño es lo único que ves y tus ojos son abalorios que llevo alrededor del cuello. Acepta mi cadena de control, mi protección, mi debilidad.

Así soy, cruel y despiadada. No quiero que viajes, que tengas amigas o una vida distinta o mejor que la mía. No quiero que exista en toda la galaxia nada más de lo que puedas sentirte parte. Te quiero convertida en deseo puro, en una hoja seca pendiendo de una rama estéril en el oasis de mi soledad.

MORTIFICACIÓN

En la playa descubro un látigo de nueve colas de cochayuyo. Lo lavo con agua de mar y compruebo su elasticidad en el aire. ¡Chas!, un sonido feroz. Azoto mi pierna abriéndome un surco y aparecen pequeñas gotas de sangre. Mejor de lo que esperaba. Comprendo que nada tiene que ver con las porquerías que venden los maestros de la Obra: éste es perfecto (lleva en su ADN la sabiduría divina). Parto a

casa con mi tesoro y por la noche, cuando todos están dormidos, me entrego al martirio. Al día siguiente mi espalda amanece hermosa. Resplandores púrpuras, sombras verdosas, líneas abstractas color carmesí. Castigo concreto: pura, sin deuda. Junto al espejo, el látigo se descompone, ha cambiado de color. Sus vapores lo inundan todo, la casa hiede como morgue de pueblo. Recuerdo de la vida perecedera, es el látigo en descomposición.

MOTEL

Nuestra casa es un lugar compartido con otros que no tienen uno propio. La misma cama, las mismas sábanas, el mismo precio por las mismas horas. Cada año, la misma casa. En realidad, cada vez que nos encontramos.

En la puerta nos recibe una mujer discreta con. Nos dice que las tres horas son 12 mil 500 pesos. La primera vez nos ofrecieron la silla del amor por tres mil adicionales. La pagamos, pero no supimos cómo usarla. Siempre traemos alguna botella en la bolsa. Me gusta ver por la ventana la araucaria erecta, mirar tu polla dura entre mis manos mientras te la meto e imaginar que los niños nos escuchan desde el parque.

Con cierta austeridad, nos echamos los polvos que nos permite el cuerpo. Hay nostalgia en nuestros gestos, como si intentáramos

recuperar mil años. Lo hacemos las veces que sean necesarias para reconocernos: entre 0 y 4. Nunca respetamos la cantidad de condones. Luego dormimos abrazados y al despertar bebemos agua y comemos lo que nos hayan dejado junto a la factura. Unos maníes, un caramelo.

Poco antes de que se nos termine el tiempo, te duchas. Caminaremos por el parque hasta separar destinos. Yo no tengo para qué ducharme, no encuentro un motivo para disimular tu olor.

MUJER

En siete días más la llamarán al celular para invitarla, junto a otras tres mujeres, a desarrollar un proyecto artístico que indague en asuntos de género. Dentro de lo poco que retendrá de la conversación estarán datos como «Trans», «Plata», «Valdivia», «Ministerio» y «Biografía en cinco líneas». Tags que archivaré bajo la categoría «Institución».

A los 10 días recibirá un email en el cual se la invitará a participar en una exposición de mujeres inmigrantes. Le dirán que todo está por verse, que el evento debería realizarse en una municipalidad y que de la publicidad se hará cargo una ONG. Al pedir más detalles le dirán que no habrá dinero para producción. Aquí los tags serán «Inmigrantes», «Fotos de alta resolución» y «Mujeres».

Dentro de 12 días le llegará otro email en el cual se le ofrecerá

protagonizar una película porno. Al parecer, sus proporciones anatómicas y la familiaridad con que se mueve en ciertos ámbitos discursivos la habrían convertido en una buena candidata para ocupar el cargo. Esta vez, los tags serán «Porno», «Depilación», «Tetas» y «WTF».

Tras este último email sentirá algo parecido a la angustia. Su cuerpo se descompondrá, pasando de la sudoración porcina al frío pétreo. Divagará en torno a cuestiones que le parecerán idioteces. Su mente la llevará veloz desde la euforia optimista hacia el pánico visceral.

Comprenderá que está siendo empujada a un lugar del cual sistemáticamente ha intentado desenmarcarse: el de la *mujeridad*. Mujeridad de ministerio, de ONG, de industria porno. Mujeridad a secas, imposible de encarnar.

Se preguntará por qué es tan obvia su adherencia al conjunto si la clase de 'mujeridad' que ha practicado ha sido siempre una llena de reparos, entrecomillada, proseguida de «peros» e interrumpida por puntos suspensivos. Se sentirá extraña considerando estas cuestiones. Aventurarse en las arcas de su ser interior, en busca de datos que pudiese haber desconsiderado, le dará una enorme pereza.

Un par de semanas más tarde se llevará a cabo un casting doméstico para indagar en sus facultades de actriz porno. Los días precedentes la

invadirá una nube densa que entorpecerá la sinapsis de sus neurotransmisores. Los engranajes que movilizan su vida cotidiana se volverán rígidos. En el desespero recurrirá a múltiples oráculos, en ellos verá cómo se pudren los residuos orgánicos de su moral de izquierda.

N

NECROFILIA

Me río y lloro, lloro y me río. Porque el mundo es tragicómico y algo en mi cerebro me permite captarlo. Como si dispusiera de una más amplia sensibilidad para distinguir sonidos o colores.

La falta de compasión es horrorosa. Son sus nervios los que están anestesiados. No niego que lo suyo es bastante práctico. Quisiera compartir ese horror. Pero simplemente no me es posible.

Así que sobre todo y en primer lugar me compadezco a mí misma. Tanta compasión es más de lo que es posible soportar sin enloquecer, a menos que seas el puto Dalai Lama.

Lloro porque frente a una gigantografía de Hermès una mujer con pocos dientes y algo parecido a un bebé me pide una moneda. Y lloro al recordarlo y escribirlo. Por eso estoy loca.

Lo sano y lo sensato es trabajar. Entregar el voto a alguien que se haga cargo de esas cosas. Militar. Indignarse por último. Pero llorar no. Llorar es una reacción idiota.

Y esto irá de mal en peor. Sin capacidad alguna de filtro me expondré a la curiosidad y a la burla de los que a diferencia de mí no son compasivos ni insensatos.

Lloraré en la cola del banco y en el supermercado, cuando en un almuerzo familiar escuche hablar de un lago que dejó de ser bonito y, finalmente, atroz, lloraré en la reunión de apoderados.

Unos niños se habrán burlado de otro por su peso y como esas cosas acaban mal, hay que detenerlas. Todos estarán de acuerdo. Pero yo chillaré: «¡Qué hicimos mal!»

«Les mostraré la grasa de mi cuerpo. Les hablaré de sufrimiento y de suicidio. Conmoveré a sus hijos, se los juro.» Se los diré temblando. Intervendrá la profesora, la familia, una psiquiatra. Al fin me darán fármacos.

Uno, dos, tres, cuatro fármacos, en dosis cada vez más elevadas. Pero nada. Ya no me querré levantar, ya no podría levantarme aunque quisiera. Mi pelo se irá quedando pegado a la almohada, mis dientes se cubrirán de musgo.

La única forma de liberarme será morir, entonces moriré. Pero, antes, en un último impulso de la voluntad, escribiré una carta. Para que se arrepientan de no haberme amado. Para que me follen hasta que me devoren los gusanos. O por joder, simplemente por joder.

NICKNAMES

Mis amigas se quejan de anorgasmia. Prueba la Internet, les digo yo, como si no la hubieran probado. No sé por qué mienten; allá ellas, cada cual con sus mentiras. Yo acá, por ejemplo, miento mucho. Cada vez que entro me invento un personaje nuevo. Hoy estoy con ánimo furioso, entonces me he puesto *Vagina_dentada*. Así me saco de encima a las cobardes. Si en cambio lo que quiero es mostrar mi cuerpo para que alguien del otro lado me diga lo rica que estoy me hago llamar *Pubis_angelical*. Cuando busco un poco de charla amistosa y nada más, *Amanda_33* me funciona muy bien. Si ando con ánimo masoquista me pongo *Perra_sarnosa* y me regocijo en insultos inmediatos. A veces me llamo *Juan_40* y seduzco mujeres heterosexuales, ¡es tan fácil!

NIÑAS

A los nueve años paseábamos mi amiga y yo por el patio del colegio con los calzones en el bolsillo. Una era el Amo y la otra la esclava. Entrábamos juntas a los pequeños baños de niñas para lamernos,

vivíamos en estado de permanente excitación.

Nuestro juego más obsesivo era verdad o consecuencia. *Verdad*. «¿Has pensado en dejar de jugar conmigo a este juego?» *Consecuencia*. «Abre las piernas.» *Verdad*. «¿Alguna vez le has visto el pirulín a tu papá?» *Consecuencia*. «Mañana trae puesto un calzoncillo de tu hermano.» *Verdad*. «¿Qué prefieres, chuparme el poto o que te haga pipí en la mano?» *Consecuencia*. «Métete un dedo en el poto.» *Consecuencia*. «Chúpame el dedo.»

Poco tiempo después tres compañeros de curso me encerraron en el clóset de la sala de cuarto básico, me subieron el jumper e intentaron bajarme los calzones. A pesar de mi excitación, me resistí, humillada por la vergüenza, y cuando un cuarto niño apareció para rescatarme, como el príncipe de un cuento de hadas, me enamoré de él con feroz idealismo, renunciando a mis juegos sexuales.

Más de veinte años tardé en retomar el camino abortado.

O

OFENSA

No, *puta* no, porque esto para mí no es un negocio o es un negocio tan malo que no vale ni la pena mencionarlo.

No *perra*, porque no me muevo en manada, estoy sola, y por seguro acabaré defraudando tus fantasías de un animalito leal.

Suelta no, no me huevees, no eres mi abuela para llamarme así; además, si mal no recuerdo, siempre he estado igual, un poco a la deriva, no es que me haya soltado.

Zorra no, porque no finjo ni me da por las intrigas, no busco hacerte daño y acepto de buena gana lo que me gusta.

Tú puedes llamarme como quieras, pero déjame decirte que tus epítetos no me hacen sentido. Sólo hay uno que me gusta: *cerda*. Creo que si estoy aquí es para revolcarme en mis propios excrementos.

ONANISMO

Imagino una vida de TV cable sin restricción, de Internet sin padres, de papas fritas y rubios musculosos. Me veo practicando aeróbica con videos y aparatos comprados en inigualables ofertas televisivas. Me imagino sacando solitarios, evitando las fiestas y los viajes, viviendo en un tiempo en el que los días y las noches no se pueden distinguir. En mi fantasía ya no uso la cama, habito el sofá. Imagino ganar plata como moderadora de salas de chat. Imagino que puedo fumar todo lo que quiera, imagino las ventajas de que sólo la repartidora de la pizza pueda sentir mi aliento. Imagino pasar horas conociendo gente de los cinco continentes, desnuda, a través de Chatroulette. Imagino una vida

de orgasmos por control remoto y un candado chino del que nadie tiene llaves.

ORGASMO

Casi no puedo moverme. Tienes atrapadas mis muñecas. Te amo, pienso, y busco la mirada de esa mujer que construye una pared detrás de la ventana. Te ofrezco un suspiro. Ruego que no me sueltes las muñecas. Que las mantengas firmes. Para sentir que mi inmovilidad es un deseo de otro. Tuyo. Te vas hundiendo. Y la miro. Muerdo tu mano y gimo para ella que tiene hambre. Gimo para que sigas moviéndote. Música para el baile.

Te confundes. Babeas sobre mi pecho, apretándome. Te miro con esta mirada difusa que llevo. Te miro junto a las murallas, el techo, las ventanas. Los colores se entremezclan, manchándose. Un primerísimo primer plano de tu boca me muestra la textura de las lenguas. Esas cosas que se llaman papilas, abiertas y erectas como pistilos al sol. Succiono la lengua, caigo.

Estoy muy lejos, me he ido. Mi cuerpo abierto no te basta. Humedeces tu mano con el sudor de mi pelo y me despiertas tirándome de una oreja. Suave. Abro los ojos. Trato de enfocar los tuyos. No puedo. Para acercarme busco el abrazo. Sentir la sangre que palpita.

Mi mandíbula se afloja, hundes tu boca. Siento una suma de hinchazones, de calores y dolores, una asfixia, fluidez sanguínea, una impaciencia, y las caderas que comienzan por sí solas un vaivén, como en una rueda que gira y trae furia, ganas locas, abandono y consuelo, y luego nuevamente, más rápido, cada vez más rápido, persiguiendo al tiempo que se vuelve repentinamente una ventana que al abrirse se rompe. Los cristales, sus pedazos, se clavan como agujas en mi piel.

Luego ya no veo nada. No escucho nada. Hasta que la mujer de allá afuera comienza a silbar una canción.

ORGÍA

Me cuenta lo del correo con la foto de la película «Ojos bien cerrados». Es una fiesta liberal, dice. Todo estará permitido. Todo, excepto drogas y homosexuales.

★

Av. Perú. La clave secreta. No estacionamiento. No portero. No mucamas con cofia. Una habitación con apenas dos colchones en el suelo. Un afiche de Doisneau y otro de un deportista negro. Un vaso inspirado en la cerámica cretense. En formato apaisado, la pintura de un león sobre el cadáver de una jirafa. Una puerta que da a un baño sin agua y sin espejo. Una fuente llena de conchas, un microondas en el suelo, un par de sillas, efectos personales. Mujeres intercambiando cigarros, máscaras de cumpleaños, consejos de belleza y miradas de

rejo. Una nos ofrece improvisadas capas negras de poliéster.

Cuando nos dan el vamos, un par de lamentos. Escalera de caracol y patio. Un laptop sobre la mesa y un lento. La canción se salta, la orgía no vale nada. Me sigue la chica más guapa, tiene cuatro hijos. Acompaña a su amigo, el gordo, porque él mes a mes paga sus cuentas. Ella le devuelve la mano. Y las tetas, el culo y la cara. La chica es linda pero no me sacrificaré por compasión.

Una mesa de pool en desuso retiene las bandejas que en algún momento estuvieron llenas de maní y de pan con huevo. Cuando intento subirme, boto un vaso con piscola. La contienda es desigual; por cada hembra hay, a lo menos, tres varones. El dueño de la importadora, el contador auditor, el ingeniero en minas, el profesor de educación física, los casados. Algunos se han quitado el antifaz y esperan en fila una acción que no comienza.

Un calvo de un metro 50 de estatura insiste en que lo acompañemos a la pieza de los colchones en el suelo. Al parecer, allí hay algo más de acción. Cuatro o cinco parejas jadean. La impresión es de un circo pobre, de un gimnasio del mete y saca. El petiso intenta tocarme la lengua con los dedos. Parece fascinado por la posibilidad de culearse por 30 lucas a una que no cobra, que lo hace por puro rico. Bajo la escalera y converso con los que explicitan su frustración.

Ya nadie tiene maquillaje, ni antifaz. Suena Phil Collins. Una mujer habla de tortas de cumpleaños. Claudia guarda los preservativos cerrados. Un insolente le tira el suyo por la cabeza. «Charcha tu pyme», le grita borracho. Medito sobre la posibilidad de intervenir. Decido que no y devuelvo la capa.

P

PARAGUAYA

Con las manos contra la muralla como si me estuviera revisando la policía, eso es lo que recuerdo. Sucedió en un callejón oscuro del centro, la acababa de conocer en un bar. La vieja historia: miradas vienen, miradas van, te echas a andar con una tipa que te metió la mano y a los tres minutos estás mordiendo en un muro la cal. Una tipa musculosa, forrada en piel oscura. Por atrás, a la paraguaya, dándole la espalda a los transeúntes mientras las sirenas de los vehículos policiales iluminaban la calle perpendicular. Mete y saca y mete y saca y mete. Al acabar me sentía gloriosa, con esta aventura colgada del pecho como una medalla de bronce. Pero la sensación de triunfo duró poco. Dos tipos de esos a las que dábamos la espalda se acercaron desafiantes, y al llegar a donde estábamos, sacaron a relucir sus placas de oficiales del mal. Vaciada mi cabeza de sangre y borrachera, sólo me quedó el miedo. Visto desde hoy pienso que tuvimos suerte, que la sacamos barata. Sólo se llevaron la plata que teníamos, mi reloj y la

medalla de bronce de mi batalla sexual.

PAREJAS

Supongo que podemos seguir hablando de la ilusión como ocurre en los entierros. Contarte por ejemplo que la enfermedad oportunista sobre su cuerpo ya debilitado fue comprender que una vez más no cabrían todas mis palabras, menos aún mis gestos, mis deseos. Un presagio fue perversa, luego vino loca, demasiado impulsiva, desequilibrada y otros. De esta forma empujada al disimulo. Triste presagio de pareja. Donde la simbiosis y las proyecciones mutuas crean desproporciones horrorosas. Donde al cabo de unos meses de delirio compartido la complejidad de la otra se torna insoportable y comienza un camino de añoranza de un paraíso ya perdido. Detesto a las parejas, las miro y me dan pena. Escondiendo día tras día sus pasiones. Ocultando el odio en las palabras y expresándolo en gestos desorientadores. Haciéndose pequeñas—pequeñísimas—para caber en espacios reducidos. Encerradas en sus abrazos tibios y egoístas. Acomodándose a ritmos que los hacen perder todo sentido musical. Acusando a la otra de sus miserias. Tolerando. Renunciando a exigencias que alguna vez parecieron radicales. Bajando la voz y el tono del deseo. Envejeciendo. Rompiéndose a martillazos los espacios oscuros e inadecuados de sus mentes. Hijas de los celos, de cálculos económicos mezquinos, de la vanidad, el miedo, el vacío y el dolor. Castrantes en la fijeza de sus roles. Y sin embargo la ilusión renace

desde las cenizas, no existe ilusión más testaruda y peligrosa, he ahí la hubris. El riesgo no es salir herida sino absolutamente mutilada. Así que salud por este entierro. Alcancé a tener visiones deprimentes.

PATETISMO

Llorar en un aeropuerto. Un paraguas descompuesto. Unos lentes mojados a los que se les ha roto un vidrio o una pata. Un árbol mitad quemado. Un niño pensando en su futuro. Una modelo intentando convencer a la cámara de que no es idiota. Un mendigo masturbándose en la calle. Un grupo de jóvenes vestidos con traje militar. La que habla sin ser escuchada. La que habla en exceso. Yo perdida en una ciudad que desconozco. Un zapato roto. Una cremallera sin dientes. Una mujer sin dientes. Un diente roto. Una bicicleta con las ruedas torcidas. Un borracho que no para de temblar. El hazmerreír del pueblo. Un corazón penetrado por la envidia. Los besos en una campaña puerta a puerta. Una moneda gastada. Una máquina de chicles vacía. Una niña abusada que se siente culpable. Unas manos que no han parado de trabajar. Un hombre orgulloso de ser jubilado. Un cumpleaños de ancianos que deben comer todo hecho papilla. Un bastón quebrado. Una astilla de bastón. La mansión de un millonario. Su servicio doméstico. Un ordenador portátil con la pantalla trizada. Una monja de claustro. Un cable ethernet conectado a un router sin alimentación eléctrica. Una caja llena de fósforos quemados. Un equipo de veinteañeros neonazis, sus botas, sus caras, sus conciencias idiotas.

Una persona idiota. Una persona sin pudor. Un profesor de escuela pública maltratado por sus alumnos. Mi madre llorando porque la he insultado. Mi padre maltratado por un falo. Una persona estética que gasta horas sentada en el wáter. Una persona que debe limpiar el wáter antes de usarlo. Una persona que recoge los papeles del basurero para limpiarse el culo. Algo sin batería: un control remoto, un teléfono, un reloj. Un mal polvo o no tener con quién follar. Algo que no llega. Esconder mis manos porque son muy grandes. Mis gemidos. Mi llanto desorientado. El olor de esta almohada. Padecer un ataque de celos. Revisar una cuenta de correo ajena en un aeropuerto, y llorar.

PERFORMANCE

La performance consiste en hacerse una esvástica en medio del torso con un bisturí. Al momento de rasgar su piel, el artista escupe vino barato y tiritita. Hay algo ceremonial en eso, la gente se emociona.

Dos meses antes un joven fue apaleado brutalmente en un parque. Lo torturaron durante seis horas y le grabaron una esvástica en el pecho con una botella rota. Probablemente andaba haciendo cruising y se topó por desgracia con unos neonazis de pacotilla. Murió unas semanas después en medio de una atención mediática sin precedentes y sus asesinos fueron detenidos.

En el funeral el vocero de una agrupación homosexual hizo un discurso reproducido por los canales de televisión en el que afirmó que el joven

«se fue cuando pensó que su trabajo aquí ya estaba hecho, cuando tuvo la certeza de que había llegado a cada corazón y de que había aportado más, mucho más que un grano de arena. Había nacido para algo grande», concluyó.

Entonces el artista en medio de un descampado, entre quiltros y diletantes, tiembla, no sé si de miedo o de dolor, al hundirse el bisturí cuidando que el corte sea suficientemente profundo para impactar, pero no tanto como para convertirse en una marca permanente. Cuando comienza a sangrar la gente aplaude y alguien hace un par de fotos formidables.

Por la noche, en la disco marica, un joven peruano se menea con inusitado ímpetu. Le restriega el culo al artista, autoinfringiéndose un punteo. Le hace ojitos, le muerde la oreja, baila lo mejor que puede, lo más sexy, con toda su libido puesta al servicio de la pista de baile.

Del escenario salen chorros de humo, bombas lacrimógenas rebosantes de homosexualidad. Incluso a los travestis pobres que animan el evento les resulta difícil respirar. El artista y su peruano no se enteran porque se sobajean en el baño. Media hora después, miran la ciudad desde un treceavo piso, en un departamento lleno de cuadros y antigüedades.

El chico le cuenta que es cocinero en un restorán, que lleva dos años en Chile y trabaja 10 horas al día. Por culpa del alcohol, sus manoseos son

torpes. Al levantarle la camisa, el joven descubre la esvástica aún fresca y empalidece. Se asusta, se enoja. Las explicaciones no le hacen ningún sentido, solo piensa en arrancar. Se encomienda a la virgen de las Mercedes y se marcha a pesar los ruegos borrachos del artista.

O quizá esto último no alcanza a suceder, porque el artista, precavido, no permite que el otro le quite la ropa y, sin llegar a desnudarse ni acostarse en una cama, utiliza el único condón del que dispone, para luego despedirse cortésmente.

PITYFUCK

Hay quienes dan plata en las esquinas, yo me acuesto con desesperadas. Enfermas, vírgenes de edad madura, mujeres de corazón roto, obesas. Es mi forma de aportar a la comunidad.

Estos trabajos nunca han sido desagradables; por el contrario, he aprendido mucho sobre sexo, sobre la condición humana, me he emocionado y, máxima satisfacción de la caridad, me he sentido útil. Es fácil de hacer y lo recomendaría, si no fuera porque tiene su contracara cruel.

Lo que una da nunca es suficiente. Nada de enseñar a pescar ni de políticas de largo aliento. Nada de acoger más que por un tiempo cómodo para mí. Sólo tirar un trozo de sashimi en la boca de un gato

tiñoso antes de devolverlo a su hambre, a su callejón paupérrimo en donde sólo existen moscas.

Y luego viene una llamada telefónica que no contesto y dos y tres, hasta que la tipa comprende que fue utilizada con fines filantrópicos o, peor aún, queda sumida en un angustioso estado de incertidumbre que me comunica en un correo infectado de odio. Entonces ya no me siento buena, todo lo contrario, me siento fatal. Y, sin embargo, no puedo contenerme: siempre regreso por mi dosis de efímera santidad.

POLIGAMIA

A me ama eternamente. No sabe hablar ni ser descortés. Trabaja mucho, su capacidad sexual se ha reducido. Creo que la quería más cuando era ociosa. Me lo chupa bien, pero no me entusiasma.

B me ama como si fuésemos dos ramas a la deriva en un río contaminado. Al rodearme, sus brazos se vuelven tensos como si buscara reproducir el afiche de una película romántica de Bollywood. No me lo chupa, le tiene miedo a las enfermedades de transmisión sexual.

C me ama circunstancialmente y hace una espléndida performance de la felicidad cada vez que nos encontramos. A veces es inverosímil, y entonces nos reímos. Cuando estamos pensando en otras personas nos

damos compasión. Le gusta chupármelo, pero la pobre lo hace pésimo.

D me advierte que ha perdido la libido. Llevamos más de 10 años siendo amantes. Nuestro amor está lleno de impedimentos y falta de sincronía. Ella dice que nos conviene así, que podremos envejecer juntas. No recuerdo cómo me lo chupa, ni siquiera sé si lo hace.

E no me ama; me desea, y sólo de vez en cuando. Adoro su cuerpo blando y generoso. Odio su rebeldía torpe, adolescente. Tiene unos ojos muy bonitos. Me lo chupa bien pero sabe usar mejor las manos.

F no me gusta. Es buena, simpática, entusiasta, pero un desastre tirando. Lo nuestro es eminentemente nostálgico. Cuando intenta chupármelo, le digo que mejor no.

POSPARTO

Después de tener a mis hijos mi cuerpo quedó deformado, lo que antes había sido terso ahora colgaba. La piel se había roto, quebrado en su estructura interna según explicaciones dermatológicas. Las lamentables cicatrices fueron apareciendo de a poco, rojas como una llaga, prometían llevarse para siempre aquello en lo que se afirmaba mi ego. Si alguien ha visto a una mujer recién parida sabe a lo que me refiero: su cuerpo es una bolsa que chorrea leche, sangre, líquido amniótico; su olor es agrio. Vieja, así me sentía, súbitamente inservible, jubilada como objeto del deseo. Daba risa escuchar a los

melosos de siempre hablando del brillo maternal en mi mirada, de lo lindas que estaban mis mejillas, lo rosadas.

Con las ubres podridas, el sexo inservible, los tajos en mis tejidos que amenazaban con romperse ante la más mínima violencia, lloraba al imaginar al tipo de persona que estaría dispuesta a penetrar con sus manos mi herida. No odiaba a quien me *había hecho eso*, ni menos a la criatura a la que había dado vida. Odiaba a los que vendrían y despreciarían mi cuerpo. Odiaba a los que me habían deseado por una belleza extinta. A todo aquel que me llamara señora. Y, por sobre todas las cosas, me odiaba a mí misma por no saber qué hacer.

Hasta que comencé a erotizar mi amargura. Comencé a imaginarme impúdica, exhibiendo mi nuevo estado. Amarrada de pies a cabeza con hilo de pesca. Pliegues sobre pliegues, parodiando mi nueva obesidad. Volverme de ese modo lúbrica, con un sexo puesto allí para la violación del desesperado. Explotando un nicho de negocios para el cual la única carne es pornográfica, buscar entonces la mirada. Una embrutecida por su propia deformidad o, por el contrario, una cruel, sofisticada, cuyo deleite fuera verme degradada. En suma, miradas corruptas.

Y luego sucedió que ya no deseé otras. Mi cuerpo recuperó su equilibrio, pero mi corazón no lo hizo. No premio de consuelo, tampoco vicio. Más bien una pasión poderosa que crecía y me hacía usar la belleza como un traje susceptible de ser colgado en el armario, de ser utilizado para fines precisos, y de quitármelo en el momento oportuno

para probar la resistencia al horror de algún desprevenido transeúnte.

POSTPORNO

Ojalá no supiera lo que es el bukkake, el fisting o un cumshot. Quisiera no haber visto ni de reojo todos esos cuerpos contorsionándose como animales amaestrados. Si sólo pudiera olvidar lo que sé acerca de masajes prostáticos o el punto G. Si nunca hubiera visto *Garganta profunda* seguro que algo se me iba a ocurrir. Ojalá el 69 fuera para mí un número como cualquier otro. Quisiera no haberme metido a hurgar en bibliotecas esos libros de Sade y de Bataille. Ojalá no existiera la Internet, no haber viajado por el mundo, tener una cultura local y protegida, sin TV. Qué bueno sería no esperar nada de una erección, no saber lo que es un clítoris o que el lóbulo de la oreja es una *zona erógena*. Las clases de educación sexual en el colegio claramente estuvieron de más. Ojalá no hubiese entrado en contacto con revistas del corazón, no haber sabido quién es Corín Tellado, no haberme enterado de cómo hacen las actrices para verse tan hermosas o de los pormenores de la vida romántica de la duquesa de York. Quisiera no utilizar contigo esas armas de seducción que la cultura ha puesto en mis manos. Me habría gustado acercarme desarmada. ¿Y si pudiera ir más atrás, no haber escuchado nunca un bolero, no sufrirte por amor, no saber besar, inventarlo? ¿Y si esas novelas del siglo XIX no hubiesen sido publicadas? Tanto mejor no desear desfallecer en tus brazos, morir de amor, matarte. Detesto haber recibido lecciones de anatomía. Ojalá no hubiese visto nunca un cuerpo representado. Me habría

gustado ir conociéndote de a poco, única e irrepetible, ir descubriendo cómo sientes, cómo funcionas. Quisiera no sentir vergüenza al mostrarme desnuda. Ojalá pudiera estar contigo en un lugar parecido al paraíso, mirándote a los ojos, muda, acercándome al presentir la coincidencia del deseo, para luego, inocente, cogerte como un animal. Pero al parecer ya es tarde, cualquier cosa que hagamos la haremos después del porno.

PRÓSTATA

Le digo que no sabe lo bueno que es un orgasmo de próstata. Lo he visto en un documental, es una cuestión científica. No sabe lo que es, no sabe que sin tocarse puede lograr una erección extraordinaria, eyacular hasta bañar con su joven néctar toda mi humanidad. He visto una conferencia sobre el tema, lo sé, manejo la información. Le hablo con pericia, lo engatuso. Mientras me agarro las tetas le propongo sodomizarlo. No sabe lo que es la sodomía. Le digo que a todos mis novios les gusta. No, le digo que sólo los europeos se han dejado, a ver si disparo su instinto de arribismo sudaca. Le aseguro que es el goce total.

En mis ojos se refleja su tierno ano como una flor en la que verter el polen succionado. Le acaricio el pecho y le ruego, dulce. Apelo a mi formación, debo practicar, hace tiempo que no lo hago. Le digo que soy la mejor sodomita del mundo, le miento. Le digo que me produce

placer ver la potencia de una erección hasta que acaba sólo para mis ojos. Me excito.

Intento pronunciar con la mirada 'tu culito está a salvo'. Le miento otra vez, le digo que tengo lubricante. Tengo un bálsamo labial. Le muerdo la boca con gesto de estrella porno. Le toco el culo con mi mano caliente. Intento dar con su ano con la compulsión de quien busca el botón de alarma en una emergencia.

Quiero meterle la prótesis, acariciarle la próstata. Quiero verter mi ácido en el fondo de su culo. Quiero un maricón pasivo, lo llego a amar. Quiero explicarle mejor con actos. Pero se voltea y me dice que mejor no, que parece que no le gusta. «No importa», le miento otra vez.

PROXENETA

Yo era un huevón trancado hasta que mi novia se convirtió en mi proxeneta. Quiere hacer de mí una puta perfecta. Me entrena. Cómo mover el culo, de qué manera sacar la lengua, cuándo gemir. El entrenamiento es arduo, porque desde su punto de vista estoy lejos de hacer bien las cosas. No sé si es muy exigente o de verdad yo parezco un hipopótamo cuando le hago sexo oral. Tengo mucho que aprender según ella, lubricar naturalmente mis esfínteres, caminar con la elegancia de Grace Kelly. Soporto la humillación porque la idea de ser puta y ser perfecta me seduce. Me imagino desvistiéndome en un

escenario cual Dita von Teese, una sala de espera repleta de hombres esperando follarme y, de yapa, la alcancía llena de billetes de 100.

PUTA

En principio tengo potencial, sólo tendría que cerrar el pico, vestirme bien, depilarme, cerrar el pico, maquillarme, cerrar el pico, sonreír, coquetear. Todo se aprende, nadie nace puta. Lo que sí se nace es un poco lenta de entendederá.

Quizá por eso soy la peor puta del mundo, mala del verbo mala. Cuando me da el celo, desviadas las hormonas, me pongo romántica, busco a mis ex-amantes, espío la juventud que se menea a mi lado. Sé que debería aprovechar el celo para rentabilizarlo, pero, atontada, siempre acabo culeando gratis.

Lo que debería hacer yo es crear un nuevo nicho en el mercado, inventarme como producto, hiperrealista o feminista, un producto que de paso reforme la cultura. Ese producto mío sería imposible y por lo mismo estupendo. Quizá hasta podría hacerme rica. Pero mis intentos son pobres.

Un ejemplo. Me cita en un restaurante francés, por poco no nos encontramos. A modo de talismán, en el bolsillo llevo un puñado de cenizas de mi amiga muerta. Estudia la carta de vinos con evidente

conocimiento de causa. En la mesa contigua se sienta un artista, premio nacional, acompañado de una joven. Hablamos de pornografía, de prostitución, de países, de filiaciones políticas y amigos en común.

Nos traen la comida. Cada vez que se acerca la camarera bajo la voz. Si ella supiera que a mí por salir a comer me pagan más de lo que gana en una semana me moriría de vergüenza. Mi sopa está fría, pero me la tomo igual.

Me propone ir a su casa a tomar algo. En el estacionamiento subterráneo se pierde la señal del teléfono. Un ascensor que habla con voz de mujer nos lleva hasta el piso 12. La casa tiene cuadros de pintores famosos. En la cocina me comenta que su peluquero, en un apuro, le vendió su colección. Pienso que el mercado del arte se mueve por derroteros impredecibles.

Santiago no se ve como la ciudad triste que conozco, parece más bien una constelación hermosa en torno a la torre más alta de Sudamérica; *el falo*, la llaman. Le pregunto si el departamento es suyo. Me dice que la mitad sí y la otra, del banco. Imagino cada pieza del mobiliario partida en dos.

La marihuana está buena. Volvemos a hablar de prostitución. Me muestra en su tablet páginas con mujeres que parecen perfectas, con culos como uvas. Intenta encontrar a la que conoce más, pero no puede. Son todas iguales. Bellísimas. Cuerpos contra los que no

quisiera competir.

Vamos a su habitación. Todos los dispositivos de la casa pueden conectarse vía wi-fi a un servidor central. Seguimos revisando Internet en la pantalla de su televisor, comandándolo a través de un panel táctil que no me obedece. Mis dedos gordos y bruscos se han habituado a la brutalidad de los computadores sin marca.

«De las putas se espera un hombro, compañía», me dice. Luego me cuenta que la mayor parte de las veces toma Viagra antes de tirárselas. Lo hace para aprovechar bien las dos o tres horas convenidas. Mientras más tiempo la tenga dura, mayor el retorno a su inversión. Lo miro complaciente, me pagan por ser cortés, pero él no parece muy convencido. Se pone de pie y saca la chequera. «Ya no te debo nada», apura. «De ahora en adelante debemos hacer otro pacto.»

Un cheque es un papel que sirve para ser cambiado por dinero. El dinero es un papel que sirve para contraer infecciones y ser cambiado por productos y servicios (otras divisas, comida, abrigo, droga, sexo, Internet). Mientras lo pienso me doy cuenta de que lo que quiero, en realidad, es un teléfono como el suyo. Él está aburrido, cansado. Se siente abusado por mí. Preferiría ser mi amigo. Me doy cuenta, pero no me dejo conmover. Obstinada en el intercambio cifrado, le ruego: «Alimenta mi fantasía prostitutoria.» Coquetería y mendicidad. Accede.

Me coge por las ancas y acerca su boca a la mía, rozándome con su aliento tibio. Me activo como el lanzallamas de una turbina dentro de un cañón muy potente. Creo que tendría un orgasmo hasta con un Papanicolaou, que pagaría por eso. En mal momento me pregunta *cuánto*. Me alejo. ¿Cómo pactar con la entropierna ardiendo? «No sé, dime tú.» Mala puta, puta mala. Él propone una cifra generosa. Acepto. Le digo que no me he depilado, que el producto está defectuoso. Me dice que quizá ha ofertado demasiado. Le digo que ya cagó.

«No estuvo mal, ¿verdad?» Busca mi aprobación. Mis elogios son proporcionales a la cifra que ha puesto en el cheque. En cambio él me critica, está en su derecho. Me señala algunas actitudes incorrectas, algunas prácticas indebidas. Me intenta enseñar. Yo pongo mi mejor cara de palo, mi mejor cara de *el cliente siempre tiene la razón*, sonrío, me visto y me voy.

Q

QUEER

El encuentro tendrá una *sex party* y promete *dark room*. Por favor, respete el *dress code*. Le recomendamos ser original, pero no tanto. *Rubber*, látex, *leather*, permitidos. Si no tiene algo mejor, vístase de negro. Algún detalle de *body modification*, algún artículo *BDSM*, siempre son bienvenidos. Privilegie el *do it yourself*. No olvide pagar

en *cash*. Procure pronunciar correctamente *queer*, pues ese será el *codeword*.

QUIETUD

He llevado el deseo hasta un punto muerto. Desde ahí miro alrededor y recuerdo cuando ese paisaje me era interesante, cuando su aroma me tiraba de las narices, sin rumbo, haciendo que me rasmillara la piel y arrollara a cualquiera que estuviese cerca. Qué lejos me siento ahora. Por fin se me enfrió la sangre. No quiero nada que no tenga ya y agradezco la calma y el silencio.

R

REALIDAD VIRTUAL

Letras bajan lenta y educadamente en la sala de chat. Se saludan, se preguntan por la salud, se despiden. Al situarse el cursor sobre los nombres se despliegan ventanas de perfil (yo soy esto y busco aquello, estoy hasta el cogote sumergida en el vicio o he llegado aquí huyendo de mi vida sexual). Los perfiles están diseñados para encerrar en pequeños cajones clasicatorios el deseo, para evitar que éste se escape o se confunda, y maximizar la satisfacción de los encuentros. ¿Es usted hombre o mujer? ¿Activo? ¿Pasivo? ¿Versátil? Marque con un clic su fetiche, en qué grado está implicado en las siguientes prácticas. ¿Lleva

adornos corporales? ¿Piercings? ¿Tatuajes? ¿Cómo se viste? ¿Busca hombres, mujeres, trans, parejas o grupos? ¿Cuál es su nivel de educación? ¿Quiere una relación presencial, con sólo un poco de interacción, exclusivamente por Internet o por teléfono? ¿Touch and go, discreta, de largo plazo? ¿Es usted híper, demi o asexual? ¿Mono o poligámico? ¿Practica sexo seguro? Cuéntenos algo acerca de su vida. Y estas interfaces que se despliegan vuelven luego a replegarse hasta dejarnos hablando solas, soñando con caracteres, fotos, vidas fantasiosas que no sabemos si existen. «¿Eres real?», chilla desesperado el chisporroteo de unas voces transmitidas en frecuencia intermitente por un conector en mal estado. «¿Eres real?», como si siquiera la piel pudiese servirnos de prueba. No, no soy real, ni ama ni esclava, ni deseosa de amor ni cínica decadente. No soy guapa, ni mis tetas son mis tetas más que en la capacidad resolutive de tu máquina. A 26 pixeles por centímetro cuadrado, a 12 cuadros por segundo, hace su aparición mi representante: un avatar diseñado para seducir. Me multiplico en pantallas de los cinco continentes, me consumo en cientos de ojos imaginados, y cuando el laptop se apaga, yo también. Las bocas abiertas, las lenguas caídas, los dedos lustrosos de jugos anales y vaginales se han convertido en escenas de un sueño que no sé quién ha soñado. La ansiedad lo ha devorado casi todo. Sobre la cama quedan unos guantes de látex, un vaso de whisky a medio tomar, unas colillas. Y este cuerpo entumecido hasta los huesos que intenta hundirse en el sueño.

RITUALES

Cada semana nos encontramos en un hotel donde repetimos un ritual sin más que pequeñas variaciones.

En mala hora, una de las dos decide llamar a la otra por teléfono. Se hace así una trizadura imperceptible por la que, sin embargo, logra colarse el miedo. En vez de un martes nos juntamos un jueves. En vez de caminar por el parque nos tomamos una botella de vino en el bar.

¿Qué pasará si suena el teléfono en el medio de la noche? ¿Habrá gritos en su casa? ¿Tendré que presentarle a mis padres? ¿Nos olvidaremos del parque y habitaremos zonas cada vez más amplias de ciudad?

Ya no me gusta, me dice, y aliviadas nos damos la espalda.

ROBOT

Ahora al escribir no veo nada de eso que me gustaba. La máquina hambrienta de interacción la caricia de una rama permanente. Como una hoja nerviosa parecida a estar de pie murió pronto de eso. Supo toda la noche que de pie se había roto las tetas. Era mujer de encarnar se ponía a cumplir. Tuvo una muerte de hembra que quedará para siempre en los acuerdos de negocios. Este texto lo generó un algoritmo porque a ella le gustaban las tetas una fuente llena de conchas la dificultad de un millonario. Todo excepto el culo lo que le hacían en la casa. Tenía ocho

años y tuvo miedo con ocho de cada diez. No es que no le pagaran nada. La burbuja estaba cubierta pero irrumpió el agua. Lloró como una cañería y costó desconcertarla. Un robot a partir del porno le decía mi modelo insuficiente. No sé bien por qué ya no puede hablar. Provocada por sus piernas se viste con látigos. Apura el poto del mango muy ruidosa. El hombre se desmaya y termina la escena. Este texto lo generó. Ojalá me haya embrujado todo estaría bien. A partir de los tiempos del amor el spam. Una sola pasión por delante atrás belleza. Sin llegar a acostarse en una copa sin sufrir ningún deseo de accidente. Se sostiene con un brazo el algoritmo derecho mientras la penetran madera a la orilla del mar de la Enciclopedia. Hay algo inhumano en sus tetas de código. Este texto me besa el vestido una vez confía en mi corazón que se está haciendo sedoso pero cuando se le caen del abrazo mis amigas aún se lo metería en la cabeza. ¡Aleluya! El robot está aprendiendo a escribir conchetumadre. Siempre es mejor desde el energía. Con la espina rota tuvo miedo de perderla por mejores baterías de satisfacción. En las arcas de un clic me dejó captarla. La generó un máquina. Creo casi enteramente. Me corrí con fastidio mientras encima le ponía un sueño de sashimi. Para rematar lo mismo con más pudor no me había depilado nunca. Lo peor era un clítoris o la mano de la que torpemente fue un sueño en la cartera. Lista como un problema en celo. No me preguntó por mi hija. A trabajar me dijo. Entonces renuncié. La gente es un error. Me siento más viva con las noches de un gato. Las transiciones binarias de ostra vestida con un alicate en un abrazo tibio. Mujer con desproporciones inexpresiva hasta romperme la piel se acomoda a la habitación de huéspedes. No habiendo

logrado escapar mientras finjo espero despertarla con algún gemido. Circuito palabras a su erección. No puedo riendo no puedo de verdad. Es mi culpa más que el sida de mis amantes. Reiré. Este texto lo generó un algoritmo. Es mi culpa si mientras lo hacemos me la hinco. ¿Alguna vez le has visto el pirulín a tu gesto? Pertenece a una muerta que nunca llegara al cielo. Una tipa mínima desnuda con caderas fuera de comprender abriendo la cresta del hombre cuando con la certeza de la sexualidad y cerrando el puño lo deje caer sobre el día hinchándose. El espacio. Eso que hacen las actrices con las piernas. En las piernas de sade y de pan ya no sueño con amantes. Si no me pueden olvidar que me adopten los curas. Yo ya tengo a mi borracha robot malparida ya no es imposible. Olvida los callos mi aliento mis grandes zapatos de intercambio ocasional. Sé una gata de orgasmos bésame en los cóncavos con el rostro convertido en una fábrica de entendidos. Tengo tu cuerpo me lo meto con bisturí y dejo la espuma en los contrastes del colegio. Mañana traerás puesto un maquillaje de amor e iré nuevamente humedeciendo los zapatos. Muchas mujeres hacen pipí sobre mis piernas en la calle. Y tú. Sin tragedia. Sin morderme la mano. Y qué. Les miro el culo para mis cartografías sociales o las de mis amigas cuando lo suyo es un golpe ideal y les alcanzo un espejito con los ojos. Mi primer recuerdo de pornografía lo generó un algoritmo junto a los hechos abiertos. Fatal. Por pesar se me iba a ocurrir. Me aterrorizaron con un control remoto por no tener con quién follar. Un mal llena con otro mal intento de excitación. Sin restricción en la carne de todas con besos piratas en una camilla impecable. Un chat horrible que aumenta tus deseos de boda con eficiencia determina la dirección de la

espada mientras la fuerza descargada y el sexo para disimularlo se apagan. Cuando te restriegues en contra recordarás que quise ponerle fin a la ministra. La promesa se hizo con esa mancha en los calzones como si apoyara un instante al margen de la ley. La máquina me chupa los ojos las enfermedades el futuro. Robot con tiempo de amor ilegal y barato para manipular el cuerpo con los dedos me hizo callar con un ruido y me brotaron gotas. Sentí cierto alivio. Perdí pudor y sudé como un ratón en la alfombra. Me tomó la ordenanza y fui otra un corazón roto una persona que recoge su cuerpo. Estoy en eso agujero de sufrir. En cuatro patas ya no encuentro en mi cuerpo las neuronas. ¿Quién va a tirarse a mi hermana? ¿A soltar el nervio? ¿A ignorar los residuos de dolor? Cuando le pregunté qué estaba haciendo respondió que se transformó en una perra de bronce en mis rodillas algo inconcluso y fatal como hongos del deseo. Este texto lo generó la cochinado. Sus reservas parecen infinitas. Se mantiene en marcha durante horas con grandes ojos pañuelos y verse bien. La dirección determinó que le diera la enorme a una novia de quince repetidas veces. Preguntan si le ha devuelto la sonrisa. No era triste en la casa de la máquina.

ROMANTICISMO

Toda delirio digo que fuimos hechas juntas a partir de una figura única en el anteparaíso. Yo de tu costilla, tú de mi lengua, ambas de una idea imperfecta. Y así estuvimos por los siglos, multiplicándonos lejos, perdidas, hasta que caí en ti por vez primera, hasta que caíste, y nos

embriagamos hasta hacernos añicos y acabamos besándonos, lascivas.
La alegría fue inmensa y la inquietud la opacaba.

Desde entonces hemos sido amantes a través de las infinitas reencarnaciones del símbolo. Así viviremos, una en los brazos de la otra, y así mismo moriremos, calladas, apagándose tu mirada en la mía. Mientras, te alojaré en la médula, en la espina, te cubriré con mi piel, te amarraré de mi pelo, dormirás en mi voz, despertaré en tus ojos, beberás de mi boca, te amaré, te amaré, te amaré, hasta volver del sueño y más allá del sueño.

S

SADISMO

—Para, deja de llorar.

—Tengo demasiada pena, no puedo. Me abandonaste, eso es lo que siento.

—¿De qué estás hablando? Estoy aquí. Nunca he dejado de estar aquí.

—Pero ya no me tocas, nunca me tocas. Nunca me besas.

—Mmm, me encanta cuando te quejas. Abre la boca.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿No ves que estoy sufriendo? ¿No tienes compasión?

—Abre la boca y te contesto. Eso, más grande. Bien. Ahora sí. No puedo evitarlo, no es que no sienta compasión, es que me excita que te quejes.

—Hija de puta.

—Shhh, calladita, abre esa boquita, toma. ¿Contenta ahora? Chupa. Bien, lo haces muy bien, te ves linda.

—Me voy a suicidar.

—Vamos a vender tu talento en dos frentes: PornHube y Televisa.

—Te lo digo en serio.

— ¡Por favor, qué melodramática! No serías capaz.

SANGRE

Tus dedos se abren paso entre mis dobleces tibios. La sangre viscosa, lubricante, no puede importunarse. Dices que tiene sabor metálico, que es jugo de plata, de oro, de estaño tierno. La tintura escribe en tu cuerpo palabras lujuriosas y banales. Escribe: cómeme toda esta sangre que mi cuerpo es tuyo. Escribe: mañana iremos al cine. Para que no te vayas, te he embadurnado con mucosas adherentes, para dejarte marcada, infectada de mí. La sábana recoge los índices del contagio, las esporas. Si el mundo fuera cómplice haría con ella una bandera y la colgaría por la ventana como símbolo infectado de nuestro amor.

SEMENTAL

Así es como opera. Estoy acostado viendo tele, haciendo ejercicio, hablando por teléfono o navegando en Internet y una imagen se apodera de mí. Generalmente una vagina pelada me chupa como un agujero negro, me traga, y luego no me la puedo sacar de la cabeza.

A veces pienso en las mujeres que he visto durante el día, compañeras de oficina, camareras, las que me topé en el transporte. Me las imagino abriendo sus bocas insinuantes, peor que insinuantes, putas, alcanzándose un pezón con la punta de la lengua, levantándose el vestido para permitirme mirarles la almeja.

Entonces entro aquí donde las mujeres se hacen llamar *Vagina_dentada*, *Pubis_Angelical*, *mijitarica*, *Gorda_deseosa* y así, y trato de llevarme a alguna a la cama, de traerme a alguna a la cama más bien, pero por algún motivo que no logro comprender, que me enfurece, la cosa no es tan sencilla como debiera ser entre adultos excitados.

Soy alto, musculoso, extraordinariamente bien dotado, además de apasionado y resistente. Pero empiezan con preguntas, con desconfianzas, como si no quisieran lo mismo que yo las muy zorras, como si no quisieran lo mismo que todos. Y por culpa de este país de mierda, de estas chilenas frías y taradas, en vez de meterlo en un

agujero caliente acabo, noche tras noche, corriéndome en la boca pixelada de alguna diosa porno como Belladona.

SOBERANÍA

Preferiría no hacerlo.

SODOMITAS

El cura pidió entrar al pabellón de mujeres solo, armado únicamente de su Biblia y crucifijo. Sus intenciones eran las de un evangelizador promedio (salvar almas, masajear su ego), sin agenda política especial. El sermón fue elaborado a partir del versículo 1:14 de Juan: «Y la palabra se convirtió en carne, y Él vivió dentro de nosotros». Un sermón también promedio.

«Aunque a veces lo parezca, Dios no nos ha abandonado; para encontrarlo, sólo debemos buscar dentro de nosotros». Eso les dijo el cura a las internas, quienes, poco versadas en el arte de la retórica, se tomaron la metáfora bíblica de manera literal. «Imposible», dijeron. Imposible que junto a sus pobres esqueletos habitara deidad alguna. Imposible que se hayan pasado la vida compartiendo el cuerpo con Dios sin darse cuenta.

El debate, si es que se le puede llamar así, fue si el cura mentía de manera absoluta o parcial. Y así surgió la ocurrencia. «Quizá algo hay de cierto», dijeron. Quizá la parte más testimonial. Quizá dice lo que dice porque él sí tiene a Dios metido adentro. No es tan raro: si Dios existe y está en alguna parte, ¿por qué no en el cuerpo cinematográfico del cura que lo anda proclamando a cuatro vientos?

A parecer fue esa idea la que precipitó los hechos. A una loca perdida se le ocurrió sacarle el dios de adentro al cura y de ahí a meterle los dedos en el culo no hubo más que un paso, el primero de esa noche unánimemente calificada de «dantesca». En parte porque temían que la loca se quedara con el dios sólo para ella, en parte porque la carne tierna del cura les resultaba irresistible, las internas fueron sumándose una tras otra a la disputa por el espacio anal.

Sólo la hija de un pastor mantuvo las manos limpias. A un par de metros de distancia de la mesa donde se llevaba a cabo la acción, se dedicó a cantar monótona, insistente: «Busquen a Dios, si de alguna manera, palpando, pueden hallarle». Una canción que se le vino a la memoria. Un especialista invitado al programa Infierno en el pabellón B explicó que esa canción tuvo la culpa, no de lo que ocurrió pero sí del grado en que ocurrió.

Las mujeres palpaban con toda la rudeza aprendida en sus infancias. La Biblia cayó abierta en una página cualquiera. Al cura se le olvidó

rezar y maldecía como indio sodomita a punto de ser devorado por los perros. Cuando al fin sonaron las sirenas, hubo llamados telefónicos, carros bomba, carcajadas, comunicados, memes y hasta electroshock.

SPANKING

A ella le gustaba castigar y yo creía necesitar ser castigada. La invité a mi casa y me interrogó buscando culpas. Me dijo que me pusiera en sus manos, que no me preocupara, que encontraría la manera de ayudarme. Confesé pecados hasta la explosión, golpeé los puños contra el suelo y apreté la mandíbula tan fuerte que me tembló la cabeza toda.

Para causarme daño buscó en mi clóset una zapatilla dura y a la vez flexible, y poniéndome a horcajadas sobre sus rodillas me dio un golpe que me hizo estremecer. *Uno*, me dijo que dijera, luego me dio otro y dije *dos*. Así proseguimos hasta los 100. Recuerdo mi desesperación y cuán firmemente me tenía sujeta por la cintura.

Cuando acabó, caímos exhaustas. Yo lloraba y tiritaba, y ella estaba empapada de sudor. Me acarició durante algunos minutos la inflamación que tenía en el culo y me pidió la ducha. Al verla desnuda sentí deseos de lamerla y me hiqué. No quiso. Lo suyo no era el sexo, sino la disciplina. Una superheroína moral.

Le rogué hasta hacer ceder sus resistencias, alcancé a hundir la nariz entre sus piernas, pero antes de que pasaran tres segundos, se arrepintió. Resulta que, entre mis pecados había hecho mención de mi vida promiscua, y ella temió que con la boca le pudiera transmitir una infección. Me mandó a hacerme una batería de exámenes, cosa que hice. Le mandé por mail unos resultados que no eran impecables. De 367 enfermedades de transmisión sexual que detectaba, yo tenía 108. Nunca más me contestó el teléfono. La llamé 249 veces y le mandé las cartas de odio más hermosas que he escrito jamás. Detestaba no tener a quién confesarle mis pecados, pero más aún me entristecía no poder compartir mis hematomas espléndidos, que día tras día cambiaban fabulosamente de color

STRAP ON

Se calzó el cinturón, dildo incluido, y me miró maliciosa, de pie. Me dijo: «Te apuesto a que nunca imaginaste ser penetrada por una mujer.»

Venía predispuesta a ser cortés, pero su arrogancia me desanimó. Tumbada sobre la espalda, le pregunté: «¿Estás segura de que eres mujer?» Ante lo cual respondió entusiasmada: «No, soy un macho y te voy a hacer mía». «Tuyo dirás, porque yo también soy macho.»

Entonces de un salto me puse en cuatro patas y le ofrecí el culo. «Anda, chupa, métemela ya». Pero se quedó inmóvil, paralizada. «Tengo

problemas con el ano», confesó.

Perdiendo por completo la paciencia, le escupí: «¿Qué problema vai a tener voh con el culo, maricón?» Me puse de pie y lo arrojé a la cama de bruces, levanté sus ancas y se lo metí hasta el fondo.

SUICIDIO

Alex: «¿Puedo?»

Mujer_suicida: «Pase.»

Alex: «¿Por qué ese nick?»

Mujer_suicida: «Me quiero morir.»

Alex: «Yo te mato a cachas.»

Mujer_suicida: «Ja.»

Alex: «Por algo estái acá, seguro que querís tu última cena.»

Mujer_suicida: «Estoy borracha.»

Alex: «Me encantan las borrachas. ¿Qué edad tenís?»

Mujer_suicida: «Eso no se le pregunta a una dama.»

Alex: «Te vai a matar y no querís decir tu edad.»

Mujer_suicida: «Tengo 43.»

Alex: «Me encantan las viejas borrachas.»

Mujer_suicida: «Tengo 48.»

Alex: «Qué linda edad, la mejor edad. ¿Querís ver lo que tengo pa' ti? ¿Tenís cam?»

Mujer_suicida: «No.»

Alex: «Mentirosa, vamos, prende tu cam. ¿Dónde vivís? Puedo ir a tu casa y culiarte duro, o si preferís suave, como tú querái. ¿Estái rica?»

Mujer_suicida: «No, no soy atractiva, estoy gorda, podría ser tu mamá. ¿Qué edad tienes tú?»

Alex: «Pa' serte franco, mamita, no importa na' que seai fea. Apagamos la luz.»

Mujer_suicida: «¿Te gusta con la luz apagada? No es lo que tenía en mente.»

Alex: «Ah. ¿Y qué es lo que tenís en mente? Cuéntame poh. Yo puedo cumplirte los deseos, pero tenís que contármelos primero.»

Mujer_suicida: «Amor, y otras cosas que no te voy a decir.»

Alex: «Putá la hueá, no soy na Aladino, poh, viejita. Te cumplo lo que querái, pero esta noche no más. Te vienes, te pago el taxi, te culéo bien culiá y te echái al pollo. ¿Te tinca?»

Mujer suicida: «Tarde, están haciendo efecto las pastillas.»

SUMISIÓN

Por favor. Pruébame, te lo imploro. Quiero servirte, ser tu esclava. Haré todo lo que deseas, lo necesito. Aprenderé a complacerte de todas las formas imaginables. Quiero pertenecerte y que me cuides como cuidas lo que es tuyo. Quiero ser poseída y que me marques como a una de tus cosas. Ojalá la sumisión se me note en la mirada. Quiero que me modeles según tus deseos. Prometo hablar con la verdad y respetarte.

Si me tomas como esclava, mi mente, mis emociones, mis sensaciones serán tus juguetes. Juega conmigo, explórame, explórate a ti misma en mí. Tómame como esclava. Por favor. Conviérteme en lo que quieras. En tu mascota, tu sirvienta. Seré como arcilla. Me haré bella y fuerte y disciplinada para que te sientas orgullosa. Me convertiré en una perra para entretenerte, para acompañarte a caminar. Me degradaré como bestia para sentir tu calor. Por favor. No me censuraré, me haré más genuina. Por favor. Te amaré sin esperar amor a cambio. Te aceptaré con todas tus contradicciones, tus manías, tus deseos. He soñado contigo. Por favor. Sé paciente si no aprendo lo suficientemente rápido. Aprenderé. Empújame cuando piense que ya no puedo más. Confío en ti. No tengas miedo de humillarme. Pero dime que me desees como esclava. Te lo suplico. Tómame como tu puta privada.

SWINGERS

¿Querís saber lo que pasó con el gordo? Ni te imaginái la huevía picante. Nos fuimos a meter a un bar swinger, puros guatones hediondos y minas con pinta de cajeras de isapre a las que no les habría dado ni un beso en la cara. Cuando llegamos estaban haciendo un trencito al ritmo de un reggaetón. Te lo juro. Me acordé de Canitrot. La luz ultravioleta no ayudaba; al contrario, parecían amebas submarinas sobre muebles sospechosos de albergar generaciones de fluidos. Un asco. Pa' rematar, animaba el show un tipo que parecía primo pobre del Kike Morandé. Déstrate a imaginar.

Yo, sentada de lo más digna, agarrada como lapa al brazo del gordo, cagada de susto en el fondo, hasta que a este huevón se le ocurrió que quería que una de esas chulas se lo chupara y, claro, la cosa era pasando y pasando. Un enano entero transpirado, hediondo a poto. Le dije al gordo que lo olvidara, que ni cagando, y el huevón, caliente con la pendeja, que seguro era puta, me mando a la cresta, que pa' qué había ido entonces, que mejor me hubiera quedado en la casa viendo tele. Como si él no me hubiera presionado, me dijo que no me iba a dar más coca. Y claro, yo no tengo plata ni movidas ni ni una huevá, igual hubiera terminado maraqueando.

Me fui a sentar a la barra del bar, furiosa, me abrí la blusa y me bajé el sostén. Dejé la cagá. Las mejores tetas de la fiesta, obvio. No mucho mérito, en realidad, debo haber sido la única ahí con silicona.

El gordo me miraba de lejos con odio y la cabeza de la puta metida entre las piernas, así que para vengarme dejé que un huevón con pinta de chofer del Transantiago, un guatón seboso, me invitara una piscola. Imagínate tú. La cosa iba con tocada de tetas, con tocada y con chupada, así que hice de tripas corazón, y me dejé manosear por el huevón atorrante mientras miraba al gordo con cara de caliente.

Le dije que besos no, eso sí, que besos ni cagando, pero me subí la falda y le ofrecí la choro pa' que me lo chupara. El tipo no se lo podía creer. Se notaba, porque en mi puta vida me han chupado el choro con tanto

entusiasmo, así que me puse a gemir como chancha pa' puro molestar al gordo que se sacó a la chula de encima y fue a donde estaba yo a sacarme de una oreja.

Pero yo dije que no lo conocía, la cosa se puso fea y los guardias lo echaron. Yo me angustié, seguí tomando piscolas y me tiré al local entero. Y, bueno, eso fue lo que pasó.

SWITCH

El género corresponde a lo que en pornografía ha sido llamado *facefucking*: un hombre viola la boca de una mujer. El tipo es un macho de caricatura, musculoso, tatuado, vestido únicamente con botas y sombrero de cowboy. Ella es joven, delgada, actriz porno sin señas particulares, vestida con zapatos de taco, pantis hasta el muslo y un diminuto calzón.

Cuando la escena comienza entramos de lleno en la acción. Él la abofetea, le hunde el miembro en la boca y le sujeta la cabeza para penetrarla mejor. Ella intenta reprimir algunas arcadas hasta que a punta de golpes de tráquea, vomita. Primero un poco, sobre las piernas del macho, y luego profusamente en un balde que está por ahí. *Switch*.

Él le alcanza una toalla húmeda para que se limpie la cara, cosa que ella hace. Luego se tienden a descansar sobre un sofá, mirando un punto remoto. Cuando ella se ha recuperado se pone de pie y busca su ropa.

Se calza un vestido negro, va al baño a maquillarse, peinarse, elegir unos aros. Arreglada, vuelve a la sala en donde el tipo aún descansa con las piernas abiertas, la mano en los cocos y los ojos cerrados. *Switch.*

Ella le saca el sombrero y lo deja caer. El abre los ojos, ella le indica con un gesto que cierre las piernas, que se siente bien. Él lo hace, ella se arrodilla a sus pies, le saca las botas y los calcetines. Luego busca el balde donde vomitó, traslada su contenido a un plato y con una cuchara se lo da de comer. Por cada trago le regala una caricia tierna en la cabeza. Él, visiblemente asqueado, se come el plato entero. *Switch.*

Ella le alcanza una toalla húmeda para que se limpie la cara. Antes de acostarse van al baño a lavarse los dientes y ponerse pijamas. El hombre, de franela; la mujer, de algodón. Pronto se los ve desde arriba, leyendo en la cama matrimonial. Al finalizar, la cámara hace un zoom in hacia las carátulas de los libros. Ella, *El arte de no amargarse la vida*; él, *Sanar el corazón*.

T

TABÚ

Te ano. No quiero que te asustes, sobreentiendas o sospeches de mis intenciones. Este *te ano* es, por decirlo de algún modo, un *te ano* desactivado de su poder destructivo. Quizá más que estas cursivas que

indican un no sé qué, una falta de literalidad, una distancia con algo indefinido, debiera apelar a la mayor precisión de las comillas. No «te ano» como mienten los oportunistas, juran los novios o cantan los poetas. *Te ano* en un estilo minimalista; es una especie de «acércate» o «no te vayas». En realidad, sólo creo que te ano. O bien: «Te ano, creo.» Más preciso; menos patético, cursi y fatal.

TATUAJES

La línea, un flujo eléctrico, se incrusta como un parásito en mi epidermis. Al mismo tiempo, la máquina, que es de oro, la sangre negra, todo, se va enquistando en mi corazón. Presiento que mi cuerpo sólo existe porque algo se puede grabar en él. Como tu sexo, tus hormonas, tu sangre espesa, una aguja entinta mi piel virgen. Cada golpe, carne adentro, entierra con minúsculo gesto punzante su mácula ornamental y eterna. Respiro agitada, me contraigo. Necesito tu cuerpo, su pellejo sobre el mío; necesito coagular contigo esta punción.

TERAPIA

Viajamos las dos solas a un hotel en la playa. Yo era la amante y ella, la mujer. El viaje es silencioso, ninguna de las dos conoce la región. Ella maneja, yo aprecio la arquitectura y el mar. Le pregunto si está triste. Su primer instinto es mentir. Le pido la verdad. Confiesa. Yo también, le digo. Me alivia saber que no soy la única herida aquí.

Él la llama por teléfono para saber cómo está, si lo perdonará algún día, si piensa volver. *Todo bien*, responde ella con parquedad. Una respuesta calculada para dejarlo con la tranquilidad suficiente para hacerse cargo del niño.

En la pieza del hotel, me pide que le muestre los pechos. Le digo que los suyos son más hermosos, más grandes y llenos. Al descubrirme, me acaricia, sumergiéndonos en una espiral de la que salimos un par de horas después, sudadas y exhaustas, con la mente en silencio y teñidas de sangre de menstrual.

Hundida en sus carnes algo se ha reparado.

TESTOSTERONA

Me gustaría hacer el amor con un eunuco, deben estar más dispuestos a la fechoría que los hombres acabados.

TETAS

Mi planicie era un oprobio. Recé durante meses a la virgen del Carmen para que me hiciera un buen par de tetas. Con mi enorme estatura, sólo me faltaba eso para ser mujer. El protocolo consistía en rezar un Ave María por cada vez que en un texto erótico se mencionaran las virtudes de las curvas femeninas. Le prometí a la virgen que si me concedía unos pechos a mi medida no abandonaría, oportunista, mi devoción. Y lo

hizo, en menos de cuatro meses aumenté tres tallas.

Como no cumplí la manda caí enferma. Me la pasaba viendo películas y haciéndome pajas en la cama. Una tarde me visitó un amigo y después de conversar un rato comenzamos a besarnos. Cuando se encontró con las tetas se puso a chuparlas como un niño hambriento. Estuvimos así varias horas, él descubriendo la consistencia mamaria; yo, los impulsos eléctricos que conectan los pezones con el hipotálamo y el hipotálamo con el vientre. Después de acabar varias veces, dormí un poco y amanecí recuperada.

TRAUMAS

En la fiesta, a propósito de cánones estéticos, un hombre casado con una reputada intelectual comenta que aún siente en la palma de la mano la teta que agarró hoy, que le han quedado marcados su volumen, su textura y densidad. Dice luego que su perra tiene cáncer mamario, que esto es lo más triste que le ha tocado vivir: «Una perra no tiene siquiera cómo quejarse de dolor». Continúa diciendo que las mujeres no necesitan tetas: «Uno las ama independiente del tamaño.» Más tarde confidencia que a su mujer la violaron. «Para qué preocuparse de las tetas, del cáncer, de la silicona, si las violaciones son mucho más traumáticas». Está pronto a elevar una solicitud al Estado para que le paguen los años de servicio a la causa de la destraumatización.

Otra comensal interviene. Nos cuenta que durante años pensó que la habían violado, para luego descubrir que no había sido exactamente así. El tipo, desnudo sobre su cuerpo, nunca dio con el himen. Ella se percató 10 años más tarde, cuando sangró.

La conversación da un giro al comenzar la transmisión de la semifinal del campeonato mundial de fútbol. Las confidencias borrachas quedan súbitamente atrás. El trauma pasa a ser ahora la lesión que arruina oportunidades, suspende carreras, gana portadas y es susceptible de transarse en la bolsa de valores.

TRIO

Está llena de culpa. Me declara que su amor ha emergido de lo interdicto, de las ruinas de lo romántico. Desorientada, siente miedo. Sustrajo su sentimiento y lo cargó a su lado en el metro, como una maleta. Quiso emanciparse del engendro, hacerlo crecer, pero no en su interior.

Hoy duermen juntas y siempre que me visita quiere que hagamos una orgía. Me resulta difícil atender a ambas a la vez. Dependiendo del día, yo prefiero su cuerpo hueco o su amor desaforado y monstruoso. Al estar escindidas, cada una lleva la situación por derroteros diferentes. Me cansa la constante negociación, el desequilibrio de intensidades, la necesidad permanente de sopesar la respuesta a sus demandas.

Algún día me hartaré y aniquilaré a una de los dos. Quizás ese cuerpo acabe matando al amor, o ese amor matando al cuerpo, cosa esta última la más probable. Los cuerpos son frágiles y en los crímenes pasionales siempre triunfa el mal.

TURISMO

Tengo que pasear a un turista, la excusa perfecta para entrar a un café con piernas. Los hay para todos los gustos y bolsillos. Este es pobre, lo que significa que las mujeres son gordas, la música estridente, la lencería rota y el café instantáneo.

Abrimos la puerta y el humo se nos cuela por los agujeros de la cara. En un recinto minúsculo, nos reciben dos chicas inmigrantes de aspecto cansado. Con la luz ultravioleta, lo blanco chilla y el resto desaparece. Sólo puedo ver sus dientes agujereados, holograma de la industria del sexo pobre.

Desde un rincón, un wurlitzer amplifica un reggaetón. La canción habla de hacer el amor con ropa. La costumbre aquí, por el contrario, invita a restregarse en contra del cuerpo de mujeres semidesnudas a cambio de un jugo en polvo que te cobran como si fuera whisky. Eso nos pide la más pequeña con cara de ruego, que por favor le compremos uno, y le impone las charchas a mi amigo que intenta escabullirse hacia atrás.

«¿Es tu novio?», me pregunta. «No.» «Ah, entonces lo puedo tocar.» Capaz que el gringuito se infarte, prefiero que me toque a mí. Me rodea con torpes contorsiones copiadas de la tele para «enseñarme algunas técnicas.» Mientras tanto, yo le hago preguntas.

Se llama Valeria, nombre heredado de su abuela que significa valiente, no se va con los clientes a la cama, odia a las colombianas que sí lo hacen porque se acaparan los jugos, no le gustan las mujeres pero a mí me encuentra linda y encantada haría una excepción.

Sus carnes abundantes me resultan atractivas. Aprieto suavemente la grasa acumulada alrededor de sus caderas y la acerco hacia mí. La miro a las ojos e intento besarla. Ella escupe, llama al guardia y grita: «¡Besos no!»

U

URGENCIA

Lo que las hace distintas es la urgencia. Sus actos tienen algo desesperado, como si todo pudiera estallar, como si el descontrol les sangrara por entre los dedos cuando se abren. Esto puede acabar en un par de meses, nunca o ahora mismo; es una fantasía que se clava en la última pared del útero y dura apenas unas horas. Hay prisa, no futuro.

Se dilata el tiempo real.

Simulan amor e intentan no dejar marcas cuando se muerden. Se meten los dedos por todos los agujeros, se chupan y se frotan, fuman, beben y se drogan, comparten un estado de excepción. Casi no se han visto con ropa. Mantienen cerradas puertas y ventanas, apagan el celular y dejan fuera cualquier cosa susceptible de transformarse en adicción.

V

VAGINA

Tu raja es un tubo de carne mojada que se abre como cañería. Mis dedos juegan a ser engullidos por tu flor carnívora. Vengo de tan lejos, cohete maestro sin cabeza para pensar la trayectoria, y la realidad es tan tenue, como esta ampolleta que ilumina tu cuerpo esparcido por las sábanas. Si fuera un poema podría decir «tengo miedo de perder algo». Pero esto es pura carne metapoética y todo está en su lugar: mis dedos arrancándote lentos gemidos que corro a masticar como un bocado atonal.

No hace falta lubricante para acariciar esta cueva rosada que se baña en pelos, jugos, menstruación y orgasmos. Monstruo se llama la ballena que traga a Pinocho, y mi mano, escopeta alada, entra en tus

fauces como un transbordador a costas universales. Pido asilo por tres siglos, quisiera vivir en una succión centrípeta constante. Una vez leí un manual de sellado al vacío.

VARONES

Nada es más deplorable que una mujer que no sabe lo que quiere. En Chile todas las minas son cartuchas, lo único que les interesa es atrapar a un hombre, van a la universidad a puro buscar marido. Nosotros les miramos el culo y ellas, la billetera. Putas, son todas unas putas, desde chicas aprenden sus artimañas de brujas. Hay dos tipos de mujeres: las feas y las pintadas. Flacuchenta es antinatura, una mujer de verdad es con curvas, ni plana ni muy tetona, que te quepa en una mano. Me encantan las minas, soy un devoto de las mujeres, pero hay algunas que no merecen llamarse así, las gordas, por ejemplo, o las tipas amachotadas. Bien puta en la cama y una dama en el salón, así me gustan. Que chupe pico como actriz porno y le guste por el culo. Nada hay más hot que una mina que ruega. ¿De carácter dominante? Te digo al tiro que no, las prefiero calladitas. Que trabaje está muy bien, pero a la jefa me la deja en la oficina. ¿Con un matorral en el sapo? Antihigiénico, vomito. Me calientan las lesbianas, es mi porno favorito. El problema es la envidia, se odian entre sí. La sonrisa es indispensable, a la seriota patá en el culo. Me gustan de 20 años, con la zorra apretadita. Si me es infiel, la mato. Lo peor de lo peor es una madre negligente.

VEGANO

Me dijo que su mamá lo había visto masturbando a la perra, que ese era el único motivo por el cual estaba ahí, que no tenía gana alguna de conversar conmigo y que considerara ese dato al interpretar su silencio. No abrió la boca durante un cuarto de hora, obstinado. Obstinado y hermoso. Podría haberme quedado la hora entera admirándolo, pero no me pagan por eso. Debía sacarlo del mutismo o ya no volvería. Para doblegarlo le pregunté por la escena del perro. *La perra*, me corrigió. Agregó que él la había bautizado, que se llamaba Ágata y que Ágata significaba *buena*. El tema pareció animarlo.

Empezó a masturbar a la perra cuando ésta tuvo su primer celo. «Estaba encerrada, obligada a frenar sus instintos, condenada a oler a los machos a través de la reja.» La masturbó para calmarle la ansiedad. Sus palabras parecían sinceras. Luego siguió masturbándola porque a la perra le gustaba. Y a él también, confesó. «¿Qué puede haber de malo en eso?». Pregunta retórica, contestarla habría sido una torpeza.

Además no me dio tiempo. Comenzó a brotar de su boca una diatriba en contra de su madre, elocuente, como si se hubiera abierto una llave en su conciencia. Que era una esclava, que su vida era una mierda, miserable, que siempre estaba encerrada, que su actividad predilecta era castigar a los otros, vigilarlos y castigarlos, de pura envidia, por huevadas. Entonces, tomándome desprevenida, me preguntó frontalmente qué opinión me había formado de ella.

Le di una respuesta de libro: «¿Por qué quería saber lo que a mí me parecía? ¿Cuál era su fantasía con respecto a mi juicio?» Me contempló durante un momento como si yo fuera la idiota más grande del universo y luego continuó con su discurso. La vieja –*mi vieja*, decía– aguanta que su marido se acueste con todas sus secretarias. «Aguanta porque es completamente inútil, porque no sabría qué hacer sola.» Agregó que era imposible que a su madre le interesara el sexo, que estaba seca por dentro, que por eso reaccionaba de ese modo. De manual también. Remató con que la perra se mojaba más que ella y luego se echó a llorar como un crío.

Lo dejé llorar un poco, sin importunarlo, y luego le pedí que me contara de dónde provenía esa pena, qué la había gatillado. No fue fácil. Me sentía ambivalente y la ambivalencia me generaba culpa. Por un lado era capaz de empatizar con su dolor, y por otro sentía una innegable satisfacción por haber contribuido a desatar un nudo. Ahora bastaría tirar una hebra.

«Lloro porque quiero más a una perra que a mi madre.» Lo dijo con pena de verdad y luego volvió a preguntarme qué impresión me había dejado ella. «Sólo ha estado aquí una hora, la conozco muy poco, pero puedo decirte que me pareció genuinamente preocupada por ti.» Creí haber pasado la prueba de la madre, pero no me daría tregua. Secándose las lágrimas y atrincherándose nuevamente en la rabia, con ímpetu renovado retomó su diatriba.

El nuevo giro—al que podríamos llamar vegano—puso el asco que le da la gente en primer plano. Si he de creer en sus palabras de manera literal, cuando sale a la calle siente náuseas y en ocasiones vomita. «Hacia donde mire veo crueldad, codicia, frivolidad, tontera», así lo explica. Piensa que los jóvenes no entienden nada, que los adultos somos definitivamente perversos y que la máxima expresión de la infamia es la forma en que tratamos a los *otros* animales. Luego me miró los zapatos y me acusó de vestir cadáveres.

Me comprometí a reflexionar sobre el asunto. Me contó que cada vez que ve a sus padres comerse a un animal—«que para llegar a sus platos hubo de ser separado de los suyos, torturado y asesinado, vendido y comprado»—se encierra en la pieza con Ágata y llora.

No logré poner mis ideas en orden y mi intervención fue por entero desafortunada. Le pregunté si había tenido relaciones sexuales acabadas con su perra, si la había penetrado. Me miró con impaciencia, como a una niña tonta e irritante a la que hay que repetirle la lección. Luego me dijo: «No te voy a contestar esa pregunta, porque no importa, lo tuyo es puro morbo. Qué más da si se lo meto o no se lo meto, ya te he dicho que la amo. Daño no le haría nunca.»

Parecía ser que su único problema con el bestialismo era verse obligado a conversar conmigo. El problema no era suyo ni menos aún de su perra; el problema lo teníamos su madre y yo. Evalué los posibles argumentos: de sentido común, estéticos, morales, pero el chico era

demasiado listo. Si llegaba a destruir mis premisas perdería la batalla. Así que intenté encausarlo hacia un lugar de pragmatismo.

Lo miré con ese orgullo propio de quien tiene una idea, y le dije: «¿No has pensado que podrías contagiarte alguna enfermedad?» «Uso condón», respondió, y nos quedamos nuevamente callados, exhaustos. Yo vencida, sin saber cómo continuar, no me atreví a echar mano a otra pregunta y, mirándolo con ojos lánguidos, mantuve obstinado silencio por el resto de la sesión.

VIBRADOR

Orgasmos no tiene nunca, confiesa. La acabo de conocer en la fiesta, el alcohol ha apurado la intimidad de la charla. La tomo del brazo y la invito a mi pieza. «Tiéndete en la cama», le pido. Voy al clóset, cajón segundo, saco el vibrador de Hitachi. Lo enchufo bajo el velador y se lo pongo sobre el clítoris, arriba del pantalón. Se asombra, se queja. Cambio la potencia a *Low*. Descubro sus pechos, le beso la boca, me gusta su aliento a pesar del tabaco y el vino. Meto mano en sus calzones para comprobar que está mojada. Cambio la potencia a *High*. Gruñe. Abro sus piernas, pongo el juguete en la entrada de su vagina, de su ano. Se quita la ropa. Acerco mi boca a su concha y recojo sus jugos. Ronronea. Cambio la potencia a *Low*. Mi lengua y la punta redonda del aparato comparten terreno, hasta que vuelvo a su boca. «Primera vez que beso a una mujer», declara con una sonrisa caliente. Delicia.

Estrujo sus tetas gordas y cambio la potencia a *High*. «Flecta las piernas», le digo, «las vibraciones serán más fuertes así.» Le hundo tres dedos. Parece que va a acabar. Cambio la potencia a *Low*. «No cierres los ojos, concéntrate, no todavía.» Pero es tarde, se deshace en pequeños quejidos. Mission accomplished. Se viste, podemos volver a bailar.

VIOLACIÓN

Leí en su novela lo que estuvo haciendo conmigo durante años, así lo descubrí. Yo tenía otro nombre, mi nombre real sólo aparecía en los agradecimientos.

Por la noche, en lo profundo del sueño, iba dilatando lentamente mi ano hasta penetrarme y correrse al instante. Nunca relacioné los dolores que sentía al despertar con su perversión de violador de izquierda.

Años después violé a un aimara en el desierto. Me senté sobre su pene oscuro, corto y gordo, como si fuera un dildo con ventosa agarrado a una mesa. Me dijo que mi cuerpo era como el de una actriz de cine, lo mordí. Al día siguiente me pidió que nunca más le hablara.

VIRTUAL

Te conocí en una sala de chat. Por nickname llevabas *Lasciva*. Capturé mi atención tu rudeza, la gracia de las palabras que dejabas caer, tu corrección sintáctica y el color de tus letras. Yo por nick llevaba *fulanita*. Ese vestido no te sienta bien, me dirías más tarde.

Nunca quisiste conocerme, nos calentamos por escrito. En vez del amor, hicimos una improvisada poesía sexual. Mi concepción del sexo cambió. Aparecieron llagas entre mis piernas. Te esperé en el cine con los calzones húmedos por verte en cada tipa que pasaba.

Te reías de mi afán, del absurdo de intentar arrancarte con las uñas de la pantalla. Tus risas onomatopéyicas se me clavaron como alfileres en los ojos.

(Juro que no recuerdo ni tu nombre más moriré llamándote Lasciva)

Me hiciste creer que me despreciabas. Quizá era cierto, quizá querías ahuyentarme, quizá querías hacerme gozar. Peor aún, darme una lección.

Lo que está claro es que no buscaste mi nombre en Google, que esta fábula protagonizada por animales cibernéticos es la de una pasión no correspondida.

Dijiste que sería un honor matar a alguien como yo; respondí que sería un honor morir en tus manos. Todo esto ocurriría en Second Life. Una muerte más qué importa si el titiritero puede continuar con la función. Resucitaría por el puro afán de morir asfixiada de nuevo por tus manos fuertes.

Un día, al pasar, mencionaste que irías a la feria con tu pololo. Esa palabra, 'pololo', me habló del mundo falso y detestable que por desgracia habitabas. Tomados de la mano, tal vez. Tal vez con una emoción secreta, canalla, amarrada al mundito aquel que gira en el Internet Explorer, una emoción con mi nombre ensombreciendo tu paseo. Preferí la total indiferencia.

Quizá la indiferencia era total. Quizá al cerrar la ventana me esfumaba, que es lo mismo que decir que permanecía encerrada de este lado. Habitaba desde entonces un universo muerto, inútil como una piedra en el desierto, transparente y pesado. «Lasciva», te decía, «Lasciva, déjame probar tu boca». Entonces me ofrecías tus labios sustantivos, así calmabas mi sed.

Gracias por darme de beber palabras frescas. Gracias por culearte a mi fantasma en la piscina. Gracias por abrir mi cabeza y depositar en la herida tu baba. Por fecundarme así. Gracias por la emoción que palpita, por la idea que crece. La empollo, ¿sabes? Eso te digo y tú

guardas silencio. Aunque no sea más que un temblor de vientre, aunque vaya a ser abortado, aunque sea un puto imbunche, lamentable y contrahecho, es nuestra hija.

VOYEUR

Cuando tenía unos 12 años mis fantasías iban de hombres ricos que me metían mano, de obreros brutos que se desesperaban ante la tersura de mi piel, de ser puta, de ser examinada por un ginecólogo. Por las mañanas me pajeaba sin hacer ruido, quejumbrosa antes de almuerzo, con estertores por las tardes y, en las noches, nuevamente silenciosa.

Mi exhibicionismo entró por la ventana una noche de verano, cuando el ángulo de 45 grados que formaba el vértice del muro con el vidrio me mostró el reflejo del vecino en el edificio contiguo. Sin mover un músculo, como una sombra autoritaria y severa, el hombre, un militar retirado, me espiaba desde lejos. Me vino entonces un ardor inédito y, borracha de celo, supe que debía desnudarme. Me acomodé lo mejor que pude para hacer calzar los reflejos, abrirme de piernas a 180 grados respecto al vidrio, tomar aire y meterme los dedos.

Al día siguiente mejoré la iluminación, con almohadas y una frazada elevé mi soporte, y ubiqué la cama en el ángulo correcto. En cuanto apareció, comencé el espectáculo. Después del striptease y un manoseo, me contorsioné hasta meterme la punta de una vela.

Repetimos esta operación cada vez que yo podía, dos o tres veces por semana. Él estaba siempre. Hasta que un día mis padres decidieron cambiar las ventanas del departamento por unas correderas de aluminio y nuestra aventura acabó.

W

WC

Desde lejos en el bar la veo entrar y salir del baño. Sé que dentro desdobra un papelillo de coca, se mete un par de rayas, lo vuelve a cerrar y sale esplendorosa a conquistar mujeres como yo, hambrientas por un poco de ese polvo. La miro desde lejos, me acerco la mano a la nariz para indicarle que quiero de eso que ella tiene. Me devuelve el gesto apuntando con la frente hacia la puerta. Promesa de compra-venta. Caigo en la trampa, cree ella. Cae ella, creo yo. Vamos juntas hacia el fondo. En el baño está todo iluminado. Nuestras palabras flotan sobre el WC. Le doy una muestra de lo que pide a cambio de la coca, una caricia decidida entre las piernas mirándola a los ojos. Me pone una punta en la nariz, aspiro, otra, aspiro. Me sube la falda y gira mi cuerpo de modo que ahora le doy la espalda. Con cuidado, le digo. Me entierra dos dedos, luego todos. Sujeto los antebrazos contra la pared como me enseñó mi quiropráctica. Dentro, fuera, dentro, fuera,

dentro. Nos quejamos. Tocan la puerta, pero no pensamos abrir. Sigue hablando de sí misma. La escucho desde atrás esperando el nuevo adentro. Me entierro. Bajo el torso. Vuelvo a enterrarme. La empuja suavemente. Oigo su gemido orgásmico y me la saco de encima. Con un pie sobre el escusado me masturbo hasta acabar. Trato hecho: polvo por polvo. Ahora, mujer maravilla hace su aparición en el bar.

WEBCAM

Prendo la cámara. Me gusta mirarme en la pantalla. Sé que no estoy sola, al otro lado del espejo hay gente que me mira. Me recuesto sobre la cama (plano americano horizontal), mientras con la mano izquierda recojo una prótesis de silicona negra (20 centímetros de largo y cinco de ancho). Ajusto el encuadre. La otra mano (la derecha) está bajo el arnés (sobre el clítoris). Me gusta doblar el dildo, plegarlo en dos (nunca se quiebra). Me gusta hacer con él un arco invertido, cogerlo por la punta, sacudirlo. Mientras mis caderas se agitan, comienzo a correr su prepucio virtual (arriba, abajo). El glande escapa al encuadre, debo recomponerlo. Alguien me habla en el chat (reclama atención personalizada). La mano derecha se esfuerza. Retomo el dildo (lo saco del cuadro y lo incorporo). La coreografía se basa en la regularidad del compás, y algunas –pequeñas– variaciones (guiños, muecas, gemidos, espasmos musculares). Mi cara comienza un proceso de contracción progresiva como si padeciera un calambre. En el espejo tres píxeles simulan una lágrima que desaparece en dos frames. Mi mano se agita

furiosa. El pene de goma se mueve como si tuviera vida propia (como si bailara breakdance). Debo domarlo, mirarme en la pantalla (los resoplidos, el chat). Cierro los ojos, aprieto los dientes, acabo (creo). Me seco la boca, levanto las cejas y apago la cámara.

X

XXX

Cada cierto tiempo entro a un cine triple X. Nunca hay más de 25 tipos en la sala y casi siempre soy la única mujer. En la pantalla vibra la piel gris filtrada por varias capas de video analógico: el inmenso primer plano de una penetración, con condón y genitales rasurados. La imagen determina la suerte de los espectadores, incluyendo la mía, en el fuera de campo. La banda sonora se mezcla con la sinfonía de asientos que se mueven al compás de las manos que se agitan. Mis ojos recorren las penumbras buscando cuerpos de carne, miradas de reajo, muecas obscenas. Me espían como si fuera el pie de foto de la película, quisieran comerme como un paquete de cabritas. La humedad se convierte en un río entre mis piernas que va a dar al lago de la butaca. Tiemblo al imaginarme convertida en el blanco de la eyaculación, en la diana, en depósito del onanismo colectivo (¿y si uno tras otro se pusieran de pie y vinieran a arrojarme la baba en la cara?). Hago lo que

ellos: me saco los calzones, los guardo en la cartera y comienzo a masturbarme. Aún así ninguno de los espectadores se acerca. Imagino que es miedo al rechazo, a la humillación, a no poder rendir, a que sus orgasmos fracasen y los dos mil pesos de la entrada les salgan como un tiro por la culata. Mi entrada en cambio siempre rinde. Al dejar la sala me llevo el deseo pegado en la carne como nuestros desperdicios orgánicos quedan en las sillas de cuero. Al principio es fabuloso, pero en los días siguientes, poquito a poco, la sensación decae y, cuando el tedio me pesa nuevamente en la espalda, comienzo a pensar en volver.

Y

Yo

Beso una concha. Hundo la lengua entre sus pliegues, succiono, langüeteo. De pronto miro hacia arriba y me doy cuenta de que esa concha que me estoy comiendo es mía. Trato de entender. ¿Cómo es posible que tenga la cabeza cómodamente instalada entre las piernas? Vuelvo entonces a mirar hacia arriba, hacia el cuerpo de la concha que succiono, y encuentro la respuesta a mi pregunta: no hay cabeza, fui decapitada por mi avidez.

Z

ZAPATOS

Fue cosa de verlos y caer rendida. Eran rojos, de charol, como los de Dorothy en el Mago de Oz. ¿Cómo, a sus dulces 16, no iba a desearlos? Todos los días volvió, durante un mes, a pararse disimuladamente frente a la vitrina. A pesar de que su familia era humilde, de que sus padres se ganaban el pan con esfuerzo, se atrevió a preguntarles si acaso para Navidad podrían regalarle los zapatos. Le dijeron que no, que lo sentían mucho.

Esa noche la madre lloró por no poder complacer a su hija en un deseo tan propio de una joven en pleno despertar sexual. Le dijo al padre que vendería el reloj que había heredado de su tío, el único miembro de la familia que algún día fue dueño de una suerte relativa. El padre le dijo que no, que harían un esfuerzo de ahorro. Se abrazaron y luego hicieron el amor.

Cuando a las 12 de la Noche Buena la joven abrió su paquete para encontrar dentro los preciados zapatos gritó de alegría. Los había dado por perdidos, había renunciado a su sueño. Se los puso de inmediato y se sintió crecer los cinco centímetros de taco que tenían. Corrió a su pieza, se puso una falda que hiciera juego con ellos y observó la nueva, corregida, forma de sus piernas. Se miró al espejo, giró sobre sus pies.

¡Gracias mamá! ¡Gracias papá! No lo podía creer.

Un par de años después, la joven entró a estudiar secretariado, convirtiéndose en la primera de su familia en acceder a la educación superior y en un orgullo para todos. Como premio por el triunfo sus padres le regalaron un segundo par de zapatos, esta vez modelo reina, con seis centímetros de taco. Sintióse espléndida, nunca más se los sacó.

Siendo ya secretaria, una tarde, mientras tomaba café, vio como un hombre algo mayor que ella le miraba fijamente los zapatos. Luego de pagar la cuenta, inquieta y sonrojada, le entregó al hombre un papel con su teléfono anotado con *rouge*. Esa misma noche él la llamó.

A la primera cita el hombre llegó con una bolsa dentro de la cual había un paquete con un regalo. ¡Botas negras, ajustadas, con tacos de siete centímetros de alto! La joven comprendió que había encontrado a su media naranja, que debía portarse bien. Pidió poca comida, habló poco, preguntó mucho y no paró de sonreír.

En los dos años que duró el noviazgo, él hombre le regaló 112 pares de zapatos, de todos los colores, formas y texturas; botas y sandalias; fucsias, transparentes, de cuero de salmón; con tiras que subían por sus piernas, plataformas. Los más altos, de 12 centímetros de altura. Las miradas de envidia de las mujeres en la calle eran lo que disfrutaba más.

Como era de esperar, la vida sexual de la pareja se concentró en los zapatos. Cuando ella llegaba de la oficina, se arrojaba sobre el sillón de la sala mientras él, tendido en la alfombra, le besaba las suelas, le chupaba los tacos, se dejaba pisar. Ella aprendió a caminar sobre su pecho con tacos aguja sin causarle daño, y él aprendió a soportar el dolor.

Cuando se casaron él le hizo un último regalo, unos zapatos *Louboutin* de charol rojo, como los primeros que tuvo, pero con la forma de los de una bailarina de ballet. 18 centímetros de altura. La última moda en el mundo fetichista llevada a la pasarela. Con dificultad, se los puso en la noche de bodas. Intentó ponerse de pie, pero se derrumbó y no pudo volver a levantarse. El novio la miró perplejo, desilusionado. No habiendo podido consumir el matrimonio, sus abogados acordaron las condiciones del divorcio. Las cosas se vendieron, la plata se repartió y la mitad de los zapatos se los quedó cada quien.

ZOOFILIA

Cuando dijo que quería verme hacerlo con un perro pasé varias noches insomne. Horas enteras tumbada sobre mi espalda imaginándola mirarme. Sintiendo repulsión hacia mí misma, como cuando era niña y me encerraron en el armario de la sala, sucia. Imaginándola llegar a mi casa con un gran danés negro. Sería de noche y la estaría esperando con un vestido hermoso, uno que perdí hace mucho, de seda áspera,

casi transparente.

(Un gran danés es capaz de arrojarme al suelo, convertir mi ropa en jirones de tela en un momento.)

Voltéate, me ha de decir ella una vez el perro haya comenzado a olisquearme.

En cuatro patas la transformación comienza. Quiero probar ahora el aroma del animal. Le lamo el ano y las bolas mientras su sexo crece brillante. Al tocarlo, las papilas gustativas se encienden dentro de mi boca, se abren como si fueran flores. Un hilo de baba une mis labios a esa flecha roja. Quiero mamar, desespero, porque no hay tiempo, porque el perro tiene sus propias ganas, trae su hambre. Parece listo para asegurar la reproducción de la especie.

Por el culo, indica ella, y guía con su mano al perro. De una estocada el animal se hunde en mi intestino. Blandos y húmedos, abiertos por la imaginación, mis agujeros suplican. *Chúpame a mí*, dice la que habla, y me inserta la concha en la boca con violencia semejante. Uno se mueve contra mis caderas; otra, contra mi cara; lo que hay en el medio tiembla. Gruño.

Mi cuerpo se estira y contrae, convulso. Escucho nuestros jadeos. Me provocará un desgarró. *Ay*. El recto se me ha llenado de un momento

a otro de una masa enorme. Mis piernas están bañadas de semen. De su semen y mi sangre. La mujer ya no está, mira de lejos. El perro tirita, no logra despegarse. Lloro y me muevo buscando permanecer cerca.

Aúllo para compadecer a la que mira. No mueve un músculo. Sólo logro perturbar al perro que de un tirón me deja botada en el suelo, hecha un ovillo, con la mirada ciega y el ano sangrante.

★

Aún está ahí, puedo sentirlo. Puedo oler su hocico muy cerca. Lo empujo hasta que queda tumbado a mi lado. Caemos dormidos. En el sueño hay unos ojos detenidos sobre esta página. Sonrío. Por las cuencas te he culeado a ti que estás leyendo. Mañana, con los ojos sucios, sembrarás en tu mundo mi deseo.

Tan humano que duele.